Suave Es la Noche
Libro Primero

Por

Francis Scott Fitzgerald

Freeditorial

I

En la apacible costa de la Riviera francesa, a mitad de camino aproximadamente entre Marsella y la frontera con Italia, se alza orgulloso un gran hotel de color rosado. Unas amables palmeras refrescan su fachada ruborosa y ante él se extiende una playa corta y deslumbrante. Últimamente se ha convertido en lugar de veraneo de gente distinguida y de buen tono, pero hace una década se quedaba casi desierto una vez que su clientela inglesa regresaba al norte al llegar abril. Hoy día se amontonan los chalés en los alrededores, pero en la época en que comienza esta historia sólo se podían ver las cúpulas de una docena de villas vetustas pudriéndose como nenúfares entre los frondosos pinares que se extienden desde el Hôtel des Étrangers, propiedad de Gausse, hasta Cannes, a ocho kilómetros de distancia.

El hotel y la brillante alfombra tostada que era su playa formaban un todo. Al amanecer, la imagen lejana de Cannes, el rosa y el crema de las viejas fortificaciones y los Alpes púrpuras lindantes con Italia se reflejaban en el agua tremulosos entre los rizos y anillos que enviaban hacia la superficie las plantas marinas en las zonas claras de poca profundidad. Antes de las ocho bajó a la playa un hombre envuelto en un albornoz azul y, tras largos preliminares dándose aplicaciones del agua helada y emitiendo una serie de gruñidos y jadeos, avanzó torpemente en el mar durante un minuto. Cuando se fue, la playa y la ensenada quedaron en calma por una hora. Unos barcos mercantes se arrastraban por el horizonte con rumbo oeste, se oía gritar a los ayudantes de camarero en el patio del hotel, y el rocío se secaba en los pinos. Una hora más tarde, empezaron a sonar las bocinas de los automóviles que bajaban por la tortuosa carretera que va a lo largo de la cordillera inferior de los Maures, que separa el litoral de la auténtica Francia provenzal.

A dos kilómetros del mar, en un punto en que los pinos dejan paso a los álamos polvorientos, hay un apeadero de ferrocarril aislado desde el cual una mañana de junio de 1925 una victoria condujo a una mujer y a su hija hasta el hotel de Gausse. La madre tenía un rostro de lindas facciones, ya algo marchito, que pronto iba a estar tocado de manchitas rosáceas; su expresión era a la vez serena y despierta, de una manera que resultaba agradable. Sin embargo, la mirada se desviaba rápidamente hacia la hija, que tenía algo mágico en sus palmas rosadas y sus mejillas iluminadas por un tierno fulgor, tan emocionante como el color sonrojado que toman los niños pequeños tras ser bañados con agua fría al anochecer. Su hermosa frente se abombaba suavemente hasta una línea en que el cabello, que la bordeaba como un escudo heráldico, rompía en caracoles, ondas y volutas de un color rubio ceniza y dorado. Tenía los ojos grandes, expresivos, claros y húmedos, y el color

resplandeciente de sus mejillas era auténtico, afloraba a la superficie impulsado por su corazón joven y fuerte. Su cuerpo vacilaba delicadamente en el último límite de la infancia: tenía cerca de dieciocho años y estaba casi desarrollada del todo, pero seguía conservando la frescura de la primera edad.

Al surgir por debajo de ellas el mar y el cielo como una línea fina y cálida, la madre dijo:

—Tengo el presentimiento de que no nos va a gustar este sitio.

—De todos modos, lo que yo quiero es volver a casa —replicó la muchacha.

Hablaban las dos animadamente, pero era evidente iban sin rumbo y ello les fastidiaba. Además, tampoco se trataba de tomar un rumbo cualquiera. Querían grandes emociones, no porque necesitaran reavivar unos nervios agotados, sino con una avidez de colegialas que por haber sacado buenas notas se hubieran ganado las vacaciones.

—Vamos a quedarnos tres días y luego regresamos. Voy a poner un telegrama inmediatamente para que nos reserven pasajes en el vapor.

Una vez en el hotel, la muchacha hizo las reservas en un francés correcto pero sin inflexiones, como recordado de tiempo atrás. En cuanto estuvieron instaladas en la planta baja, se acercó a las puertas-ventanas, por las que entraba una luz muy intensa, y bajó unos escalones hasta la terraza de piedra que se extendía a lo largo del hotel. Al andar se movía como una bailarina de ballet, apoyándose en la región lumbar en lugar de dejar caer el peso sobre las caderas. Afuera la luz era tan excesiva que creyó tropezar con su propia sombra y tuvo que retroceder: el sol la deslumbraba y no podía ver nada. A cincuenta metros de distancia, el Mediterráneo iba cediendo sus pigmentos al sol implacable; en el paseo del hotel, bajo la balaustrada, se achicharraba un Buick descolorido.

De hecho, en el único lugar en que había animación era en la playa. Tres ayas inglesas estaban sentadas haciendo punto al lento ritmo de la Inglaterra victoriana, la de los años cuarenta, sesenta y ochenta; confeccionaban suéteres y calcetines con arreglo a ese patrón y se acompañaban de un chismorreo tan ritualizado como un encantamiento. Más cerca de la orilla había unas diez o doce personas instaladas bajo sombrillas a rayas, mientras sus diez o doce hijos trataban de atrapar peces indiferentes en las partes donde había poca profundidad o yacían desnudos al sol brillantes de aceite de coco.

Cuando Rosemary llegó a la playa, un niño de unos doce años pasó corriendo por su lado y se lanzó al mar entre gritos de júbilo. Al sentirse observada por rostros desconocidos, se quitó el albornoz e imitó al muchacho. Flotó cabeza abajo unos cuantos metros y, al ver que había poca profundidad,

se puso en pie tambaleándose y avanzó cuidadosamente, arrastrando como pesos sus piernas esbeltas para vencer la resistencia del agua. Cuando el agua le llegaba más o menos a la altura del pecho, se volvió a mirar hacia la playa: un hombre calvo en traje de baño que llevaba un monóculo la estaba observando atentamente y, mientras lo hacía, sacaba el pecho velludo y encogía el ombligo impúdico. Al devolverle Rosemary la mirada, se quitó el monóculo, que quedó oculto en la cómica pelambrera de su pecho, y se sirvió una copa de alguna bebida de una botella que tenía en la mano.

Rosemary metió la cabeza en el agua e hizo una especie de crol desigual de cuatro tiempos hasta la balsa. El agua iba a su encuentro, la arrancaba dulcemente del calor, se filtraba en su pelo y se metía por todos los rincones de su cuerpo. Se recreó girando una y otra vez en ella, abrazándola.

Él llegó jadeante a la balsa, pero al notar que la estaba mirando una mujer de piel bronceada que tenía unos dientes muy blancos, Rosemary, consciente de pronto de la excesiva blancura de su cuerpo, se dio la vuelta y se dejó llevar por el agua hasta la orilla. Cuando salía, le habló el hombre velludo de la botella.

—Oiga, ¿sabe que hay tiburones al otro lado de la balsa?

Era de nacionalidad imprecisa, pero hablaba inglés con un pausado acento de Oxford.

—Ayer devoraron a dos marineros ingleses de la flota que está en Golfe-Juan.

— ¡Dios mío! —exclamó Rosemary.

—Vienen atraídos por los desechos de los barcos.

Puso los ojos vidriosos como para indicar que su única intención era ponerla en guardia, se alejó unos pasos con afectación y se sirvió otro trago.

Al advertir, sin que realmente le desagradara, que en el curso de esa conversación habían pasado a centrarse en ella algunas miradas, Rosemary fue a buscar un lugar donde sentarse. Era evidente que a cada familia le pertenecía el espacio de playa que había justo delante de su sombrilla; por otra parte, habla mucho visiteo y mucha charla de sombrilla a sombrilla: un ambiente de comunidad en el que habría pecado de presuntuoso el que hubiera intentado meterse. Algo más lejos, en una zona donde la playa se cubría de guijarros y algas secas, había un grupo de personas que tenían la piel tan blanca como ella. Estaban tumbadas bajo quitasoles de mano en lugar de sombrillas de playa y era evidente que no se sentían tan parte del lugar como el resto. Rosemary encontró un sitio entre la gente bronceada y la que no lo estaba y extendió su albornoz sobre la arena.

Así tendida, oyó al principio voces indistintas y sintió pies que le pasaban casi rozando el cuerpo y siluetas que se interponían entre el sol y ella. Notó en el cuello el aliento templado y nervioso de un perro fisgón; sentía que se le tostaba la piel ligeramente al calor del sol y hasta ella llegaba el apagado lamento de las olas que morían. Luego empezó a distinguir unas voces de otras y se enteró de que alguien a quien se llamaba despreciativamente «ese tipo, North» había secuestrado a un camarero de un café de Cannes la noche anterior con el propósito de partirlo en dos. La que avalaba esa historia era una mujer de pelo blanco que iba en traje de noche, claramente uno de los restos que habían quedado de la noche anterior, pues seguía llevando en la cabeza una diadema y en su hombro agonizaba una orquídea desanimada. A Rosemary le entró una vaga aversión hacia esa mujer y sus acompañantes y se dio la vuelta.

Al otro lado, muy cerca de ella, una mujer joven tendida bajo un dosel de sombrillas estaba confeccionando una lista a partir de un libro que tenía abierto sobre la arena. Se había bajado los tirantes del bañador y su espalda, que había adquirido un tono marrón rojizo tirando a anaranjado, brillaba al sol realzada por una sarta de perlas color crema. Tenía un rostro encantador, pero su expresión era dura y había algo en ella que movía a compasión. Cruzó la mirada con Rosemary sin verla. A su lado estaba un hombre bien parecido con gorra de jockey y un traje de baño a rayas rojas. También estaba la mujer que había visto en la balsa, que le devolvió la mirada y la reconoció, y un hombre de rostro alargado y cabellera aleonada y dorada, con un bañador azul y sin sombrero, que hablaba en tono muy serio con un joven de aspecto inconfundiblemente latino que llevaba un bañador negro; mientras hablaban, los dos recogían puñaditos de algas de la arena. Rosemary llegó a la conclusión de que casi todos eran americanos, si bien había algo en ellos que los hacía diferentes de los americanos que había conocido últimamente.

Pasado un momento se dio cuenta de que el hombre de la gorra de jockey estaba improvisando una pequeña representación para aquel grupo. Manejaba un rastrillo con aire solemne y removía la arena ostensiblemente en una especie de parodia esotérica que la gravedad de su expresión desmentía. La mínima derivación de la parodia producía hilaridad, hasta que llegó un momento en que cualquier cosa que dijera provocaba una carcajada. Todo el mundo, incluso los que, como ella, estaban demasiado lejos para entender lo que decía, había aguzado los oídos; la única persona en toda la playa que parecía indiferente era la joven del collar de perlas. Tal vez por el pudor del que se sabe propietario de algo que despierta la atención, respondía a cada nueva salva de risas agachándose más sobre la lista que estaba confeccionando.

De pronto le llegó a Rosemary desde el cielo la voz del hombre del

monóculo y la botella.

—Es usted una nadadora excelente.

Ella rechazó el cumplido.

—Sí, magnífica. Me llamo Campion. Una señora que está conmigo me ha dicho que la vio la semana pasada en Sorrento, sabe quién es usted y le gustaría mucho conocerla.

Tratando de disimular su fastidio, Rosemary miró a su alrededor y vio que los no bronceados estaban expectantes. Se puso en pie de mala gana y fue a reunirse con ellos.

—La señora Abrams… la señora McKisco… el señor McKisco… el señor Dumphry…

—Sabemos quién es usted —dijo la mujer del traje de noche—. Es Rosemary Hoyt. La reconocí en Sorrento y le pregunté al recepcionista del hotel. Todos pensamos que es usted una absoluta maravilla y queremos saber por qué no está ya en América rodando otra de sus maravillosas películas.

Le hicieron sitio entre ellos con gestos exagerados. La mujer que la había reconocido no era judía, a pesar de su nombre. Era una de esas personas de edad «alegres y despreocupadas» que, bien conservadas a fuerza de hacer bien la digestión y no dejar que nada les afecte, se integran en la siguiente generación.

—Queríamos advertirle del peligro de que se queme el primer día de playa —continuó en tono animado—, porque su piel es importante, pero parece haber tanta estúpida etiqueta en esta playa que no sabíamos si se iba usted a molestar.

II

—Pensamos que a lo mejor formaba usted parte de la intriga —dijo la señora McKisco.

Era joven y bonita, de mirada maliciosa y una intensidad que causaba rechazo.

—No sabemos quién forma parte de la intriga y quién no. Un hombre con el que mi marido había sido especialmente amable resultó ser uno de los personajes principales, prácticamente el segundo protagonista masculino.

— ¿La intriga? —preguntó Rosemary, entendiendo a medias—. ¿Es que

hay una intriga?

—Querida, no lo sabemos —dijo la señora Abrams soltando una risita convulsiva de mujer robusta—. No participamos en ella. Lo vemos todo desde la galería.

El señor Dumphry, un joven afeminado que tenía pelo de estopa, observó:

—Mamá Abrams es ya de por sí toda una intriga.

Y Campion le amenazó con el monóculo, diciendo:

—Royal, no empieces con tus bromas de mal gusto.

Rosemary miraba incómoda a unos y otros y pensaba que su madre debía de haber bajado a la playa con ella. Aquella gente no le gustaba nada, sobre todo si la comparaba con el grupo del otro extremo de la playa que había despertado su interés. Las dotes modestas pero sólidas que tenía su madre para el trato social la sacaban siempre de situaciones embarazosas con firmeza y rapidez. Pero sólo hacía diez meses que Rosemary era famosa y a veces se armaba un lío entre la educación francesa que había recibido en su infancia y los modales más desenfadados que luego había adquirido en América, y quedaba expuesta a situaciones como aquélla.

Al señor McKisco, un pelirrojo flacucho y pecoso de unos treinta años, no le parecía divertido aquello de la «intriga» como tema de conversación. Había estado mirando el mar fijamente y, de pronto, tras echar una mirada rápida a su mujer, se volvió hacia Rosemary y le preguntó en tono agresivo:

— ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Un día sólo.

—Ah.

Evidentemente convencido de que había logrado cambiar de tema radicalmente, pasó a mirar a los demás.

— ¿Se va a quedar todo el verano? —preguntó la señora McKisco en tono inocente—. Si se queda podrá ver cómo se desarrolla la intriga.

— ¡Por el amor de Dios, Violet, cambia de tema! —estalló su marido—. ¡A ver si se te ocurre una nueva broma!

La señora McKisco se inclinó hacia la señora Abrams y le susurró en forma perfectamente audible:

—Está nervioso.

—No estoy nervioso —protestó el señor McKisco—. Da la casualidad de que no estoy nada nervioso.

Estaba visiblemente alterado; se había extendido sobre su rostro un rubor grisáceo que le daba un aire de total ineficacia. Vagamente consciente de pronto de cuál era su estado, se puso en pie para ir al agua, seguido de su mujer, y Rosemary, aprovechando la oportunidad, les siguió.

El señor McKisco aspiró profundamente, se lanzó al agua donde no cubría y comenzó a golpear el Mediterráneo con brazos rígidos, queriendo dar a entender sin duda que nadaba a crol. Cuando se quedó sin aliento, se puso en pie y miró en torno suyo como sorprendido de encontrarse todavía tan cerca de la orilla.

—Aún no he aprendido a respirar. Nunca he entendido del todo cómo hay que respirar.

Dirigió a Rosemary una mirada interrogante.

—Creo que se suelta el aire debajo del agua —explicó ella—, y cada cuatro brazadas se saca la cabeza para tomar más aire.

—Respirar es lo que me resulta más difícil. ¿Vamos nadando hasta la balsa?

El hombre de la cabeza aleonada estaba tumbado todo lo largo que era sobre la balsa, que se ladeaba con cada movimiento del agua. En uno de esos bruscos meneos recibió un golpetazo en el brazo la señora McKisco, que trataba de subirse. El hombre se incorporó y la ayudó a subir.

—Me temía que la iba a golpear.

Hablaba pausadamente y con timidez, y la expresión de su rostro era de las más tristes que Rosemary había visto nunca. Tenía los pómulos salientes de los indios, el labio superior alargado y unos ojos enormes y hundidos de un tono dorado oscuro. Había hablado entre dientes, como si esperara que sus palabras llegaran hasta la señora McKisco por una ruta indirecta y discreta. En un instante se había lanzado al agua y su largo cuerpo flotaba en dirección a la orilla.

Rosemary y la señora McKisco le observaron. Cuando se le agotó el impulso se dobló bruscamente, se elevaron sus muslos flacos por encima del agua y desapareció totalmente dejando tras sí apenas un rastro de espuma.

—Es un buen nadador —dijo Rosemary.

A lo que replicó la señora McKisco con una vehemencia inesperada:

— ¡Pero es un músico pésimo!

Y se volvió hacia su marido, el cual, tras dos intentos infructuosos, había logrado subirse a la balsa y, una vez que había conseguido mantener el equilibrio, trataba de hacer alguna floritura como para compensar, sin otro

resultado que tambalearse una vez más.

—Estaba diciendo que Abe North podrá ser un buen nadador, pero es un músico pésimo.

—Sí —reconoció a regañadientes el señor McKisco. Era evidente que era él el que había creado el mundo de su mujer y le permitía muy pocas libertades dentro de ese mundo.

—A mí que me den a Antheil —dijo la señora McKisco volviéndose hacia Rosemary con aire desafiante—. A Antheil y a Joyce. Me imagino que en Hollywood no se oirá hablar mucho de ese tipo de gente, pero mi marido escribió la primera crítica del Ulises que apareció en América.

—Ojalá tuviera un cigarrillo —dijo el señor McKisco con voz calmosa—. Es lo único que me parece importante en este momento.

—Es de lo más profundo. ¿Verdad que sí, Albert?

Su voz se apagó de pronto. La mujer de las perlas se había juntado en el agua con sus dos hijos y Abe North surgió de repente por debajo de uno de ellos como una isla volcánica y se lo subió a los hombros. El niño gritaba de miedo y placer, y la mujer contemplaba la escena con dulce calma, sin una sonrisa.

— ¿Es ésa su mujer? —preguntó Rosemary.

—No, ésa es la señora Diver. Ésos no están en el hotel.

Sus ojos no se apartaban del rostro de la mujer, como si estuviera fotografiándola. Pasado un momento se volvió bruscamente hacia Rosemary.

— ¿Había estado usted antes en el extranjero? —Sí. Fui al colegio en París.

—Ah, bien. Entonces probablemente sabrá que si quiere divertirse aquí lo que tiene que hacer es conocer a una familia francesa de verdad. Me pregunto qué es lo que sacará toda esa gente.

Señaló la playa con el hombro izquierdo.

—Se pasan la vida en pequeñas camarillas, sin despegarse los unos de los otros. Nosotros, por supuesto, teníamos cartas de presentación y hemos conocido en París a los mejores artistas y escritores franceses. Así que fue estupendo.

—No me cabe la menor duda.

—Bueno, es que mi marido está acabando su primera novela.

— ¡No me diga! —exclamó Rosemary. No estaba pensando en nada en

particular; únicamente se preguntaba si su madre habría conseguido dormirse con aquel calor.

—Es la misma idea de Ulises —continuó la señora McKisco—. Pero en lugar de pasar en veinticuatro horas, la de mi marido se desarrolla a lo largo de cien años. Saca a un viejo aristócrata francés decadente y lo pone en contraste con la era de las máquinas.

— ¡Por el amor de Dios, Violet! No le vayas contando la idea a todo el mundo —protestó el señor McKisco—. No quiero que se entere todo el mundo antes de que se haya publicado el libro.

Rosemary regresó nadando a la playa, en donde se puso el albornoz sobre los hombros que ya empezaban a picarle y se volvió a tender al sol. El hombre de la gorra de jockey iba ahora de una sombrilla a otra con una botella y varios vasitos; tanto él como sus amigos se iban animando y se acercaban cada vez más los unos a los otros, hasta que acabaron juntándose todos bajo un único ensamblaje de sombrillas. Rosemary supuso que alguno de ellos se marchaba y estaban tomando la última copa en la playa. Hasta los niños notaban la animación que se estaba creando debajo de aquella gran sombrilla y se volvían a mirar. Rosemary tenía la impresión de que todo nacía del hombre de la gorra de jockey.

El sol de mediodía pasó a dominar cielo y mar. Hasta la blanca línea de Cannes, a ocho kilómetros de distancia, se había convertido en un espejismo de frescor. Un velero con la proa pintada de rojo arrastraba tras sí un hilo del mar más lejano y oscuro. No parecía haber vida en toda aquella extensión de costa, salvo a la luz del sol que se filtraba por aquellas sombrillas en donde estaba pasando algo entre colores y murmullos.

Campion se acercó a ella y se detuvo a unos pasos de distancia. Rosemary cerró los ojos y se hizo la dormida; luego los entreabrió y vio dos columnas borrosas que eran unas piernas. El hombre intentó abrirse camino a través de una nube color de arena, pero la nube se escapó flotando hacia el cielo vasto y cálido. Rosemary se quedó dormida de verdad.

Se despertó empapada de sudor y se encontró con que la playa se había quedado desierta; al único que vio fue al hombre de la gorra de jockey que estaba plegando la última sombrilla. Seguía allí tendida, parpadeando, cuando se acercó él y le dijo:

—Pensaba despertarla antes de marcharme. No es bueno tomar tanto el sol el primer día.

—Gracias.

Rosemary se miró las piernas y vio que las tenía enrojecidas.

— ¡Dios mío!

Se rio muy divertida, animándole a que siguiera hablando, pero Dick Diver se alejaba ya llevando un toldo y una sombrilla a un coche que estaba esperándole, de modo que se metió en el agua para limpiarse el sudor. Él regresó, recogió un rastrillo, una pala y un tamiz y los colocó en la grieta de una roca. Luego miró a su alrededor para ver si había olvidado algo.

— ¿Sabe qué hora es? —preguntó Rosemary.

—Alrededor de la una y media.

Por un momento miraron los dos hacia el horizonte.

—No es una hora mala —dijo Dick Diver—. No es de los peores momentos del día.

La miró, y por un instante ella vivió en el mundo azul brillante de sus ojos, con avidez y confianza. Pero él se cargó al hombro el último trasto y se fue hacia el coche, y Rosemary salió del agua, sacudió el albornoz y se fue andando a su hotel.

III

Eran casi las dos cuando entraron en el comedor. Las ramas de los pinos que se balanceaban afuera creaban sobre las mesas desiertas un tupido diseño de luces y sombras oscilantes. Dos camareros que estaban apilando platos y hablaban en italiano en voz muy alta se quedaron callados al verlas entrar y fueron a servirles una versión fatigada del plato del día.

—Me he enamorado en la playa —dijo Rosemary.

— ¿De quién?

—Primero de un grupo de gente que parecía muy agradable y luego de un hombre.

— ¿Hablaste con él?

—Sólo un poco. Es guapísimo. Pelirrojo.

Estaba comiendo con un apetito voraz.

—Pero está casado. Como siempre.

Su madre era su mejor amiga, y había renunciado a sus últimas posibilidades personales para servirle de guía en su carrera, algo no tan infrecuente en el ambiente del teatro pero más bien extraordinario en este

caso, ya que Elsie Speers no estaba tratando de resarcirse de su propio fracaso. Personalmente, la vida no le había creado amarguras ni resentimientos. Había estado felizmente casada dos veces, había enviudado las dos veces y su estoicismo jovial se había hecho cada vez más profundo. Uno de sus maridos había sido oficial de caballería y el otro médico militar, y los dos le habían dejado algo que pretendía entregar intacto a Rosemary. Al no ser condescendiente con ella la había hecho fuerte, y al no escatimar por su parte ni el esfuerzo ni el cariño, había cultivado un idealismo en Rosemary cuyo objeto, de momento, era ella misma, pues veía el mundo a través de sus ojos. De modo que, aunque Rosemary era una muchacha «sencilla», estaba protegida por una doble coraza, la de su madre y la suya propia, y sentía una desconfianza impropia de su edad hacia todo lo que resultara trivial, fácil o vulgar. Sin embargo, la señora Speers consideraba que, en vista del éxito repentino que había tenido Rosemary en el mundo cinematográfico, había llegado ya el momento de destetarla espiritualmente. No le disgustaba, sino más bien le agradaba la idea de que aquel idealismo vigoroso, exigente y en cierto modo excesivo se centrara en algo que no fuera ella misma.

—Entonces, ¿te gusta esto? —le preguntó.

—Podría ser divertido si conociéramos a esa gente. Había otras personas, pero no me resultaron simpáticas. Me reconocieron. Vayamos a donde vayamos todo el mundo ha visto La niña de papá.

La señora Speers esperó a que se esfumara aquel pequeño brote de egocentrismo. Luego, como sin darle importancia, dijo:

—Ahora que me acuerdo. ¿Cuándo vas a ir a ver a Earl Brady?

—He pensado que podíamos ir esta tarde, si ya no te sientes cansada.

—Ve tú sola. Yo no quiero ir.

—Bueno, entonces lo dejamos para mañana.

—Quiero que vayas tú sola. Está a un paso. Y además, ni que tú no supieras francés.

—Oh, mamá. No me hablas más que de cosas que tengo que hacer.

—Está bien, ya irás otro día. Pero tienes que ir antes de que nos marchemos.

—De acuerdo, mamá.

Después de comer se sintieron las dos abatidas con el súbito aplanamiento que les entra a los viajeros norteamericanos en lugares apacibles del extranjero. No sentían ningún estímulo, no oían voces que las llamaran del exterior, ni les llegaban de pronto, de otras mentes, fragmentos de sus propios

pensamientos. Tanto echaban de menos el clamor del Imperio que tenían la sensación de que en aquel lugar la vida se había detenido.

—Vamos a quedarnos sólo tres días, mamá —dijo Rosemary cuando ya estaban de vuelta en sus habitaciones. Afuera soplaba un viento ligero que esparcía el calor, lo filtraba por los árboles y enviaba pequeñas ráfagas calientes a través de los postigos.

— ¿Y el hombre de la playa del que te has enamorado?

—Yo sólo te quiero a ti, mamá querida.

Rosemary se detuvo en el vestíbulo y le preguntó algo a Gausse padre relacionado con los trenes. El conserje, que haraganeaba junto al mostrador en su uniforme caqui claro, se quedó mirándola fijamente, pero enseguida recordó los modales que correspondían a su función. Ella subió al autobús y viajó hasta la estación con un par de camareros obsequiosos, incómoda ante su respetuoso silencio. Tenía ganas de decirles: «Venga, hablen, diviértanse, que a mí no me molesta».

En el compartimiento de primera hacía un calor sofocante; los anuncios llenos de colorido de las compañías de ferrocarriles —el puente del Gard en Arlés, el anfiteatro de Orange, los deportes de invierno en Chamonix— resultaban más refrescantes que el largo mar inmóvil de afuera. A diferencia de los trenes americanos, que, absortos en su propio destino lleno de intensidad, desdeñaban a los que vivían en otro mundo menos veloz y jadeante, aquel tren formaba parte de la comarca por la que pasaba. Su soplo removía el polvo de las palmeras y sus chispas iban a mezclarse con el mantillo de los jardines.

Rosemary estaba segura de que podría coger flores con la mano si se asomaba por la ventana.

Delante de la estación de Cannes una docena de taxistas dormían en sus coches. Más allá, en el paseo, el casino, las tiendas elegantes y los grandes hoteles volvían sus máscaras de hierro sin expresión hacia el mar estival. Parecía increíble que alguna vez pudiera haber sido la «temporada» y Rosemary, a medias esclava de la moda, se sintió un poco incómoda, como si estuviera dando muestras de un gusto malsano por los moribundos, como si la gente se preguntara que qué estaba haciendo en medio de aquella calma pasajera entre la alegría del invierno anterior y del siguiente, mientras al norte bullía el mundo de verdad.

Cuando salía de la droguería con una botella de aceite de coco, se cruzó con ella una mujer con los brazos cargados de cojines, a la que reconoció como la señora Diver, que se dirigía hacia un coche aparcado algo más abajo. Un perro negro, pequeño y de forma alargada, ladró al verla llegar, y el chófer,

que dormitaba, se despertó sobresaltado.

La mujer se acomodó en el coche, con su lindo rostro compuesto e inmóvil, su mirada decidida y alerta que no se fijaba en nada en particular. Llevaba un vestido de un rojo muy vivo y las piernas bronceadas sin medias. Tenía el pelo grueso, de un color dorado oscuro, como el de un perro chow.

Como le quedaba media hora hasta la salida del tren, Rosemary se sentó en el Café des Alliés, en la Croisette, donde los árboles creaban un verde atardecer sobre las mesas y una orquesta arrullaba a un imaginario público cosmopolita con la Canción del Carnaval de Niza y la melodía americana que estaba de moda el año anterior. Había comprado Le Temps y, para su madre, The Saturday Evening Post y, mientras se bebía una limonada, abrió este último en las memorias de una princesa rusa y todas aquellas oscuras convenciones de los años noventa le parecieron más reales y próximas que los titulares del periódico francés. Era la misma sensación que le había oprimido en el hotel. Acostumbrada al modo excesivo en que se resaltaban los aspectos más grotescos de un continente como comedia o tragedia, y poco preparada para la tarea de separar para sí misma lo que era esencial de lo que no lo era, empezaba a tener la sensación de que la vida francesa era vacía y caduca. A hacer esa sensación más intensa contribuían las tristes melodías de la orquesta, que recordaban la música melancólica que acompañaba a los acróbatas en los teatros de variedades. Se alegró de regresar al hotel de Gausse.

Al día siguiente tenía los hombros demasiado quemados para poder ir a bañarse, así que alquiló un coche con su madre —después de mucho regatear, pues Rosemary se había hecho su propia idea del valor del dinero en Francia— y se pasearon por la Riviera, delta de muchos ríos. El chófer, que era como un zar ruso de la época de Iván el Terrible, se las daba también de guía, y los nombres esplendorosos —Cannes, Niza, Montecarlo— comenzaron a brillar a través de su entumecido camuflaje, hablando en susurros de viejos reyes que habían ido allí a cenar o a morir, de rajás que lanzaban miradas de Buda a bailarinas inglesas, de príncipes rusos que convertían las semanas en atardeceres bálticos de los días del caviar perdidos. Más que ninguna otra cosa, se notaban en toda la costa las huellas de los rusos, el olor de sus librerías y colmados cerrados. Diez años antes, al terminar la temporada, en abril, se habían cerrado las puertas de la iglesia ortodoxa y se habían guardado las botellas de champán dulce, que era el que preferían, hasta su regreso. «Volveremos el año que viene», dijeron. Pero se habían precipitado al hacer esa promesa, porque nunca más iban a volver.

Resultaba agradable volver en coche al hotel a la caída de la tarde, con aquel mar de colores tan misteriosos como las ágatas y cornalinas de la niñez, verde como leche verde, azul como agua de lavar, oscuro como el vino. Resultaba agradable pasar ante la gente que comía al aire libre, ante la puerta

de su casa, y oír las potentes pianolas ocultas tras las parras de los merenderos. Cuando doblaron la Corniche d'Or y llegaron al hotel de Gausse entre las hileras de árboles que se sucedían, en la creciente oscuridad, en múltiples tonalidades de verde, ya la luna asomaba tras las ruinas de los acueductos.

Allá en las colinas al otro lado del hotel había un baile, y su música, que le llegaba a Rosemary envuelta en la fantasmal luz de luna que se filtraba por la mosquitera, le hizo reconocer que también allí podía reinar la alegría, y se puso a pensar en la agradable gente de la playa. Tal vez se encontrara con ellos a la mañana siguiente, pero era evidente que formaban un grupito autosuficiente y, una vez que sombrillas, esteras, perros y niños estaban en su sitio, su rincón de la playa quedaba literalmente cercado. Decidió que, en todo caso, no iba a pasar las dos mañanas que le quedaban con los otros.

IV

La cuestión se resolvió sola. Los McKisco no habían bajado aún, y apenas había extendido Rosemary la bata sobre la arena cuando dos hombres, el de la gorra de jockey y el rubio alto dado a partir camareros en dos, dejaron el grupo y se acercaron a ella.

—Buenos días —dijo Dick Diver.

Hizo una breve pausa.

—Una cosa: estuviera quemada o no, ¿por qué no bajó ayer a la playa? Nos tuvo preocupados.

Ella se incorporó y con una risita les dio a entender que acogía feliz su intrusión.

—Queríamos saber si le gustaría sumarse a nosotros —dijo Dick Diver—. Le hacemos un sitio y tenemos comida y bebida, así que es una invitación en toda la regla.

Parecía amable y encantador, y en su tono de voz había una promesa de que se iba a ocupar de ella y de que, algo más adelante, le iba a abrir nuevos mundos, le iba a descubrir una serie interminable de magníficas posibilidades. Se las arregló para presentarla sin mencionar su nombre y luego le hizo saber con naturalidad que todos sabían quién era, pero iban a respetar la integridad de su vida privada; era ése un gesto de atención hacia ella que no había tenido nadie, salvo otra gente de la profesión, desde que era famosa.

Nicole Diver, cuya espalda bronceada parecía colgar del collar de perlas, estaba buscando en un libro de cocina la receta del pollo al estilo de Maryland.

Rosemary le calculaba unos veinticuatro años. Aunque se la podía considerar bonita en sentido convencional, su rostro hacía el efecto de haber sido tallado primero en una escala heroica, con una sólida estructura de rasgos marcados, como si las facciones y el brillo del semblante y la tez, todo lo que relacionamos con el temperamento y el carácter hubiera sido moldeado con intención rodiniana y luego suavizado hasta un punto en el que el más leve error podría haber menoscabado su fuerza y su calidad. Con la boca, el escultor se había aventurado peligrosamente: tenía la forma de corazón que se veía en las portadas de las revistas y, sin embargo, no desentonaba del resto.

— ¿Se piensa quedar mucho tiempo? —preguntó Nicole. Tenía la voz grave, casi áspera.

Rosemary se vio de pronto considerando la posibilidad de quedarse una semana más.

—Mucho tiempo no —contestó con vaguedad—. Llevamos ya mucho tiempo fuera. Desembarcamos en Sicilia en marzo y hemos ido subiendo al norte sin prisas. Pillé una pulmonía rodando una película en enero y me he estado restableciendo.

— ¡Santo cielo! ¿Cómo ocurrió?

—Fue por meterme en el agua.

Rosemary se sentía más bien reacia a hacer ninguna revelación de tipo personal.

—Un día que tenía la gripe y no lo sabía, tenía que rodar una escena en la que me lanzaba a un canal en Venecia. Como era un decorado muy caro, tuve que lanzarme al agua una y otra vez a lo largo de la mañana. Mamá hizo venir a un médico, pero no sirvió de nada. Cogí una pulmonía.

Cambió resueltamente de tema antes de que ellos pudieran decir nada.

— ¿Les gusta esto… este sitio?

—Les tiene que gustar —dijo Abe North con parsimonia—. Lo inventaron ellos.

Volvió la noble cabeza lentamente hasta que sus ojos se posaron con ternura y afecto en el matrimonio Diver.

— ¿De verdad?

—Ésta es sólo la segunda temporada que se abre el hotel en verano —explicó Nicole—. Convencimos a Gausse para que se quedara con un cocinero, un camarero y un portero. Le resultó rentable y este año le está yendo incluso mejor.

—Pero ustedes no están en el hotel.

—Nos hicimos construir una casa en Tarmes.

—El caso es —dijo Dick mientras arreglaba una sombrilla para que a Rosemary no le quedara un hombro expuesto al sol— que los rusos y los ingleses, a los que el frío no les importa, escogieron los lugares del norte, como Deauville, mientras que nosotros los americanos, como la mitad procedemos de climas tropicales, hemos empezado a venir aquí.

El joven de aspecto latino estaba hojeando The New York Herald.

— ¿De qué nacionalidad será toda esta gente? —preguntó de pronto. Y se puso a leer en voz alta con un ligero acento francés—: Se registraron en el Hotel Palace, en Vevey, el señor Pandely Vlasco, la señora Bonneasse (no me estoy inventando nada), Corinna Medonca, la señora Pasche, Seraphim Tullio, Maria Amalia Roto Mais, Moises.

Teubel, la señora Paragoris, Apostle Alexandre, Yolanda Yosfuglu y… ¡Geneveva de Momus! Ésta es mi favorita. Geneveva de Momus. Casi vale la pena ir hasta Vevey para ver cómo es Geneveva de Momus.

Se puso en pie, súbitamente inquieto, y se estiró con un rápido movimiento. Tenía unos años menos que Diver o North. Era alto y tenía el cuerpo duro pero excesivamente enjuto, con excepción de la musculatura acumulada en los hombros y la parte superior de los brazos. A primera vista parecía apuesto en sentido clásico, pero su rostro tenía siempre una leve expresión de fastidio que empañaba el fulgor de sus ojos castaños. Sin embargo, eran unos ojos que se recordaban después, cuando uno ya había olvidado la mueca de aquella boca incapaz de soportar el tedio y la frente joven arrugada por la angustia estéril.

—Encontramos algunos nombres magníficos en la información sobre americanos la semana pasada —dijo Nicole—. La señora Evelyn Oyster y… ¿Cuáles eran los otros?

—Uno era el señor S. Flesh —dijo Diver, poniéndose también en pie. Agarró su rastrillo y se puso a sacar piedrecitas de la arena concienzudamente.

—Ah, sí. S. Flesh… ¿No os da grima el nombre?

Se sentía una gran tranquilidad a solas con Nicole; Rosemary pensó que mayor incluso de la que se sentía con su madre. Abe North y Barban, el francés, estaban hablando de Marruecos, y Nicole, que ya había copiado la receta, cogió una labor. Rosemary se puso a examinar sus pertenencias: cuatro grandes sombrillas que formaban un toldo, una caseta portátil para cambiarse, un caballo neumático y otras cosas nuevas que ella no había visto nunca, que procedían de la primera avalancha de artículos de lujo fabricados al terminar la

guerra y que probablemente estaban en manos de los primeros compradores. Se había dado cuenta de que eran gente del gran mundo, pero, aunque su madre le había inculcado un recelo contra esa clase de gente, a la que consideraba parásitos sociales, no era ésa la impresión que estas personas le daban. Hasta en su absoluta inmovilidad, tan total como la de la propia mañana, veía un propósito, un empeño, un rumbo, un acto de creación diferente a todos los que ella había conocido. Su mente inmadura no se planteaba qué relaciones podrían tener entre sí: sólo le interesaba la actitud que tenían con respecto a ella. Pero sí percibía el entramado de una agradable relación entre todos ellos, lo cual expresó en su mente con la idea de que parecían estar pasándoselo muy bien.

Estudió uno por uno a los tres hombres, tratando por un momento de ser objetiva. Los tres eran bien parecidos, cada uno en su estilo. Los tres tenían modales muy distinguidos que se notaba que eran parte integrante de ellos, de sus vidas pasadas y futuras, no eran de circunstancias y, por tanto, nada tenían que ver con los modales afectados de los actores. También detectaba en ellos una gran delicadeza que era diferente de la camaradería agradable pero más bien tosca de los directores de cine, que representaban el elemento intelectual en su vida. Actores y directores. Ésos eran los únicos tipos de hombre que había conocido, aparte de la masa heterogénea y confusa de chicos universitarios interesados sólo en el flechazo que había conocido en la fiesta de Yak el otoño anterior.

Estos tres eran diferentes. Barban era menos civilizado, más escéptico y burlón, y sus modales eran tan rígidos e impecables que daban impresión de superficialidad.

Abe North tenía, bajo su aparente timidez, un sentido del humor desesperado que a Rosemary le divertía pero a la vez le parecía incomprensible. Siendo de natural sería, no creía que pudiera causarle una gran impresión.

Pero Dick Diver… era perfecto. Le admiró en silencio. Tenía la piel rubicunda y curtida por el sol, del mismo tono que el pelo, que llevaba corto, y el vello que le cubría ligeramente los brazos y el dorso de las manos. Los ojos eran de un azul brillante y metálico. La nariz era ligeramente puntiaguda y nunca cabía ninguna duda de a quién miraba o con quién estaba hablando, lo cual es una atención que siempre halaga, porque ¿quién nos mira? Caen sobre nosotros las miradas, curiosas o indiferentes, y eso es todo. Su voz, que tenía inflexiones del melodioso acento irlandés, parecía cortejar al mundo entero. Y, sin embargo, Rosemary percibía en él una capa de firmeza, dominio de sí mismo y autodisciplina, virtudes que ella también poseía. Oh, sí. Era a él al que escogía, y Nicole, que levantaba la cabeza en ese momento, vio que lo escogía y oyó el leve suspiro con el que reconocía que ya pertenecía a otra.

Hacia el mediodía bajaron a la playa los McKisco, la señora Abrams, el señor Dumphry y el señor Campion. Traían una sombrilla nueva que colocaron mirando de reojo a los Diver y se instalaron debajo de ella con expresión satisfecha, todos menos el señor McKisco, que se quedó afuera en actitud burlona. Dick, que había pasado cerca de ellos con su rastrillo, volvió a las sombrillas.

—Los dos jóvenes están leyendo juntos el Libro de Etiqueta —anunció en voz baja.

—Se propondrán alternar con la crema —dijo Abe.

Mary North, la joven bronceadísima que Rosemary había visto el primer día en la balsa, volvía del agua y dijo con una sonrisa que era un destello lascivo:

—Veo que han llegado el señor y la señora Nunca tiemblo.

—Son amigos de este hombre —le recordó Nicole señalando a Abe—. ¿Por qué no irá a hablar con ellos? ¿Es que no te parecen atractivos?

—Me parecen muy atractivos —dijo Abe—. Lo único que pasa es que no me parecen atractivos.

—Tenía el presentimiento de que iba a haber demasiada gente en la playa este verano —observó Nicole—. Nuestra playa, que Dick creó de un montón de guijarros.

Se puso a pensar y luego, bajando la voz para que no la oyera el trío de niñeras inglesas sentadas debajo de otra sombrilla, dijo:

—Con todo, son preferibles a aquellos ingleses del verano pasado, que se pasaban la vida gritando: «¡Mira qué mar tan azul! ¡Mira qué cielo tan blanco! ¡Mira qué colorada tiene la naricita Nellie!».

Rosemary pensó que no le gustaría tener a Nicole de enemiga.

—Pero se perdió usted la pelea —continuó Nicole—. El día antes de que usted llegara, el hombre casado, ese que tiene un apellido que suena a sucedáneo de gasolina o mantequilla…

— ¿McKisco?

—Sí. Bueno. Estaban discutiendo y ella le arrojó arena a la cara. Entonces él se sentó encima de ella y le restregó la cara en la arena. Nos quedamos… sin palabra. Yo quería que Dick interviniera.

—Creo —dijo Dick Diver, mirando ensimismado la de paja— que me voy a acercar y les voy a invitar a cenar.

—Ni se te ocurra —se apresuró a decirle Nicole.

—Creo que estaría bien. Puesto que están aquí, vamos a adaptarnos a las circunstancias.

—Estamos perfectamente adaptados —insistió Nicole, riendo—. No tengo el menor interés en que me restrieguen la nariz en la arena. Soy dura y mezquina —le explicó a Rosemary. Y luego, elevando la voz—: ¡Niños, poneos los bañadores!

Rosemary tenía la sensación de que aquél iba a ser el baño más importante de su vida, el que le iba a venir a la memoria cada vez que alguien hablara de ir a la playa. Todos los del grupo se dirigieron al mismo tiempo al agua, más que dispuestos después de la prolongada y forzosa inactividad, y pasaron del calor al fresco con la glotonería con que se come un curry picante con vino blanco muy frío. Las jornadas de los Diver estaban programadas al modo de las jornadas de las antiguas civilizaciones para sacar el máximo provecho de lo que se ofrecía y dar a las transiciones toda su importancia, y Rosemary no sabía que después de la total dedicación al momento del baño iba a haber otro periodo de transición hasta llegar a la locuacidad de la hora del almuerzo provenzal. Pero volvía a tener la sensación de que Dick estaba cuidando de ella y se complació en responder al cambio subsiguiente como si hubiera sido una orden.

Nicole tendió a su marido la curiosa vestimenta que había estado confeccionando. Dick se metió en el vestidor portátil y causó una conmoción al volver a aparecer al momento vestido con unos calzoncillos transparentes de encaje negro. Al examinarlos de cerca pudieron ver que en realidad estaban forrados de tela color carne.

— ¡Vaya mariconada! —exclamó el señor McKisco desdeñosamente. Y volviéndose rápidamente hacia el señor Dumphry y el señor Campion, añadió —: ¡Oh, disculpen!

A Rosemary le encantó aquello de los calzoncillos. Era lo bastante ingenua como para responder sinceramente a la sencillez elegante de los Diver, sin darse cuenta de su complejidad y su falta de inocencia, sin darse cuenta de que se trataba de una selección de calidad, y no de cantidad, en el bazar del mundo, ni de que también aquella sencillez, aquella paz y aquella buena voluntad propias de una guardería infantil, aquel resaltar las virtudes más simples, formaban parte de un pacto desesperado con los dioses conseguido a base de luchas que no podía ni imaginar. En aquel momento los Diver representaban en apariencia el estadio más perfecto de la evolución de una determinada clase, y por eso la mayoría de la gente parecía deslucida a su lado. En realidad, había sobrevenido ya un cambio cualitativo que Rosemary no notaba en absoluto.

Se quedó con ellos mientras bebían jerez y comían galletas saladas. Dick la

miró con la frialdad de sus ojos azules, y su boca fuerte y amable dijo reflexivamente y con intención:

—Desde hace mucho tiempo es usted la única muchacha que he visto que de verdad parece en flor.

Rosemary lloraba desconsoladamente en el regazo de su madre.

—Le quiero, mamá. Estoy locamente enamorada de él. Nunca pensé que podría sentir esto por nadie. Y está casado y su mujer también me parece muy agradable. Es un amor sin esperanza. ¡Le quiero tanto!

—Tengo curiosidad por conocerle.

—Su mujer nos ha invitado a cenar el viernes.

—Si estás enamorada deberías sentirte feliz. Deberías reír.

Rosemary alzó la vista y, con un encantador temblor de su rostro, se echó a reír. Su madre siempre tenía una gran influencia sobre ella.

V

Rosemary salió para Montecarlo con un aire tan mohíno como era posible en ella. Subió en coche la cuesta escarpada hasta La Turbie, donde había unos viejos estudios de Gaumont en reconstrucción, y, de pie ante la verja de la entrada, mientras esperaba una respuesta al mensaje que había escrito en su tarjeta, tuvo la impresión de que aquello podía ser Hollywood. Los extraños restos de alguna película reciente, el decorado en ruinas de una calle de la India, una gran ballena de cartón y un árbol monstruoso que daba unas cerezas tan grandes que parecían balones de baloncesto florecían allí por designio exótico, y parecían tan parte del paisaje como el pálido amaranto, la mimosa, el alcornoque o el pino enano. Había un puesto de bocadillos y dos escenarios que parecían graneros y, por todas partes, rostros maquillados que esperaban ansiosos.

Pasados diez minutos, se acercó a la verja con paso apresurado un joven que tenía el pelo color canario.

—Pase, señorita Hoyt. El señor Brady está en el plató, pero tiene mucho interés en verla. Disculpe la espera, pero tiene que comprender: algunas de estas señoronas francesas se ponen pesadísimas con que tienen que entrar.

El gerente abrió una portezuela en la pared ciega de los estudios y, con repentina satisfacción al encontrarse en terreno conocido, Rosemary le siguió en la penumbra. Surgían de cualquier parte figuras iluminadas, rostros

cenicientos que la miraban como almas del purgatorio que vieran pasar a algún mortal. Se oían murmullos y voces quedas y parecía llegar desde lejos el suave trémolo de un pequeño órgano. Al doblar el ángulo formado por unos decorados, se encontraron con el resplandor blanco y crepitante de un plató, donde un actor francés —con la pechera, el cuello y los puños de la camisa teñidos de rosa brillante— y una actriz americana se enfrentaban inmóviles. Se miraban con insistencia, como si llevaran horas en la misma posición, y durante mucho tiempo siguió sin pasar nada, no se movió un alma. Se apagó una batería de focos con un feroz silbido y volvió a encenderse. A lo lejos, el golpeteo lastimero de un martillo parecía pedir permiso para entrar no se sabía dónde. De entre las luces cegadoras de arriba surgió un rostro azul y gritó algo ininteligible a la oscuridad. Luego, rompió el silencio una voz que salía de delante de donde estaba Rosemary.

—Nena, no te quites las medias. Puedes estropear otros diez pares. Ese vestido cuesta quince libras.

Al retroceder, el que había hablado tropezó con Rosemary, en vista de lo cual, el gerente de los estudios dijo:

—Eh, Earl. La señorita Hoyt.

Era la primera vez que se veían. Brady era un hombre de ademanes rápidos y enérgicos. Rosemary vio que, al tomar su mano, la examinaba de pies a cabeza. Era un gesto que reconocía y que la hacía sentirse en casa, pero que a la vez la hacía sentirse siempre ligeramente superior a quienquiera que fuera el que la miraba así. Si su persona era un objeto, podría hacer uso de cualquier ventaja implícita en su propiedad.

Sabía que iba a venir un día de éstos —dijo Brady, en un tono quizá demasiado apremiante para una conversación privada y que arrastraba un dejo cockney vagamente desafiante—. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, pero tenemos ya ganas de volver a casa.

— ¡No, no! —protestó—. Quédese un tiempo más. Tengo que hablar con usted. Tengo que decirle que una película suya… La niña de papá. La vi en París. Puse un telegrama a Hollywood inmediatamente para saber si estaba usted bajo contrato.

—Acababa de firmarlo. Lo siento.

— ¡Dios, qué película!

Para no asentir estúpidamente con una sonrisa, Rosemary frunció el ceño.

—A nadie le gusta que le recuerden siempre por una sola película —dijo.

—Claro. Tiene razón. ¿Cuáles son sus planes?

—Mi madre pensó que necesitaba un descanso. Cuando regrese, probablemente firmaremos un contrato con la First National, o si no, seguiremos con la Famous.

— ¿Seguiremos? ¿Por qué habla en plural?

—Me refiero a mi madre. Es la que decide todo lo relativo a los contratos. Si no fuera por ella…

La volvió a mirar de pies a cabeza y, mientras lo hacía, Rosemary se sintió de algún modo atraída hacia él. No era que le gustara. No, nada tenía que ver aquello con la admiración espontánea que había sentido esa mañana hacia el hombre de la playa. Era como el chasquido de un resorte. Aquel hombre la deseaba y, en la medida en que su falta de experiencia amorosa se lo permitía, consideró con ecuanimidad la posibilidad de entregarse a él. No obstante, sabía que lo olvidaría media hora después de haberse separado de él, igual que a un actor al que tuviera que besar en una película.

— ¿Dónde se alojan? —preguntó Brady—. Ah, sí, en el hotel de Gausse. Bueno, ya tengo hechos mis planes para este año, pero la carta que le escribí sigue en pie. Desde Connie Talmadge no ha habido otra chica con la que tuviera tantas ganas de hacer una película como con usted.

—A mí también me gustaría. ¿Por qué no vuelve a Hollywood?

—No puedo soportar ese maldito lugar. Estoy muy bien aquí. Espere a que acabe esta toma y le enseñaré esto.

De vuelta en el plató le empezó a hablar al actor francés en voz baja y queda.

Pasaron cinco minutos. Brady seguía hablando, y el francés cambiaba de vez en cuando un pie de sitio y asentía. De pronto, Brady dejó de hablar con él y les gritó algo a los de los focos, que deslumbraron a todos con un intenso resplandor. A Rosemary le pareció como si se encontrara de nuevo en Los Ángeles. Se movía una vez más, imperturbable, por la ciudad de las particiones livianas, y deseaba estar allí de vuelta. Pero no quería ver a Brady, porque sabía de qué humor iba a estar después de la toma, y se marchó de los estudios aún medio hechizada. El mundo mediterráneo le parecía menos silencioso ahora que sabía que los estudios estaban allí. Miraba con simpatía a la gente que se encontraba por las calles y camino de la estación se compró un par de alpargatas.

Su madre se alegró de saber que había hecho exactamente lo que se le había dicho que hiciera, pero no dejaba de pensar que ya había llegado el momento de que se lanzara sola al mundo. La señora Speers tenía un aspecto lozano, pero estaba cansada. Qué duda cabe que los lechos de muerte fatigan a

la gente, y ella había velado junto a dos de ellos.

VI

Nicole Diver se sentía a gusto después del vino rosado que había tomado en la comida: estiró los brazos hasta que la camelia artificial que llevaba en el hombro le rozó la mejilla y luego salió a su encantador jardín sin césped. El jardín lindaba en uno de sus lados con la casa, de la que partía y a la que iba a dar, en otros dos con el pueblo viejo, y, en el último, con el acantilado, que bajaba hasta el mar formando salientes.

Todo estaba polvoriento a lo largo de los muros que daban al pueblo: las viñas tortuosas, los limoneros y los eucaliptos, y la carretilla ocasional, abandonada sólo por un momento, pero que ya formaba parte del sendero, atrofiada y medio podrida. A Nicole siempre le sorprendía que, al ir en la otra dirección, pasado un macizo de peonías, se entrara en una zona tan verde y tan fresca que las hojas y los pétalos se enroscaban con la suave humedad.

Llevaba anudado a la garganta un pañuelo lila y su color, incluso con aquel sol acromático, se reflejaba en su rostro y en la sombra de sus pies al moverlos. Su expresión era dura, severa incluso, sólo suavizada por un destello de duda angustiada en sus ojos verdes. Su cabello, en otro tiempo rubio, se había oscurecido, pero era más bonita ahora a los veinticuatro años de lo que lo había sido a los dieciocho, cuando su pelo era más brillante que ella misma.

Siguió un camino marcado por una intangible bruma de florescencia a lo largo de los blancos márgenes de piedra y llegó a un espacio que daba al mar, donde, en torno a un enorme pino, el árbol más grande del jardín, había farolillos dormidos en las higueras, una mesa grande y sillas de mimbre y un amplio toldo comprado en Siena. Se detuvo allí un momento, mirando con aire ausente las capuchinas y los lirios que crecían enmarañados a sus pies, como si hubieran brotado de un puñado de semillas azarosas, y escuchando las protestas y acusaciones que llegaban del cuarto de los niños, que debían de estar riñendo. Cuando el sonido de aquéllas se apagó en el aire estival, siguió caminando entre las peonías caleidoscópicas que se agrupaban formando nubes rosadas, los tulipanes negros y marrones y las frágiles rosas de tallo malva, transparentes como flores de azúcar en el escaparate de una pastelería, hasta un punto en que el scherzo de color, como si ya no pudiera alcanzar más intensidad, se desvanecía súbitamente en el aire y unos escalones musgosos comunicaban con otro nivel que se encontraba un metro y medio más abajo.

Allí había un pozo con el brocal húmedo y resbaladizo hasta en los días más soleados. Nicole subió las escaleras que había al otro lado y entró en el huerto. Caminaba a paso más bien rápido. Le gustaba ser activa aunque a veces diera la impresión de reposo, estático y evocador al mismo tiempo. Ello se debía a que conocía pocas palabras y no creía en ninguna, y en sociedad estaba casi siempre callada y sólo de vez en cuando aportaba su grano de humor civilizado con una precisión que rayaba en la austeridad. Pero en cuanto notaba que la gente que no la conocía bien empezaba a sentirse incómoda ante tal economía de palabras, se adueñaba del tema de conversación y se disparaba con él, febrilmente maravillada consigo misma, y luego lo dejaba interrumpiéndose bruscamente, casi con timidez, como un obediente perro perdiguero, con la sensación de haber hecho incluso un poco más de lo que se esperaba de ella.

Seguía allí, en la confusa luz verdosa del huerto, cuando cruzó Dick el sendero que tenía delante de ella, camino de la casita que utilizaba como estudio. Nicole aguardó en silencio a que hubiera pasado y luego avanzó entre hileras de futuras ensaladas hasta llegar a una especie de zoológico en miniatura, donde fue recibida con un popurrí de ruidos insolentes de palomos, conejos y un loro. Descendió a otro nivel y llegó hasta un muro bajo y curvado desde donde miró el Mediterráneo, que estaba allí abajo, a doscientos metros.

Estaba en el viejo pueblo de Tarmes, sobre la colina. En lo que ahora era la villa y los terrenos que la rodeaban había habido antes una hilera de viviendas de campesinos que daban al acantilado. Se habían combinado cinco casitas para hacer la casa y se habían derribado otras cuatro para el jardín. Los muros exteriores se habían conservado, de modo que desde la carretera, situada mucho más abajo, no se distinguía la villa de la masa gris y violeta del pueblo.

Nicole siguió mirando por un momento el Mediterráneo, pero aquello no era una ocupación para ella, con sus manos incansables. Dick salió de su casita de una habitación con un telescopio en las manos y se puso a mirar en dirección este, hacia Cannes. Enseguida entró Nicole en su campo de visión, así que desapareció dentro de la casa y volvió a salir con un megáfono. Tenía muchos artefactos mecánicos ligeros.

—Nicole —gritó—. Olvidé decirte que, para llevar mi apostolado hasta el final, he invitado también a la señora Abrams, la del pelo blanco.

—Me lo temía. Es intolerable.

La claridad con que le llegó la respuesta de su mujer hizo que el megáfono pareciera ridículo. Nicole alzó entonces la voz para preguntarle:

— ¿Me oyes bien?

—Sí.

Bajó el megáfono y luego lo volvió a levantar con obstinación.

—Voy a invitar también a otras personas. A los dos hombres jóvenes.

—Está bien —dijo ella con calma.

—Quiero que sea una cena realmente horrenda. En serio. Quiero que haya riñas y seducciones y que la gente se marche ofendida y las mujeres se desmayen en el cuarto de baño. Ya verás.

Y se volvió a meter en su casita. Nicole reconocía aquel estado de ánimo, uno de los más típicos suyos, aquella excitación que quería contagiar a todo el mundo y que, inevitablemente, iría seguida de uno de sus accesos de melancolía que siempre trataba de disimular pero que ella notaba. Era una excitación que llegaba a alcanzar una intensidad que no guardaba la menor proporción con la importancia de su objeto y que generaba en él un virtuosismo realmente extraordinario con la gente. Tenía la facultad de provocar una fascinación sin reservas, salvo entre los más duros y los eternamente suspicaces. La reacción venía cuando se daba cuenta del derroche y los excesos que aquello le había supuesto.

A veces recordaba con horror los carnavales de afecto que había prodigado, igual que un general contemplaría la matanza ordenada por él para satisfacer una sed de sangre impersonal.

Pero ser incluido, aunque fuera un momento, en el mundo de Dick Diver era una experiencia notable: cada persona se quedaba convencida de que la estaba tratando de una manera especial porque había reconocido la incomparable grandeza de su destino a pesar de que había quedado oculta por los muchos años de tener que transigir. Se conquistaba a todos enseguida con una consideración exquisita y una cortesía que funcionaban de una manera tan rápida e intuitiva que sólo se podían examinar sus efectos.

Luego, sin tomar ninguna precaución, no fuera que se marchitara la primera flor de la relación, abría las puertas de su divertido mundo. Si lo abrazaban sin ninguna reserva, él se encargaba de hacerlos felices. Pero si le entraba la menor duda de que realmente estuvieran entregados completamente, se evaporaba ante sus ojos, dejando apenas un recuerdo transmisible de lo que había dicho o hecho.

A las ocho y media de aquella tarde salió a recibir a sus primeros invitados; llevaba la chaqueta en la mano en forma más bien ceremoniosa, más bien prometedora, como la capa de un torero. Fue un detalle característico que, tras saludar a Rosemary y su madre, aguardara a que ellas hablaran primero, como para infundirles más confianza al oír sus propias voces en un ambiente nuevo.

Volviendo al punto de vista de Rosemary, habría que señalar que, bajo el

influjo de la subida a Tarmes y del aire más fresco que allí hacía, tanto ella como su madre miraron en torno suyo con aire apreciativo. Del mismo modo que se pueden poner de manifiesto los atributos personales de la gente fuera de lo común con un inusitado cambio de expresión, toda la perfección intensamente calculada de Villa Diana se revelaba de pronto en fallos tan aparentemente insignificantes como la inesperada aparición de una doncella al fondo o la perversidad del corcho de una botella. Mientras llegaban los primeros invitados, trayendo consigo la excitación de esa noche, se iba apagando suavemente ante ellos la actividad doméstica del día, simbolizada por los hijos de los Diver y su institutriz, que todavía no habían terminado de cenar en la terraza.

— ¡Qué jardín tan hermoso! —exclamó la señora Speers.

—Es el jardín de Nicole —dijo Dick—. No lo deja en paz ni un momento. Se pasa el tiempo regañando a las plantas y se preocupa cuando tienen alguna enfermedad. Cualquier día va a caer enferma ella misma con mildiu o añublo o alguna plaga tardía.

Apuntó hacia Rosemary con el dedo índice y, con aire decidido y una naturalidad que parecía ocultar un interés paternal, dijo:

—Le voy a salvar la cabeza. Le voy a dar un sombrero para que se lo ponga en la playa.

Hizo que pasaran del jardín a la terraza, donde les sirvió un cóctel. Llegó Earl Brady y se sorprendió al ver a Rosemary. Sus modales eran más suaves que en los estudios, como si se hubiera puesto el nuevo disfraz antes de entrar, y Rosemary, comparándolo al instante con Dick Diver, inclinó claramente la balanza a favor de este último. En comparación, Earl Brady parecía ligeramente burdo y maleducado. Pero, a pesar de todo, volvió a sentir la misma atracción física hacia su persona.

Earl habló con familiaridad a los niños, que se estaban levantando una vez terminada su cena en la terraza.

—Hola, Lanier. Cántame una canción. ¿Por qué no me cantáis tú y Topsy una canción?

— ¿Qué quieres que cantemos? —asintió el niño, con el peculiar acento cantarín de los niños norteamericanos educados en Francia.

—La canción esa de Mon ami Pierrot.

Hermano y hermana se pusieron a cantar juntos sin la menor turbación y sus voces se elevaron dulcemente en el aire vespertino.

Au clair de la lune

Mon ami Pierro;

Préte-moi ta plume

Pour écrire un mot

Ma chandelle est monte

Je n’ai plus de feu

Ouvre-moi ta porte

Pour l’amour de Dieu.

Terminó la canción, y los niños, con los rostros encendidos por los últimos rayos de sol, saborearon sonrientes y con calma su triunfo. Rosemary estaba pensando que Villa Diana era el centro del universo. En un escenario así tenía que ocurrir alguna cosa memorable. Se le iluminó más la cara al oír que se abría la verja de la entrada: había llegado el resto de los invitados como una sola persona. Los McKisco, la señora Abrams, el señor Dumphry y el señor Campion se acercaban a la terraza.

Rosemary tuvo una profunda sensación de desencanto: se volvió rápidamente hacia Dick como para pedirle una explicación por aquella absurda mezcolanza. Pero no notó nada anormal en su expresión. Saludó a los recién llegados con orgullo y un evidente respeto hacia sus infinitas posibilidades, aún desconocidas. Rosemary creía en él hasta tal punto que pasó a aceptar la presencia de los McKisco con toda naturalidad, como si hubiera esperado encontrarlos allí todo el tiempo.

—Nos conocimos en París —le dijo McKisco a Abe North, que había llegado con su mujer pisándoles los talones—. En realidad, hemos coincidido en un par de ocasiones.

—Sí, ya recuerdo —dijo Abe.

— ¿Dónde fue? —inquirió McKisco, que no se conformaba con dejar las cosas como estaban.

—Creo que…

Abe se cansó del juego.

—No me puedo acordar.

Ese intercambio sirvió para llenar una pausa y Rosemary instintivamente pensó que alguien debía salvar la situación, pero Dick no hizo el menor intento de romper el grupo formado por los últimos en llegar y ni siquiera trató de hacer perder a la señora McKisco su aire entre burlón y desdeñoso. No trató de resolver ese problema social porque sabía que no tenía importancia de momento y se iba a resolver solo. Se estaba reservando para un esfuerzo más

importante y esperaba un momento más significativo para que sus invitados se dieran cuenta de que lo estaban pasando bien.

Rosemary estaba junto a Tommy Barban, que tenía un aire particularmente despectivo y parecía obrar bajo el impulso de algún estímulo especial. Se marchaba a la mañana siguiente.

— ¿Vuelve a casa?

— ¿A casa? Yo no tengo casa. Me voy a una guerra. — ¿Qué guerra?

— ¿Qué guerra? Cualquier guerra. Hace días que no leo los periódicos, pero me imagino que habrá alguna guerra. Siempre la hay.

— ¿Le tiene sin cuidado luchar por una causa o por otra?

—Absolutamente. Con tal de que me traten bien… Cuando me canso de mi rutina, vengo a ver a los Diver porque sé que a las pocas semanas me entrarán ganas de volver a la guerra.

Rosemary se puso rígida.

—Pero usted aprecia a los Diver —le recordó.

—Claro. Sobre todo a ella. Pero me hacen sentir ganas de irme a la guerra.

Rosemary trató de reflexionar sobre aquello, pero no llegó a ninguna conclusión. Lo único que sabía era que los Diver le hacían sentir ganas de permanecer junto a ellos el resto de su vida.

—Usted es mitad norteamericano —dijo, como si ahí estuviera la solución del problema.

—También soy mitad francés y me eduqué en Inglaterra y desde los dieciocho años he llevado el uniforme de ocho países. Pero espero no haberle dado la impresión de que no les tengo afecto a los Diver. Sí se lo tengo, sobre todo a Nicole.

—Sería imposible no tenérselo —se limitó a decir ella.

Se sentía muy alejada de él. La intención que adivinaba en sus palabras le repelía y se guardó para sí la adoración que sentía por los Diver para que él no la profanara con su rencor. Se alegró de no estar sentada a su lado en la cena y seguía pensando en sus palabras, «sobre todo a ella», mientras se dirigían a la mesa que habían colocado en el jardín.

Por un momento se vio caminando al lado de Dick Diver. Con su inteligencia tan clara y tan sólida todo se desvanecía en la certeza de que lo sabía todo. Desde hacía un año, que parecía una eternidad, Rosemary tenía dinero y cierta fama y había entrado en contacto con los famosos, pero éstos no habían resultado ser más que poderosas ampliaciones de la gente con la que

la viuda del médico y su hija se habían relacionado en un hotel-pensión de París. Rosemary era una romántica y su profesión no le había ofrecido muchas oportunidades satisfactorias en ese campo. Su madre, que quería que hiciera carrera, no toleraba sucedáneos espurios como las emociones vulgares que aquel mundo le brindaba, y, en realidad, Rosemary ya había superado aquello: vivía del cine pero en absoluto para el cine. Por eso, cuando leyó en el rostro de su madre que le parecía bien Dick Diver, comprendió que aquello significaba que lo consideraba un hombre «de verdad» y que le daba permiso para llegar hasta donde pudiera.

—La he estado observando —dijo él, y sabía que le estaba diciendo la verdad—. La hemos tomado mucho cariño.

—Yo me enamoré de usted la primera vez que le vi —dijo ella en voz baja.

Hizo como que no la había oído, como si se tratara simplemente de un cumplido.

—Muchas veces, los amigos nuevos —dijo él, como si estuviera haciendo una observación importante— lo pasan mejor juntos que los viejos amigos.

Tras ese comentario, cuyo significado exacto no entendió, se encontró sentada a la mesa, que unas luces que fueron apareciendo lentamente hicieron resaltar en el oscuro atardecer. Se sintió muy feliz al ver que Dick había sentado a su madre a su derecha. En cuanto a ella, estaba sentada entre Luis Campion y Brady.

Estaba tan emocionada que se volvió hacia Brady con la intención de hacerle confidencias, pero a la primera mención que hizo de Dick, la chispa de dureza que vio en sus ojos le hizo comprender que se negaba a hacer de padre. Ella a su vez se mostró igualmente firme cuando él trató de monopolizar su mano, de modo que hablaron de cosas de la profesión; o, más bien, ella fingía escuchar mientras él hablaba de cosas de la profesión, sin apartar, por cortesía, la mirada de su rostro ni una sola vez, pero tenía el pensamiento tan en otra cosa que tuvo la sensación de que se debía estar dando cuenta de ello. De vez en cuando captaba la esencia de lo que él decía y su subconsciente ponía el resto, igual que percibimos que un reloj está dando la hora cuando ya va por la mitad, pero perdura en nuestra mente el ritmo de las primeras campanadas que no habíamos contado.

VII

Aprovechando una pausa, Rosemary miró hacia el lugar en que estaba sentada Nicole, entre Tommy Barban y Abe North, con su pelo de perro chow

que parecía espuma a la luz de las velas. Se puso a escuchar lo que decía, atraída irresistiblemente por aquella voz modulada y recortada que tan poco se prodigaba.

— ¡Pobrecito! —exclamó Nicole—. ¿Por qué querías abrirlo por la mitad?

—Pues porque quería ver lo que hay dentro de un camarero, naturalmente. ¿No te gustaría a ti saber lo que hay dentro de un camarero?

—Menús viejos —sugirió Nicole con una risita—. Pedacitos de vajillas rotas, propinas y puntas de lápices.

—Exacto. Pero había que probarlo científicamente. Y, por supuesto, al hacerlo con aquella sierra musical se hubiera eliminado todo elemento sórdido.

— ¿Es que pensabais tocar la sierra mientras realizabais la operación? —preguntó Tommy.

—No llegamos tan lejos. Los gritos nos alarmaron. Pensamos que se le podía romper algo.

—Me suena todo rarísimo —dijo Nicole—. Un músico que utiliza la sierra de otro músico para…

En la media hora que llevaban sentados a la mesa se había producido un cambio perceptible en todos ellos: cada uno había dejado de lado algo, una preocupación, una inquietud, una sospecha, y habían pasado a estar en su elemento como invitados de Dick Diver. Si no se hubieran mostrado cordiales e interesados, habría parecido que trataban de desprestigiar a los Diver, así que todos se estaban esmerando, y al darse cuenta de ello, Rosemary sintió una súbita simpatía hacia todos, con excepción de McKisco, que se las había arreglado para ser la única persona que no se había integrado con el resto. Más que a mala voluntad por su parte, aquello se debía a su decisión de mantener con vino el excelente humor de que había dado muestras a su llegada. Recostado en su asiento entre Earl Brady, al que había hecho varios comentarios mordaces sobre el cine, y la señora Abrams, a la que no dirigía la palabra, miraba a Dick Diver con ironía devastadora cuyo efecto se interrumpía de vez en cuando con sus intentos de mantener con Dick una dificultosa conversación de un extremo a otro de la mesa.

— ¿No es usted amigo de Van Buren Denby? —decía, por ejemplo.

—Me parece que no le conozco.

—Yo creía que era amigo suyo —insistía irritado.

Cuando el tema del señor Denby se cayó por su propio peso, intentó otros temas de conversación igualmente inconexos, pero cada vez, la deferencia

misma que le mostraba Dick prestándole atención parecía dejarlo paralizado, y después de una pausa un poco violenta, la conversación que había interrumpido continuaba sin él. Trató de meterse en otras conversaciones, pero era como darle la mano continuamente a un guante del que se hubiera retirado la mano, por lo que, al fin, poniendo aire resignado como si se encontrara entre niños, dedicó toda su atención exclusivamente al champán.

Rosemary paseaba a intervalos la mirada por la mesa, deseosa de que los demás disfrutasen, como si se tratara de sus futuros hijastros. Una favorecedora luz de mesa, que emanaba de un búcaro de clavellinas aromáticas, le daba al rostro de la señora Abrams, ya encendido por el Veuve Cliquot, una expresión vigorosa, llena de tolerancia y buena voluntad juveniles. Junto a ella estaba sentado Royal Dumphry, cuyos aires de muchachita resultaban menos chocantes en aquel ambiente de placer nocturno. A continuación, Violet McKisco, cuyos encantos habían aflorado a la superficie y ya no hacía ningún esfuerzo por tomarse en serio su fantasmagórica condición de mujer de un arribista que no había llegado a ninguna parte.

Luego venía Dick, manejando los hilos para que no volvieran a caer en la inercia de la que había conseguido sacarlos, totalmente inmerso en su papel de anfitrión.

Luego su madre, perfecta como siempre.

Luego Barban, sumamente atento con su madre, con la que mantenía una conversación, lo cual hizo que volviera a sentir simpatía hacia él. Luego Nicole. Rosemary la vio de pronto con nuevos ojos y decidió que era una de las personas más hermosas que había conocido nunca. Su rostro, que era el rostro de una santa, de una virgen vikinga, resplandecía entre las débiles partículas que flotaban como pequeños copos de nieve en torno a la luz de las velas y recibía su fulgor de los farolillos de color tinto que colgaban del pino. Seguía igual de inmóvil.

Abe North le estaba hablando de su código moral:

—Por supuesto que lo tengo —insistía—. Un hombre no puede vivir sin un código moral. El mío consiste en que estoy en contra de la quema de brujas. Cada vez que queman a una, siento que me arde el cuerpo.

Rosemary sabía por Brady que era un músico que, tras unos comienzos brillantes y precoces, llevaba siete años sin componer nada.

A continuación estaba Campion, que había logrado controlar hasta cierto punto sus ademanes escandalosamente afeminados e incluso mostraba hacia los que estaban junto a él una cierta solicitud maternal. A su lado, Mary North, con una expresión tan alegre que resultaba difícil no responder con otra

sonrisa al espejo blanco de sus dientes: toda la zona que rodeaba sus labios entreabiertos era un delicioso círculo de gozo.

Por último, Brady, cuya campechanía pasaba a ser, cada vez más, una virtud social, en lugar de una vulgar afirmación y reafirmación de su propia salud mental y una manera de conservar ésta manteniéndola a distancia de las debilidades de los demás.

Rosemary, tan pura en su fe como una de las criaturas de los nocivos folletines de la señora Burnett, tenía la sensación de haber llegado a casa, de haber regresado de las improvisaciones ridículas y obscenas de la frontera. Las luciérnagas iban y venían por el aire oscuro y un perro aullaba en algún saliente bajo y lejano del acantilado. Parecía que la mesa se hubiera alzado ligeramente hacia el cielo como una pista de baile mecánica y hubiera creado en cada uno de los que se encontraban alrededor de ella la sensación de encontrarse solo con los demás comensales en el oscuro universo, alimentándose de su único alimento, calentándose con sus únicas luces. Y, como si la extraña risita contenida de la señora McKisco hubiera sido la señal de que ya habían logrado separarse del mundo, los dos Diver se volvieron súbitamente más cálidos, más luminosos, más expansivos, como para compensar a sus invitados, a los que tan sutilmente habían logrado convencer de que eran importantes y que tan halagados se sentían con todos los detalles que habían tenido con ellos, de la pérdida de cualquier cosa de aquel país ya lejano que habían dejado atrás que pudieran seguir echando de menos. Durante un instante pareció que hablaban a la vez a cada persona que se encontraba a la mesa, a todos juntos y por separado, para que se sintieran seguros de su amistad y de su afecto. Y por un instante, los rostros que se volvían hacia ellos eran como rostros de niños pobres mirando un árbol de Navidad. Pero, de pronto, había que levantarse de la mesa. El breve instante durante el cual los invitados se habían atrevido a ir más allá de la simple sensación de encontrarse bien juntos para adentrarse en las zonas más oscuras del sentimiento había pasado antes de que hubieran podido gozar de él con libertad, antes incluso de que se dieran realmente cuenta de que había llegado.

Pero la magia difusa del sur dulce y cálido había penetrado en ellos, se había separado de la suave zarpa de la noche y el flujo espectral del Mediterráneo allá abajo para ir a fundirse con los Diver y formar parte de ellos. Rosemary vio cómo Nicole obligaba a su madre a aceptar como regalo un bolso amarillo de noche que le había alabado, diciéndole: «Las cosas deben ser de la gente que las sabe apreciar», y luego metía en el bolso todos los objetos de color amarillo que pudo encontrar «porque todos hacen juego».

Nicole desapareció y al momento Rosemary observó que Dick ya no estaba allí. Los invitados se repartieron por el jardín o siguieron hacia la terraza.

— ¿Quiere ir al baño? —preguntó Violet McKisco a Rosemary.

No en aquel preciso instante.

—Pues yo quiero ir al baño —insistió la señora McKisco.

Como la mujer franca y abierta que era, se fue hacia la casa arrastrando su secreto con ella, mientras Rosemary la miraba con reprobación. Earl Brady le propuso ir paseando hasta el pretil del acantilado, pero ella pensaba que le tocaba ahora disfrutar un poco de la presencia de Dick Diver cuando volviera a aparecer, de modo que se disculpó y se quedó escuchando una discusión entre McKisco y Barban.

— ¿Por qué quiere usted luchar contra los soviéticos? —decía McKisco—. ¡El experimento más grandioso que nunca haya hecho la humanidad! ¿Y el Rif? Me parece a mí que sería más heroico luchar del bando que tiene la razón.

— ¿Y cómo sabe usted cuál es? —preguntó Barban secamente.

—Bueno, las personas inteligentes lo suelen saber.

— ¿Es usted comunista?

—Soy socialista —dijo McKisco—. Me solidarizo con Rusia.

—Pues yo soy un soldado —repuso Barban afablemente—. Mi trabajo consiste en matar gente. Luché contra Rif porque soy europeo, y he luchado contra los comunistas porque quieren arrebatarme lo que me pertenece.

—En mi vida he oído un pretexto más reaccionario.

McKisco miró en torno a sí buscando la complicidad burlona de alguien, pero no tuvo ningún éxito. No tenía idea de la clase de contrincante que era Barban, ni tampoco de lo simples que eran sus ideas y lo compleja que era su formación. McKisco sabía lo que eran las ideas y, a medida que se desarrollaba su intelecto, se sentía capaz de reconocer y clasificar un número cada vez mayor de ellas, pero enfrentado a un hombre al que consideraba «estúpido» y en el que no encontraba ninguna idea que pudiera reconocer como tal y ante el que, sin embargo, no podía sentirse superior, llegó a la conclusión de que Barban era el producto final de un mundo caduco y, por tanto, sin ningún valor. De los contactos que McKisco había tenido con gente de la alta sociedad norteamericana se le habían quedado grabados su esnobismo indeciso y desmañado, su complacencia en su propia ignorancia y su grosería deliberada, todo ello plagiado de los ingleses sin tener en cuenta factores que dan un sentido al prosaísmo complaciente y la grosería de los ingleses, y aplicado a un país en el que con un mínimo de conocimientos y educación se consigue más que en cualquier otro. Era una actitud que llegaba a su apogeo con el «estilo de Harvard» de hacia 1900. McKisco pensaba que aquel Barban era de ese tipo, y, como estaba borracho, había cometido la

imprudencia de no acordarse de que le imponía respeto, y por eso se veía metido en aquel lío.

Sintiendo cierta vergüenza ajena por McKisco, Rosemary aguardaba, plácidamente en apariencia pero en realidad con gran ansiedad, a que regresara Dick Diver. Aparte de ella sólo seguían sentados en torno a la mesa Barban, McKisco y Abe. Se puso a observar el camino bordeado de mirtos y helechos en sombras que llevaba a la terraza y, fascinada al ver la figura de su madre recortada contra una puerta iluminada, se levantó para dirigirse hacia allí, pero en ese mismo momento la señora McKisco salía precipitadamente de la casa.

Rezumaba excitación. Por el hecho mismo de que guardara silencio mientras echaba mano de una silla y se sentaba, con la mirada fija y la boca temblándole un poco, todos comprendieron que estaba deseando darles una noticia y el «¿Qué te pasa, Vi?», de su marido sonó natural, con todos los ojos fijos en ella.

—Resulta… —dijo al fin, y luego, dirigiéndose a Rosemary—: Resulta… No, no es nada. Realmente no debería decir nada.

—Está usted entre amigos —dijo Abe.

—Bueno. Acabo de presenciar una escena en el piso de arriba que…

Movió la cabeza en forma misteriosa y se interrumpió a tiempo, porque Tommy se puso en pie y le dijo, cortésmente pero con firmeza:

—No le aconsejo que haga ningún comentario sobre lo que ocurre en esta casa.

VIII

Violet respiró hondo y, haciendo un esfuerzo, logró cambiar de expresión.

Por fin apareció Dick y, con su instinto infalible, separó a Barban de los McKisco y se puso a hablar de literatura con McKisco, fingiendo una ignorancia y una curiosidad desmedidas en la materia, con lo que brindó a aquél el momento de superioridad que necesitaba. Los demás le ayudaron a llevar lámparas a la casa (¡a quién no le iba a agradar la idea de mostrarse servicial llevando lámparas en la oscuridad!). Rosemary también ayudó, a la vez que trataba de satisfacer pacientemente la insaciable curiosidad de Royal Dumphry con respecto a Hollywood.

Pensaba: Ya me he ganado un momento a solas con él. Debe de saberlo, puesto que sus leyes son las mismas que mi madre me inculcó.

Rosemary acertó. Enseguida la separó del resto del grupo que había en la terraza y, al encontrarse los dos solos, se dejaron llevar de un impulso que les hizo dejar la casa y caminar hacia el pretil del acantilado, más que a pasos a intervalos irregularmente espaciados, en algunos de los cuales Rosemary se dejaba arrastrar y en otros se sentía flotar.

Contemplaron el Mediterráneo. Allá abajo, la última lancha de excursionistas de las islas de Lerins flotaba en la bahía como un globo del Cuatro de Julio suelto en los cielos. Flotaba entre las islas negras, partiendo suavemente la oscura marea.

—Ya he comprendido por qué habla de su madre como lo hace —dijo él—. La actitud que tiene con usted es excelente, me parece a mí. Tiene un tipo de sabiduría muy poco frecuente en América.

—Mamá es perfecta —dijo ella con devoción.

—Le he estado hablando de un plan que tengo. Me dijo que el tiempo que fueran a quedarse en Francia dependía de usted.

De «usted», estuvo a punto de decir en voz alta Rosemary.

—Así que, como las cosas han llegado a su fin aquí…

— ¿A su fin? —se extrañó ella.

—Bueno, esta parte del verano ha llegado a su fin. La semana pasada se marchó la hermana de Nicole, mañana se va Tommy Barban, el lunes Abe y Mary North. Puede que sigamos divirtiéndonos este verano, pero el tipo de diversión que hemos tenido hasta ahora ya se ha acabado. Quiero que termine violentamente, en lugar de irse apagando de una manera sentimental. Por eso he dado esta cena. En fin, lo que quería decirle es que Nicole y yo nos vamos a París a despedir a Abe North que regresa a América. ¿Le gustaría venir con nosotros?

— ¿Qué le dijo mi madre?

—Le pareció bien, aunque ella no quiere venir. Quiere que venga usted sola.

—No he estado en París desde niña —dijo Rosemary—. Me encantaría volver a verlo con ustedes.

—Me alegra oírlo.

¿Era imaginación suya o la voz de él sonaba de pronto metálica?

—Desde luego, usted despertó nuestro interés desde el momento en que la vimos aparecer en la playa. Estábamos convencidos, sobre todo Nicole, de que esa vitalidad suya era profesional y que nunca se iba a gastar con ninguna

persona o grupo.

El instinto le decía a gritos a Rosemary que estaba tratando de llevarla poco a poco hacia Nicole, así que puso sus propios frenos y le dijo, con la misma dureza:

—Yo también quería conocerlos a todos ustedes, sobre todo a usted. Ya le dije que me enamoré de usted la primera vez que le vi.

Hacía bien en abordar el asunto de aquel modo, pero el espacio que había entre el cielo y la tierra le había aclarado las ideas a Dick, había destruido el impulso que le había hecho llevarla hasta allí y le había hecho comprender que la atracción que sentía ella era demasiado obvia y que estaba luchando con una escena que no había ensayado y unos diálogos a los que no estaba habituada.

Trató de hacer lo posible para que deseara volver a la casa, pero no resultaba fácil y, por otra parte, tampoco quería perderla del todo. Ella sólo sentía soplar la brisa mientras él se burlaba afablemente.

—Usted no sabe lo que quiere. Vaya a preguntárselo a su madre.

Se sintió herida. Le tocó, palpando la tela suave de su, chaqueta oscura como si fuera una casulla. Estaba a punto de caer de rodillas, y desde esa posición lanzó su última arma.

—Creo que es usted la persona más maravillosa que he conocido en mi vida, aparte de mi madre.

—Me mira usted con ojos románticos.

La risa de él los arrastró hasta la terraza, donde la dejó en manos de Nicole.

Muy pronto llegó la hora de marcharse y los Diver ayudaron a todos a irse con celeridad. En el Isotta grande de los Diver se metieron Tommy Barban con su equipaje —iba a pasar la noche en el hotel para coger uno de los primeros trenes—, la señora Abrams, los McKisco y Campion. Earl Brady, que volvía a Montecarlo, iba a llevar a Rosemary y su madre, y Royal Dumphry iba con ellos porque el coche de los Diver estaba ya lleno. En el jardín brillaba aún la luz de 1 los farolillos sobre la mesa en la que habían cenado cuando los Diver los despidieron, el uno junto al otro, en la verja, Nicole resplandeciente y llenando la noche con su encanto y Dick diciendo adiós a cada uno por su nombre. Rosemary sentía congoja de alejarse en el coche y dejarlos a ellos en su casa. Se volvió a preguntar qué habría visto la señora McKisco en el cuarto de baño.

IX

Era una noche oscura y límpida, colgada como en un cesto de una única estrella poco brillante. La resistencia del aire denso amortiguaba el sonido de la bocina del coche que iba delante. El chófer de Brady conducía despacio. Las luces traseras del otro coche aparecían de vez en cuando después de doblar alguna curva, hasta volver a desaparecer por completo. Pero al cabo de diez minutos volvieron a ver el coche, parado a un lado de la carretera. El chófer de Brady aminoró la marcha para frenar detrás, pero como inmediatamente empezó a andar de nuevo lentamente, lo adelantaron. En el instante en que lo pasaban, oyeron voces que la discreción de la limusina no permitía distinguir y vieron que el chófer de los Diver sonreía irónicamente. Siguieron, y atravesaron velozmente zonas de noche cerrada y otras de noche más clara hasta bajar al fin por una serie de tramos que eran como una montaña rusa y conducían a la gran mole del hotel de Gausse.

Rosemary dormitó unas tres horas y cuando despertó, permaneció tendida en la cama, como en suspenso a la luz de la luna. Envuelta en la erótica oscuridad, agotó el futuro rápidamente, con todas las eventualidades que podrían llevar a un beso, aunque era un beso tan borroso como los de las películas. Cambió de postura en la cama deliberadamente —primer signo de insomnio de su vida— y trató de pensar en aquella cuestión con la mente de su madre. En ese proceso solía ser más perspicaz de lo que permitía su experiencia, ya que recordaba cosas de viejas conversaciones que había asimilado oyéndolas sólo a medias.

Rosemary había sido educada para el trabajo. La señora Speers había empleado en la educación de su hija el escaso dinero que le habían dejado los hombres de los que había enviudado, y cuando la vio florecer tan espléndidamente a los dieciséis años, con aquel pelo tan extraordinario, se apresuró a llevarla a Aix-les-Bains y se presentó con ella sin ser anunciadas en la suite de un productor norteamericano que se estaba recuperando allí. Cuando el productor se marchó a Nueva York, fueron con él. De esa manera había aprobado Rosemary su examen de ingreso. Dado el éxito que luego había tenido y la subsiguiente promesa de relativa estabilidad, la señora Speers se había sentido en libertad aquella noche para darle a entender lo siguiente:

—Fuiste educada para que trabajaras, no especialmente para casarte. Ya te ha llegado tu primera prueba que superar y es una prueba excelente. Sigue adelante y, ocurra lo que ocurra, utilízalo como experiencia. Te puedes hacer daño tú misma o se lo puedes hacer a él, pero nada de lo que ocurra te podrá perjudicar, porque desde el punto de vista económico eres un chico, no una chica.

Rosemary nunca había reflexionado mucho, salvo acerca de las innumerables virtudes de su madre, por lo que aquella impresión de que al fin

se rompía el cordón umbilical le impedía dormir. Un amago de amanecer penetró por las puertas-ventanas. Se levantó y salió a la terraza, que sentía caliente bajo sus pies desnudos. En el aire había sonidos secretos. Un pájaro insistente proclamaba su triunfo malévolo periódicamente en los árboles que rodeaban la pista de tenis. Se oían las pisadas de alguien que paseaba en la parte trasera del hotel haciendo un recorrido circular; el sonido de las pisadas cambiaba del camino de tierra al paseo de gravilla y los escalones de cemento y volvía a repetirse en sentido inverso cada vez. Más allá del mar de tinta, en lo alto de aquella sombra negra que era una colina vivían los Diver. Los imaginó juntos en aquel momento; oía el eco, muy remoto en el tiempo y en el espacio, de una canción que seguían cantando, una especie de himno que se elevaba como humo en el cielo. Los niños dormían. La verja estaba cerrada, como cada noche.

Regresó a su cuarto y, tras ponerse una bata ligera y unas alpargatas, volvió a salir por la puerta-ventana y recorrió la terraza, que seguía a lo largo de la fachada, hasta la puerta principal. Iba a paso ligero, pues se había dado cuenta de que daban a la terraza otras habitaciones privadas cuyos ocupantes dormían profundamente. Se detuvo al ver una figura sentada en la ancha escalinata blanca de la entrada principal. Era Luis Campion y estaba llorando.

Lloraba desconsoladamente pero en silencio y se estremecía del mismo modo que lo habría hecho una mujer. Rosemary no pudo resistir la tentación de recrear una escena de un personaje que había interpretado el año anterior y, avanzando hacia él, le tocó en el hombro. Sorprendido, dio un pequeño grito.

— ¿Qué es lo que le pasa?

La mirada de ella era directa y amable, sin una sombra de curiosidad morbosa.

— ¿Le puedo ayudar en algo?

—Nadie puede ayudarme. Lo sabía. Es sólo culpa mía. Siempre es lo mismo.

—Pero ¿de qué se trata? ¿No quiere decírmelo?

La miró para considerar si se lo decía o no.

—No —decidió—. Cuando sea más mayor sabrá lo que es sufrir cuando se ama. La agonía de los que aman. Es preferible ser joven y frío que amar. Me ha pasado otras veces pero nunca como ahora. Tan accidentalmente. Cuando todo empezaba a ir bien.

Su cara era repulsiva a la incipiente luz del alba. Ni con el gesto más fugaz o el menor movimiento de un músculo dejó ella traslucir el asco repentino que le producía aquello, fuese lo que fuese. Pero la sensibilidad de Campion lo

captó y cambió de tema de manera más bien abrupta.

—Abe North anda por aquí.

— ¡Pero si está viviendo en casa de los Diver!

—Sí, pero ha venido aquí. ¿No se ha enterado de lo que ha ocurrido?

De repente se abrió un postigo en una de las habitaciones dos pisos más arriba y una voz con acento británico les espetó claramente:

— ¿Quieren hacer el favor de callarse?

Rosemary y Luis Campion bajaron humildemente las escaleras y se instalaron en un banco junto al camino que iba a la playa.

— ¿Entonces no tiene ni idea de lo que ha pasado? Querida: algo realmente extraordinario.

Se estaba animando ya, pendiente de la revelación que iba a hacer.

—Nunca había visto nada que ocurriera con tal rapidez. Siempre he evitado a la gente violenta. Me perturba tanto que a veces me he tenido que quedar días en la cama por su culpa.

La miraba con expresión triunfante. Ella no tenía la menor idea de a qué se estaba refiriendo.

—Querida —dijo al fin, inclinando todo el cuerpo hacia ella y tocándole el muslo para que quedara bien claro que no era una mera aventura irresponsable de su mano; tan seguro de sí mismo se sentía—. Va a haber un duelo.

— ¿Quéee?

—Un duelo con… todavía no sabemos con qué. —Pero ¿entre quiénes?

—Se lo contaré todo desde el principio.

Aspiró profundamente y luego dijo, como si fuera un descrédito para ella aunque no pensara utilizarlo en su contra:

—Usted, claro, iba en el otro automóvil. Bueno, en cierto modo tuvo suerte. He perdido por lo menos dos años de mi vida. Ocurrió tan de repente.

— ¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó ella.

—No sé cómo empezó. Ella se puso a hablar…

— ¿Quién?

—Violet McKisco.

Bajó la voz como si hubiera alguien debajo del banco.

—Pero no le diga nada a los Diver, porque él amenazó a cualquiera que se

lo mencionara.

— ¿Quién es él?

—Tommy Barban. Así que no diga ni siquiera que los mencioné. De todos modos, nadie se enteró de lo que quería decir Violet porque la interrumpía cada vez, y entonces su marido se metió por medio y por eso ahora tenemos un duelo. Esta mañana a las cinco, dentro de una hora.

De pronto suspiró al acordarse de sus propias penas.

—Casi me gustaría que fuera yo. Daría igual que me mataran ahora que mi vida no tiene ningún sentido.

Se interrumpió y se puso a balancear su cuerpo hacia adelante y hacia atrás para mostrar su pena.

Volvió a abrirse arriba el postigo de hierro y la misma voz con acento británico dijo:

—Verdaderamente, esto tiene que acabar inmediatamente.

En ese mismo instante Abe North salió del hotel con aire más bien absorto y los vio contra el telón de fondo del cielo, blanco sobre el mar. Rosemary le hizo una señal con la cabeza para que no dijera nada y se trasladaron a otro banco más alejado. Rosemary notó que Abe estaba un poco bebido.

— ¿Qué hace usted levantada? —preguntó.

—Me acabo de levantar.

Iba a soltar una carcajada, pero se acordó de la voz que protestaba y se contuvo.

—No la dejaba dormir el ruiseñor —sugirió Abe—. Probablemente no la dejaba dormir el ruiseñor —repitió—. ¿Le ha contado esta portera lo que pasó?

Campion dijo con aire muy digno:

—Yo sólo sé lo que he oído con mis propios oídos. Se levantó y se alejó con paso rápido. Abe se sentó junto a Rosemary.

— ¿Por qué lo ha tratado tan mal?

— ¿Yo? —preguntó sorprendido—. Se ha pasado aquí toda la mañana llorando.

—Tal vez esté triste por algo.

—Tal vez.

— ¿Qué es eso de que va a haber un duelo? ¿Quién se va a batir? Ya me

parecía a mí que pasaba algo raro en aquel coche. ¿Es verdad?

—Desde luego es una locura, pero parece que es verdad.

X

Todo empezó en el momento en que el coche de Earl Brady adelantaba al coche de los Diver que se había parado en la carretera (el relato de Abe se hacía impersonal, fundiéndose con los mil acontecimientos de la noche). Violet McKisco le estaba contando a la señora Abrams algo que había descubierto sobre los Diver: había subido al piso de arriba de la casa y había visto algo que le había causado una gran impresión. Pero Tommy es como el perro guardián de los Diver. Hay que reconocer que ella es magnífica, una mujer que puede entusiasmar, pero es algo recíproco, y la institución de los Diver como pareja es más importante para sus amigos de lo que muchos de ellos se piensan. Desde luego, es a costa de un cierto sacrificio. A veces no parecen sino encantadoras figuras en un ballet a las que no hay que prestar más atención que la que se presta a un ballet, pero es más que eso. Tendría usted que conocer toda la historia. Bueno, el caso es que Tommy es uno de los hombres que Dick le ha pasado a Nicole, y como la señora McKisco seguía insinuando cosas sobre ella, Tommy intervino. Dijo:

—Señora McKisco, haga el favor de no seguir hablando de la señora Diver.

—No hablaba con usted —protestó ella.

—Será mejor que no diga nada de ellos.

— ¿Es que son sagrados?

—Ni los mencione. Hable de cualquier otra cosa. Tommy estaba sentado en uno de los dos trasportines, junto a Campion. Campion es el que me lo ha contado.

— ¿Y quién es usted para decirme lo que tengo que hacer? —dijo Violet, volviendo a la carga.

Ya sabe cómo son las conversaciones en los coches a altas horas de la noche, algunas personas cuchicheando y otras sin hacer caso, sin ganas de hablar después de la fiesta o aburridas o dormidas. Así que ninguno de ellos se dio cuenta en realidad de lo que estaba pasando hasta que el coche se paró y Barban, en un tono de oficial de caballería que sobresaltó a todos, gritó:

— ¿Quieren bajarse aquí? Estamos a sólo un kilómetro del hotel y pueden

ir andando, o si no, los llevaré yo a rastras. ¡Cállese la boca y cállele usted la boca a su mujer!

—Es usted un matón —dijo McKisco—. Sabe muy bien que es más fuerte que yo físicamente. Pero no le tengo miedo. Si fuera aún posible, le retaría a un duelo.

Ése fue su error, porque Tommy, que es francés, se inclinó hacia adelante y le abofeteó, y entonces el chófer puso el coche en marcha otra vez. Ése fue el momento en que ustedes los adelantaron. Entonces empezaron las mujeres. Y así seguían las cosas cuando el coche llegó al hotel.

Tommy telefoneó a alguien de Cannes para que fuera su padrino y McKisco dijo que no quería que el suyo fuera Campion, al que por otra parte tampoco le entusiasmaba la idea, así que me telefoneó pidiéndome que no dijera nada y viniera inmediatamente. A Violet McKisco le dio un ataque de nervios y la señora Abrams se la llevó a su cuarto y le dio un sedante, después de lo cual se quedó tranquilamente dormida en la cama. Cuando yo llegué, traté de convencer a Tommy, pero éste lo mínimo que aceptaba era una disculpa y McKisco, demostrando con ello bastante valor, se negaba a darla.

Cuando Abe hubo terminado su relato, Rosemary le preguntó con aire pensativo:

— ¿Saben los Diver que fue por ellos?

—No, y nunca se van a enterar de que tuviera que ver con ellos. El maldito Campion no tenía por qué haberle dicho nada a usted, pero puesto que lo ha hecho… Le he advertido al chófer que si dice una sola palabra, sacaré la vieja sierra musical. Es un combate entre dos hombres. Lo que Tommy necesita es una buena guerra.

—Espero que los Diver no se enteren —dijo Rosemary. Abe miró la hora.

—Tengo que subir y ver a McKisco. ¿Quiere venir? El pobre se siente solo en el mundo. Seguro que no ha dormido nada.

Rosemary se imaginó la vigilia desesperada de aquel hombre tan crispado y mal organizado. Tras un momento de pugna entre la compasión y la repugnancia, aceptó la propuesta de Abe y subió las escaleras con él, llena de vigor matutino.

McKisco estaba sentado en la cama y, a pesar de que tenía una copa de champán en la mano, ya no le quedaba nada de su espíritu combativo engendrado por el alcohol. Se le veía insignificante, enojado y pálido. Era evidente que se había pasado toda la noche escribiendo y bebiendo. Miró como desorientado a Abe y Rosemary y preguntó:

— ¿Ya es la hora?

—No, queda todavía media hora.

La mesa estaba cubierta de cuartillas que juntó con cierta dificultad para formar una larga carta. En las últimas páginas la letra era muy grande e ilegible. A la luz cada vez más débil de unas lámparas eléctricas, garabateó su nombre al final, metió todas las cuartillas en un sobre y se lo entregó a Abe.

—Para mi mujer.

—Sería mejor que se remojara la cabeza con agua fría —sugirió Abe.

— ¿Usted cree? —inquirió McKisco no muy convencido—. No quiero estar demasiado sereno.

—Tiene un aspecto deplorable.

McKisco se dirigió obediente al cuarto de baño.

—Lo dejo todo patas arriba —gritó—. No sé cómo va a poder volver a América Violet. No tengo ningún seguro de vida. Nunca pude decidirme a hacerlo.

—No diga más tonterías. Dentro de una hora estará aquí desayunando.

—Sí, ya.

Volvió con el pelo mojado y miró a Rosemary como si la estuviera viendo por primera vez. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No he terminado mi novela. Eso es lo que más me duele. Ya sé que no le soy simpático —dijo, dirigiéndose a Rosemary—, pero nada se puede hacer contra eso. Soy fundamentalmente un hombre de letras.

Emitió un vago sonido de desánimo y movió la cabeza con aire desesperado.

—He cometido muchos errores en mi vida. Muchos. Pero he sido uno de los más destacados… en algunos aspectos…

Desistió y se puso a chupar una colilla apagada.

—Sí que me es simpático —dijo Rosemary—, pero creo que no debería batirse en duelo.

—Sí. Tendría que haber intentado darle una paliza, pero ya está hecho. Me he dejado arrastrar a algo a lo que no debería haberme dejado arrastrar. Tengo un carácter muy violento.

Miró fijamente a Abe, como si esperara que fuera a contradecirle. Luego, riendo de pánico, se llevó la colilla fría a la boca. Respiraba aceleradamente.

—Lo malo es que fui yo el que sugirió el duelo. Si Violet se hubiera estado

callada, habría podido arreglarlo. Bueno, incluso ahora puedo largarme, o sentarme y reírme de todo. Pero no creo que Violet me respetara ya nunca.

—Sí que le respetaría —dijo Rosemary—. Le respetaría más.

—Oh, no. Usted no conoce a Violet. Cuando sabe que te lleva ventaja, es implacable. Llevamos casados doce años, tuvimos una niña que murió a los siete años y después… ya sabe usted cómo son esas cosas. Los dos tratamos de tener nuestras aventuritas, nada muy serio, pero nos fuimos distanciando. Y esta noche me llamó cobarde.

Rosemary, confusa, no supo qué contestar.

—Bueno. Procuraremos que se cause el menor daño posible —dijo Abe, abriendo la caja de las pistolas—. Éstas son las pistolas de duelo de Barban. Se las pedí prestadas para que usted se fuera acostumbrando a ellas. Las lleva siempre en la maleta.

Sopesó con la mano una de las arcaicas armas. Rosemary lanzó una exclamación de inquietud y McKisco miró las pistolas preocupado.

—Bueno —dijo—. Peor sería que nos pusiéramos a disparar con revólveres del cuarenta y cinco.

—No sé —dijo Abe con crueldad—. La cosa es que se puede apuntar mejor con un arma de cañón largo.

— ¿Y la distancia? —preguntó McKisco.

—De eso me he informado. Si uno o él otro tiene que ser eliminado definitivamente, son ocho pasos; si están simplemente muy enojados, veinte pasos, y si se trata únicamente de que salven su honor, cuarenta. El padrino de Barban y yo convinimos en que fueran cuarenta.

—Me parece bien.

—Hay un duelo maravilloso en una novela de Pushkin —recordó Abe—. Los dos estaban al borde de un precipicio, de modo que si ambos acertaban a darse, ninguno de los dos lo contaba.

Aquello le pareció muy remoto y académico a McKisco, que le miró con asombro y dijo:

— ¿Qué?

— ¿No quiere darse una zambullida rápida para refrescarse?

—No, no. Me sería imposible nadar.

Suspiró.

—No entiendo nada —dijo en tono desvalido—. No sé ni por qué lo hago.

Era la primera cosa que hacía en su vida. En realidad, era una de esas personas para las que no existe el mundo de los sentidos, y al verse enfrentado a un hecho concreto no conseguía salir de su asombro.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha —dijo Abe, al ver que flaqueaba un poco.

—De acuerdo.

Se bebió un buen trago de coñac y, después de meterse el frasco en el bolsillo, dijo en un tono casi feroz:

— ¿Qué pasa si lo mato? ¿Me meten en la cárcel?

—Yo me encargo de pasarle a Italia.

McKisco miró a Rosemary y luego le dijo a Abe, como excusándose:

—Antes de que nos marchemos, quisiera hablar con usted a solas de una cosa.

—Espero que ninguno de los dos resulte herido —dijo Rosemary—. Creo que todo esto es una locura y habría que impedirlo.

XI

Rosemary encontró a Campion abajo, en el vestíbulo desierto.

—La vi subir —dijo excitado—. ¿Cómo se encuentra él? ¿Cuándo va a ser el duelo?

—No lo sé.

Le molestaba que hablara de aquello como si se tratara de un circo en el que McKisco fuera el payaso trágico.

— ¿Quiere venir conmigo? —le preguntó Campion, como si hubiera adquirido localidades para la función—. He alquilado el coche del hotel.

—No. No quiero ir.

— ¿Por qué no? Aunque me temo que me va a costar años de vida, yo no me lo perdería por nada del mundo. Podemos verlo todo a una distancia prudencial.

— ¿Por qué no le pide al señor Dumphry que vaya con usted?

Se le saltó el monóculo, sin que esta vez pudiera quedar oculto entre la pelambrera. Hizo una pausa antes de contestar.

—No quiero volver a verle en mi vida.

—Pues yo me temo que no voy a poder ir. No creo que a mi madre le pareciera bien.

Al entrar Rosemary en su habitación, la señora Speers se agitó soñolienta y la llamó:

— ¿Dónde has estado?

—No me podía dormir. Vuélvete a dormir, mamá.

—Ven a mi cuarto.

Al oír que su madre se incorporaba en el lecho, Rosemary pasó a su habitación y le contó lo que había pasado.

— ¿Por qué no vas a ver lo que pasa? —sugirió la señora Speers—. No tienes por qué verlo de cerca y tal vez pudieras ayudar después.

A Rosemary no le agradaba la idea de verse allí y puso objeciones, pero la señora Speers seguía teniendo la conciencia embotada por el sueño y le vinieron a la memoria las llamadas en plena noche para anunciar muertes y calamidades de cuando estaba casada con un médico.

—Quiero que vayas a sitios y hagas cosas por tu propia iniciativa, sin mí. Cosas más difíciles hiciste para los reclamos publicitarios de Rainy.

A pesar de todo, Rosemary seguía pensando que no tenía por qué ir, pero obedeció a aquella voz clara y firme que la había hecho meterse por la entrada de artistas del Odeón de París cuando tenía doce años y la había acogido cuando salió.

Pensó que se había librado de ir al ver desde las escaleras a Abe y McKisco que se alejaban en un coche, pero al rato apareció el coche del hotel y Luis Campion, soltando grititos de satisfacción, la hizo sentarse a su lado.

—Me escondí allí porque a lo mejor no querían que fuésemos. Como llevo la cámara de filmar…

Rosemary se rio por no llorar. Era un ser tan espantoso que ya no era ni espantoso: simplemente no era humano.

—Lo que no entiendo es por qué a la señora McKisco no le cayeron bien los Diver —dijo—. Fueron muy amables con ella.

—No es que no le cayeran bien. Es algo que presenció. Qué exactamente no pudimos saberlo por culpa de Barban.

—Entonces no era por eso por lo que estaba usted tan triste.

—Oh, no —dijo, quebrándosele la voz—. Era por otra cosa que ocurrió

cuando regresamos al hotel. Pero eso ya no me preocupa. Me lavo las manos completamente al respecto.

Siguieron al otro coche por la costa en dirección este y pasaron Jean-les-Pins, donde se levantaba la estructura del nuevo casino. Eran más de las cuatro, y bajo el cielo gris azulado los primeros barcos de pesca salían cansadamente a un mar glauco. De pronto salieron de la carretera principal y se metieron en el interior.

—Es el campo de golf —exclamó Campion—. Seguro que es allí donde va a ser.

Estaba en lo cierto. Cuando el coche de Abe se detuvo, por el Este el cielo parecía pintado de amarillo y rojo, lo que anunciaba bochorno. Rosemary y Campion hicieron que el coche del hotel se metiera en un pinar y luego, siempre protegidos por los árboles, fueron bordeando la pista descolorida por la que se paseaban de un lado a otro Abe y McKisco; este último levantaba la cabeza a intervalos como si fuera un conejo olisqueando. Al poco se movieron unas figuras por un montículo algo alejado y los espectadores vieron que se trataba de Barban y su padrino francés, el cual llevaba la caja de las pistolas bajo el brazo.

McKisco, que parecía más bien aterrado, se ocultó detrás de Abe y se tomó un buen trago de coñac. Se ahogaba al andar y hubiera seguido directo hasta donde estaban los otros dos, pero Abe lo detuvo y se adelantó a hablar con el francés. El sol estaba saliendo por el horizonte.

Campion le agarró el brazo a Rosemary.

—No lo puedo soportar —le confesó, con apenas un hilo de voz—. Es demasiado. Esto me va a costar…

—Suélteme —dijo Rosemary tajante; musitaba desesperadamente una oración en francés.

Los que se iban a batir estaban frente a frente. Barban se había arremangado la camisa. Había, a la luz del sol, un destello febril en sus ojos, pero parecía perfectamente tranquilo mientras se secaba las palmas de las manos en las costuras de los pantalones. McKisco, al que el coñac había vuelto temerario, fruncía los labios como si estuviera silbando y levantaba la larga nariz en un gesto de indiferencia, hasta que Abe avanzó unos pasos con un pañuelo en la mano. El padrino francés miraba hacia otro lado. Rosemary, llena de compasión, contenía la respiración; le rechinaban los dientes del odio que sentía hacia Barban. Y de pronto:

—Uno… dos… ¡tres! —contó Abe con voz alterada.

Los dos dispararon al mismo tiempo. McKisco se tambaleó ligeramente

pero logró recuperarse. Ambos habían fallado el tiro.

— ¡Ya es suficiente! —gritó Abe.

Los dos contendientes se acercaron y todos miraron inquisitivamente a Barban.

—Me declaro insatisfecho.

— ¿Qué dices? —dijo Abe impaciente—. Por supuesto que estás satisfecho. Aunque no lo sepas, lo estás.

— ¿Es que tu cliente se niega a que haya otro disparo? —Exactamente, Tommy. Tú insististe en esto y mi cliente cumplió su parte hasta el final.

Tommy soltó una risotada de desprecio.

—La distancia era ridícula —dijo—. No estoy acostumbrado a esta clase de farsas. Tu cliente debe darse cuenta de que esto no es América.

— ¡A qué viene meterse con América! —dijo Abe con aire más bien cortante. Pero añadió, en tono más conciliatorio—: Tommy, esto ya ha ido bastante lejos.

Parlamentaron con viveza un rato y, cuando terminaron, Barban miró fríamente a su reciente antagonista y le hizo una leve inclinación de cabeza.

— ¿No se dan la mano? —sugirió el médico francés.

—No, ya se conocen —dijo Abe.

Se volvió hacia McKisco.

—Venga, vámonos de aquí.

Mientras se alejaban, McKisco, alborozado, se agarraba al brazo de Abe.

— ¡Un momento! —dijo Abe—. Tommy quiere que le devuelva la pistola. Puede que vuelva a necesitarla. McKisco se la entregó.

—Que se vaya al diablo —dijo con firmeza—. Dígale que se puede…

— ¿Le digo que quiere usted otro disparo?

—Pues ya hice lo que tenía que hacer —exclamó McKisco mientras caminaban juntos—. Y no me porté mal, ¿eh? No me acobardé para nada.

—Estaba bastante borracho —dijo Abe secamente.

—No, no lo estaba.

—De acuerdo. No lo estaba.

— ¿Qué más da que me tomara un par de copas? Cada vez más seguro de sí mismo, se encaró a Abe con resentimiento.

— ¿Qué más da? —repitió.

—Si usted cree que da lo mismo, para qué insistir. — ¿No sabe usted que todo el mundo estaba borracho todo el tiempo durante la guerra?

—Bueno, dejémoslo estar.

Pero el episodio no había terminado ahí. Oyeron pasos apresurados por el brezal que tenían detrás y vieron que se les acercaba el médico.

—Pardon, Messieurs —dijo jadeante—. Voulez-vous regler mes honorairies? Naturellement c'est pour soins médicaux seulement. M. Barban n'a qu'un billet de mille et ne peut pas les régler et l'autre a laissé son porte-monnaie chez lui.

—Típico de los franceses no pensar en estas cosas —dijo Abe; y luego, volviéndose al médico—. Combien.

—Déjeme que pague yo —dijo McKisco.

—No. Yo lo pago. Al fin y al cabo, todos corrimos más o menos el mismo peligro.

Mientras Abe le pagaba al médico, McKisco se metió de pronto entre los matorrales y vomitó. Volvió más pálido y, apoyándose en Abe, caminó con él hacia donde estaba el coche bajo un cielo que se había vuelto rosado.

Campion yacía sin aliento entre la maleza, la única víctima del duelo, y Rosemary, a la que entró de pronto una risa histérica, le daba patadas con las alpargatas.

Le dio patadas hasta que lo reanimó. Lo único que le importaba a ella en aquel momento era que al cabo de unas horas iba a ver en la playa a la persona a la que en su pensamiento seguía llamando «los Diver».

XII

Eran seis en total los que estaban esperando a Nicole en Voisins: Rosemary, los North, Dick Diver y dos jóvenes músicos franceses. Observaban a los demás clientes del restaurante para ver si podían estar relajados. Dick había dicho que ningún americano podía estar relajado, salvo él, y trataban de encontrar un ejemplo para mostrárselo. Las cosas se les presentaban difíciles: no había habido ni un solo hombre que a los diez minutos de estar en el restaurante no se hubiera llevado la mano a la cara.

No teníamos que haber dejado de llevar los bigotes encerados —dijo Abe

—. En todo caso, Dick no es el único hombre relajado…

Sí que lo soy.

—… pero tal vez sea el único hombre que puede estar relajado sin haber bebido.

Había entrado un americano muy bien vestido, acompañado de dos mujeres, que se abalanzó a una mesa y revoloteaba en torno a ella con desenvoltura. De pronto, al darse cuenta de que estaba siendo observado, alzó la mano convulsivamente y se puso a alisarse un bulto inexistente en la corbata. En otro grupo que también estaba esperando que hubiera una mesa libre, un hombre se sobaba incesantemente la mejilla afeitada con la palma de la mano y su compañero se llevaba a la boca maquinalmente una colilla de puro apagada. Los más afortunados palpaban gafas y pelo facial y los que no iban preparados se acariciaban las comisuras de los labios o incluso se tiraban desesperadamente de los lóbulos de las orejas.

Entró un general famoso y Abe, contando con el primer año que habría pasado aquel hombre en West Point —ese año durante el cual ningún cadete puede dimitir y del que nadie se recupera nunca—, hizo una apuesta con Dick de cinco dólares.

El general tenía una postura perfectamente natural, con las manos colgándole a los lados, mientras esperaba que le dieran una mesa. Hubo un momento en que echó hacia atrás los brazos de repente, como si fuera a saltar, y Dick dijo: ¡Ah!, al suponer que había perdido el control, pero el general se recuperó y todos respiraron aliviados. Lo peor ya casi había pasado, le estaba colocando la silla el camarero y…

El conquistador levantó una mano con cierta furia y se rascó la inmaculada cabeza gris.

— ¿Lo veis? —dijo Dick muy ufano—. Soy el único.

A Rosemary no le cabía la menor duda, y Dick, consciente de que nunca había tenido un público tan entusiasta, logró que su grupo brillara tanto entre todos los demás que Rosemary miraba a todos los que no estaban sentados a su mesa con una mezcla de indiferencia e irritación. Llevaban dos días en París, pero, en realidad, era como si estuvieran todavía en la playa, bajo la sombrilla. Cuando, como había ocurrido en el baile del Corps des Pages de la noche anterior, Rosemary, que todavía no había asistido en Hollywood a las fiestas más exclusivas, se encontraba en un ambiente que le imponía, Dick se lo hacía todo asequible al saludar sólo a unas cuantas personas; hacía una especie de selección (los Diver parecían conocer a una infinidad de gente, pero con todos era siempre como si no les hubieran visto en muchísimo tiempo y les sorprendiera enormemente verles: «¡Pero dónde os metéis!») y luego

recreaba la unidad de su propio grupo eliminando a los intrusos de manera cortés pero tajante, con un golpe de gracia irónico. A Rosemary le llegaba a parecer que también ella había conocido a aquellas personas antes, en circunstancias que era mejor olvidar, y al reconocerlos, los rechazaba, los eliminaba de su vida.

Su propio grupo era a veces abrumadoramente americano y otras veces apenas lo era. Lo que Dick hacía era devolver a todos su verdadero ser, borroso tras los compromisos de no se sabe cuántos años.

En el restaurante en penumbra, que se había cargado de humo y olía a toda la sabrosa comida cruda del buffet, apareció delicadamente el traje azul celeste de Nicole como un fragmento escapado de la atmósfera exterior. Al ver reflejada su belleza en la mirada de todos, les dio las gracias con una sonrisa radiante de reconocimiento. Durante un rato estuvieron todos encantadores, muy atentos unos con otros y demás. Pero se cansaron de aquello y pasaron a ser graciosos y mordaces y, finalmente, a hacer miles de planes. Se rieron de cosas que luego no iban a recordar con claridad; se rieron mucho y los hombres se bebieron tres botellas de vino. Las tres mujeres que había en la mesa eran perfectos ejemplos del enorme flujo de la vida norteamericana. Nicole era nieta de un capitalista norteamericano que todo lo había conseguido con su propio esfuerzo y nieta también de un conde de la Casa de Lippe Weissenfeld. Mary North era hija de un oficial empapelador y descendiente del Presidente Tyler. Rosemary pertenecía a la clase media y su madre la había lanzado a las cumbres inexploradas de Hollywood. Lo que tenían en común, y las diferenciaba de tantas otras mujeres norteamericanas, era que todas se sentían felices de existir en un mundo de hombres: conservaban su individualidad a través de los hombres y no en oposición a ellos. Las tres habrían podido ser igualmente excelentes cortesanas o excelentes esposas, y lo que decidía que fueran una cosa u otra no era el accidente de su origen sino el accidente aún mayor de encontrar al hombre que necesitaban o no encontrarlo.

A Rosemary le había parecido muy agradable aquella comida, sobre todo porque eran sólo siete personas, más o menos el límite para que todo el mundo pueda estar a gusto. Tal vez también el hecho de que ella representara una novedad en su mundo era como un agente catalizador que hacía desaparecer todas las viejas reticencias que pudiera haber entre ellos. Después de que todos se levantaran de la mesa, un camarero guio a Rosemary hasta esa oscura recámara que hay en todos los restaurantes franceses, en donde buscó un número de teléfono a la luz mortecina de una bombilla anaranjada y llamó a Franco-American Films. Sí, claro que tenían una copia de La niña de papá. De momento no estaba disponible, pero se la podrían pasar esa misma semana en el 341 de la Rue des SaintsAuges. Tenía que preguntar por el señor Crowder.

Aquella especie de cabina daba al guardarropa y, al colgar el teléfono,

Rosemary oyó a dos personas que hablaban en voz baja a menos de dos metros de distancia de donde ella estaba, al otro lado de la hilera de abrigos.

— ¿De verdad me quieres?

— ¡No sabes cuánto!

Era Nicole. Rosemary se quedó en la puerta de la cabina sin atreverse a salir. Enseguida oyó la voz de Dick que decía:

—Te deseo terriblemente. Vámonos al hotel ahora mismo.

Nicole dejó escapar un pequeño suspiro entrecortado. Por un momento Rosemary no pudo entender nada de lo que hablaban, pero el tono era suficiente. Hasta ella llegaban las vibraciones de aquella intimidad total.

—Te deseo.

—Estaré en el hotel a las cuatro.

Rosemary se quedó sin aliento mientras las voces se alejaban. Su primera reacción había sido de sorpresa incluso, pues siempre les había visto relacionarse entre sí como si ninguno de los dos le exigiera nada al otro, como si su relación fuera más fría. Aquello le había causado una gran emoción, honda y no identificada. No sabía si lo que había pasado le atraía o le repelía, pero sí sabía que la había conmovido profundamente. Hizo que se sintiera muy sola al volver a entrar en el restaurante, pero si pensaba en ello le parecía enternecedor, y la gratitud apasionada de aquel «¡No sabes cuánto!», de Nicole resonaba aún en su mente. La peculiar atmósfera de la escena de la que había sido testigo era algo todavía ajeno a su experiencia, pero, por muy lejano que le resultara, su estómago le decía que estaba bien. No le inspiraba la aversión que había sentido al rodar ciertas escenas de amor en sus películas.

Pese a serle totalmente ajeno, participaba ya en ello de manera irrevocable, y mientras hacía compras con Nicole era mucho más consciente de la cita que la propia Nicole. La imagen que tenía de ella había cambiado y ahora trataba de evaluar sus atractivos. No cabía duda de que era la mujer más atractiva que había conocido nunca, con su dureza, sus afectos y lealtades y un cierto aire evasivo que Rosemary, juzgándola con la mentalidad de clase media de su madre, relacionaba con su actitud hacia el dinero. Rosemary se gastaba un dinero que había ganado; el que estuviera en Europa se debía a que se había metido en la piscina seis veces aquel día de enero y su temperatura había saltado de 37 grados a primera hora de la mañana a 40, que fue cuando su madre puso fin a aquello.

Con la ayuda de Nicole, Rosemary se compró dos vestidos, dos sombreros y cuatro pares de zapatos con su dinero. Nicole se compró todo lo que llevaba apuntado en una gran lista que tenía dos páginas y además lo que había en los

escaparates. Todo lo que le gustaba pero no creía que le fuera a servir a ella, lo compraba para regalárselo a alguna amiga. Compró cuentas de colores, cojines de playa plegables, flores artificiales, miel, una cama para el cuarto de huéspedes, bolsos, chales, periquitos, miniaturas para una casa de muñecas y tres metros de una tela nueva color gamba. Compró doce bañadores, un cocodrilo de goma, un juego de ajedrez portátil de oro y marfil, pañuelos grandes de lino para Abe y dos chaquetas de gamuza de Hermés, una color azul eléctrico y la otra rojo ladrillo. Todas esas cosas no las compró ni mucho menos como una cortesana de lujo compraría ropa interior y joyas, que al fin y al cabo se podrían considerar parte de su equipo profesional y una inversión para el futuro, sino con un criterio totalmente diferente. Nicole era el producto de mucho ingenio y esfuerzo. Para ella los trenes iniciaban su recorrido en Chicago y atravesaban el vientre redondeado del continente hasta California; las fábricas de chicle humeaban y las cadenas de montaje marchaban en las fábricas; unos obreros mezclaban pasta dentífrica en cubas y sacaban líquido para enjuagues de toneles de cobre; unas muchachas envasaban tomates velozmente en el mes de agosto o trabajaban como esclavas en los grandes almacenes la víspera de Navidad; unos indios mestizos se afanaban en plantaciones de café en el Brasil y unos idealistas eran despojados de sus derechos de patente sobre nuevos tractores de su invención. Ésas eran algunas de las personas que pagaban un diezmo a Nicole, y todo el sistema, a medida que avanzaba con su peso avasallador, atronador, daba un brillo febril a algunos de los actos característicos de Nicole, como, por ejemplo, comprar en grandes cantidades, del mismo modo que se reflejan las llamas en el rostro de un bombero que permanece en su puesto ante un fuego que empieza a propagarse. Nicole ejemplificaba principios muy simples, ya que llevaba en sí misma su propia condena, pero lo hacía con tal precisión que había elegancia en el procedimiento, y Rosemary iba a tratar de imitarlo.

Eran casi las cuatro. Estaban en una tienda y Nicole, con un periquito en el hombro, tenía uno de sus raros arranques de locuacidad.

— ¿Y qué hubiera pasado si no te llegas a meter en la piscina ese día? A veces esas cosas me hacen pensar. Justo antes de que empezara la guerra estábamos en Berlín. Yo tenía trece años, era poco tiempo antes de que mamá muriera. Mi hermana iba a ir a un baile en palacio y tenía a tres de los príncipes de la Casa Real anotados en su carné de baile, todo arreglado por un chambelán y demás. Media hora antes de que tuviera que ponerse en marcha le dio un dolor en un costado y fiebre alta. El médico dijo que era apendicitis y que tenía que operarse. Pero mamá ya había hecho sus planes, así que Baby fue al baile y estuvo bailando hasta las dos de la mañana con una bolsa de hielo atada bajo el traje de noche. La operaron esa misma mañana a las siete.

O sea, que había que ser duro; toda la gente que estaba bien era dura

consigo misma. Pero eran ya las cuatro y Rosemary no podía dejar de pensar en Dick, que ya estaría esperando a Nicole en el hotel. Tenía que ir allí, no debía hacerle esperar. «¿Por qué no te vas?», pensaba. Y de pronto se le ocurrió: «O deja que vaya yo si tú no quieres ir». Pero Nicole aún fue a otra tienda a comprar corpiños para las dos y le envió uno a Mary North. Sólo entonces pareció acordarse y, absorta de pronto en sus pensamientos, paró un taxi.

—Adiós —dijo Nicole—. ¿Verdad que lo hemos pasado bien?

—Estupendamente —dijo Rosemary. Pero aquello era más difícil de lo que había pensado y todo su ser se rebeló al ver a Nicole alejarse en el taxi.

XIII

Dick dobló la esquina del través y siguió por el camino de tablas a lo largo de la trinchera. Llegó hasta donde había un periscopio y miró a través de él un momento; luego se subió al bordillo y se puso a mirar por encima del parapeto. Frente a él, bajo un cielo deslustrado, estaba Beaumont-Hamel; a su izquierda, la colina trágica de Thiepval. Dick los contempló con sus gemelos de campaña y se le oprimía la garganta de tristeza.

Siguió andando a lo largo de la trinchera y encontró a los demás que le estaban esperando en el siguiente través. Estaba muy emocionado y deseaba comunicarles su emoción, hacerles comprender lo que aquello significaba, aunque en realidad Abe North había estado en el frente y él no.

—Esta tierra costó veinte vidas por hectárea aquel verano —le dijo a Rosemary. Ella miró obediente la planicie verde más bien desnuda, con sus árboles bajos que sólo tenían seis años. Si Dick hubiera dicho además que los estaban bombardeando, esa tarde le habría creído. Su amor por él había llegado ya al punto en que por fin empezaba a sentirse desgraciada, a sentir desesperación. No sabía qué hacer: tenía necesidad de hablar con su madre.

—Un montón de gente se ha muerto desde entonces y pronto nos habremos muerto todos —dijo Abe para consolarlos.

Rosemary estaba tensa esperando que Dick siguiera hablando.

—Mirad ese riachuelo. Podríamos llegar a él andando en dos minutos. Los ingleses tardaron un mes en llegar; todo un imperio avanzando muy lentamente, muriendo los de delante y los de detrás empujando. Y otro imperio retrocedía muy lentamente unos cuantos centímetros cada día, dejando a los muertos como un millón de alfombras ensangrentadas. Los europeos de esta

generación no podrían volver a hacer una cosa así.

— ¡Pero si sólo acaba de terminar la lucha en Turquía! —dijo Abe—. Y en Marruecos…

—Eso es diferente. Esto del frente occidental no se podrá repetir, por lo menos en mucho tiempo. Los jóvenes piensan que podrían hacerlo, pero no es cierto. Podrían repetir la batalla del Marne, pero esto no. Para esto hizo falta una gran fe y años de abundancia y una tremenda seguridad y la relación exacta que existía entre las clases sociales. Los rusos y los italianos no se portaron nada bien en este frente. Hacía falta un bagaje sentimental sincero cuyos inicios se remontaran hasta donde no alcanza el recuerdo. Había que recordar las Navidades, y las postales del príncipe heredero y su prometida, y los pequeños cafés de Valence y las cervecerías al aire libre en Unter den Linden, y las bodas en la alcaldía, y el Derby, y las patillas del abuelo.

—El general Grant inventó este tipo de batallas en Petersburg en el año sesenta y cinco.

—No. Lo que inventó fueron las masacres. Esta clase de batallas la inventaron Lewis Carroll y Julio Verne y el autor de Undine, quienquiera que fuese, y los diáconos rurales jugando a los bolos, y las madrinas de guerra de Marsella y las muchachas seducidas en los callejones de Wurtemberg y Westfalia. ¡Pero si ésta fue una batalla por amor! Todo un siglo de amor de la clase media se consumió aquí. Fue la última batalla por amor.

—Tú le quieres adjudicar esta batalla a D. H. Lawrence —dijo Abe.

—Todo mi hermoso mundo, delicioso y seguro, saltó por los aires aquí con una gran explosión de amor —siguió lamentándose Dick—. ¿No es cierto, Rosemary?

—No sé —respondió ella con expresión grave—. Tú lo sabes todo.

Los dos quedaron rezagados. De pronto les cayó encima una lluvia de terrones y guijarros, y Abe les gritó desde el siguiente través:

—El espíritu de la guerra se está apoderando de mí otra vez. Tengo tras de mí cien años de amor de Ohio y voy a bombardear esta trinchera.

Su cabeza asomó de repente por encima del terraplén.

—Estáis muertos. ¿Es que no conocéis las reglas? Lo que os lancé era una granada.

Rosemary se rio y Dick agarró un puñado de guijarros como para tomar represalia y luego lo volvió a tirar al suelo.

—No puedo gastar bromas con esto —dijo, casi como disculpándose—. Ya sé que la carroza se ha convertido en una calabaza y la gallina no da más

huevos de oro y todo lo demás, pero soy un viejo romántico, qué queréis que haga.

—Yo también soy romántica.

Salieron de la trinchera impecablemente restaurada y se encontraron frente a un monumento a los caídos de Terranova. Al leer la inscripción, a Rosemary se le saltaron las lágrimas. Como a la mayoría de las mujeres, le gustaba que le dijeran cómo tenía que sentirse, y le gustaba que Dick le dijera qué era ridículo y qué era triste. Pero sobre todo deseaba que supiera cuánto le quería, puesto que ese hecho lo trastornaba todo ya y la hacía caminar por el campo de batalla como por un emocionante sueño.

Después regresaron al coche y salieron en dirección a Amiens. Caía una lluvia fina y cálida sobre la maleza y los matorrales nuevos y fueron dejando atrás grandes piras funerarias hechas de proyectiles que no habían estallado —obuses, bombas, granadas— y material —cascos, bayonetas, culatas de rifle y cuero podrido—, todo abandonado en aquel terreno seis años antes. Y de pronto, al doblar una curva, la blanca visión de un vasto mar de tumbas. Dick le pidió al chófer que se detuviera.

— ¡Allí está esa chica! Y sigue con la corona de flores.

Los demás observaron cómo Dick salía del coche y se acercaba a la muchacha, que permanecía indecisa junto a la verja, con una corona de flores en las manos. Tenía un taxi esperándola. Era una chica pelirroja de Tennessee que habían conocido esa mañana en el tren y que había ido hasta allí desde Knoxville para depositar una corona sobre la tumba de su hermano. Había lágrimas de humillación en su rostro.

—Me deben de haber dado un número equivocado en el Departamento de Guerra —gimoteó—. Había otro nombre en la tumba. La llevo buscando desde las dos de la tarde ¡y hay tantas tumbas!

—Entonces lo que yo haría sería depositar las flores en cualquier tumba sin mirar el nombre —le aconsejó Dick.

— ¿Cree usted que es lo que debería hacer?

—Creo que es lo que le hubiera gustado a él que hiciera.

Estaba oscureciendo y la lluvia se hacía cada vez más densa. La muchacha dejó la corona de flores en la primera tumba que había al cruzar la verja y aceptó la sugerencia de Dick de que despidiera a su taxista y regresara a Amiens con ellos.

A Rosemary se le volvieron a saltar las lágrimas cuando se enteró del percance. Entre unas cosas y otras, había sido un día aguado, pero tenía la sensación de que había aprendido algo, si bien no sabía exactamente qué.

Luego recordaría como felices todas las horas de aquella tarde, una de esas ocasiones en que parece no ocurrir nada y que en el momento se sienten sólo como un nexo entre el gozo pasado y el futuro, pero que luego resultan haber sido el gozo mismo.

Amiens era una ciudad imperial llena de ecos, todavía entristecida por la guerra al igual que lo estaban algunas estaciones de ferrocarril, como por ejemplo la estación del Norte en París y la de Waterloo en Londres. Durante el día uno se siente aplanado en esa clase de ciudades, en las que pequeños tranvías de veinte años atrás cruzan las amplias plazas de adoquines grises delante de la catedral y hasta el mismo aire tiene algo del pasado, es un aire desteñido como el de una fotografía antigua. Pero al anochecer, todo lo más satisfactorio de la vida francesa reaparece: las busconas vivarachas, los hombres que discuten en los cafés con cientos de «Voilás», las parejas que, juntas las cabezas, se dejan arrastrar por la corriente hacia ninguna parte, el más barato de los placeres. Mientras esperaban el tren, se sentaron bajo unos amplios soportales cuyo techo era lo bastante alto como para que el humo y el sonido de la música y las conversaciones se proyectaran hacia arriba, y la orquesta, complaciente, se puso a tocar Sí, no tenemos bananas. Aplaudieron, más que nada por lo satisfecho de sí mismo que parecía el que la dirigía. La muchacha de Tennessee olvidó sus penas y lo estaba pasando muy bien; incluso inició una especie de coqueteo exótico con Dick y Abe consistente en poner los ojos en blanco y toquetearse. Los dos le tomaban el pelo cariñosamente.

Hasta que, dejando que los grupos infinitesimales de wurtembergueses, guardias prusianos, cazadores alpinos, obreros de Manchester y antiguos alumnos de Eton siguieran buscando su condena eterna bajo la cálida lluvia, subieron al tren que iba a París. Se tomaron bocadillos de mortadela y queso «bel paese» preparados en la cantina de la estación y bebieron vino de Beaujolais. Nicole estaba absorta y se mordía los labios incesantemente mientras leía las guías del campo de batalla que se había traído Dick. Verdaderamente, Dick se lo había estudiado todo por encima y lo había simplificado de tal modo que había conseguido darle más o menos el aspecto de una de las fiestas organizadas por él.

XIV

Cuando llegaron a París, Nicole estaba demasiado cansada para ir a ver la grandiosa iluminación de la Exposición de Artes Decorativas como habían planeado. La dejaron en el Hotel Roi George y, en cuanto la vio desaparecer

entre los planos de intersección que formaban las luces del vestíbulo reflejándose sobre los cristales de las puertas, la opresión que sentía Rosemary se disipó. Nicole era una fuerza no necesariamente favorable o previsible como su madre: una fuerza incalculable. A Rosemary le inspiraba más bien temor.

A las once estaba con Dick y los North en un café flotante que acababa de inaugurarse en el Sena. El río brillaba tenuemente con el reflejo de las luces de los puentes y parecía mecer muchas lunas frías. En la época en que vivían en París, Rosemary y su madre habían ido algunos domingos a Suresnes en el pequeño vapor y en el trayecto hacían planes para el futuro. Aunque tenían poco dinero, la señora Speers estaba tan segura de la belleza de Rosemary y le había inculcado tales ambiciones que estaba dispuesta a arriesgar el dinero para conseguir «ventajas». Rosemary, a su vez, se lo devolvería todo en cuanto su carrera arrancase…

Desde que habían llegado a París, Abe North parecía estar recubierto de un ligero sarro vinoso; tenía los ojos inyectados de sangre por los efectos del sol y del vino. Rosemary se había dado cuenta por primera vez de que estaba siempre parándose en todas partes a tomar un trago y se preguntaba si le podía gustar aquello a Mary North. Mary era una persona callada, tan callada a pesar de que se reía a menudo que Rosemary no tenía mucha idea de cómo era. Le gustaba su pelo liso y oscuro peinado hacia atrás hasta formar una especie de cascada natural en donde terminaba, que a veces se le iba a un lado de la cara, sobre la sien, como un gracioso pico que, cuando amenazaba con taparle un ojo, volvía a poner en su sitio con un movimiento de la cabeza.

—Esta noche nos retiramos temprano, Abe, en cuanto te termines esta copa.

El tono de voz de Mary quería ser ligero, pero denotaba cierta preocupación.

—Supongo que no querrás que te tengamos que llevar hasta el barco.

—Ya es bastante tarde —dijo Dick—. Sería mejor que nos fuéramos todos.

Abe, en cuyo rostro noble y digno se podía leer ahora una cierta obstinación, repuso con firmeza:

— ¡Ah no!

Hizo una pausa con expresión grave y volvió a decir:

—Ah no, aún no. Vamos a tomarnos otra botella de champán.

—Yo no quiero más —dijo Dick.

—Era en Rosemary en quien estaba pensando. Es una alcohólica por

naturaleza. Tiene siempre una botella de ginebra en el cuarto de baño y cosas por el estilo. Me lo dijo su madre.

Echó todo lo que quedaba de la primera botella en la copa de Rosemary. Ésta se había puesto bastante mala el primer día en París de tanto beber limonadas; después de aquello, no había vuelto a beber nada, pero ahora alzó la copa de champán y bebió.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó Dick—. ¿No me habías dicho que no bebías?

—Pero no dije que no fuera a hacerlo nunca.

— ¡Si tu madre te viera!

—Sólo me voy a beber esta copa.

Sentía cierta necesidad de bebérsela. Dick bebía, no demasiado, pero bebía, y quizá aquello la acercaría más a él, podría servirle de algún modo para el plan que se había trazado. Se bebió un buen trago, se atragantó y luego dijo:

—Además, ayer fue mi cumpleaños. Cumplí dieciocho.

— ¿Por qué no nos lo dijiste? —saltaron todos indignados.

—Porque sabía que ibais a hacer mucha alharaca y a tomaros demasiadas molestias.

Se acabó la copa de champán.

—Así que esto es la celebración.

—Por supuesto que no lo es —le aseguró Dick—. La cena de mañana es tu fiesta de cumpleaños, no lo olvides. ¡Dieciocho años! Pero si es una edad importantísima.

—Yo pensaba antes que hasta que no se cumplían los dieciocho años nada tenía importancia —dijo Mary.

—Eso es cierto —asintió Abe—. Y después que se cumplen, sigue pasando lo mismo.

—Abe piensa que nada tiene importancia hasta que se suba al barco —dijo Mary—. Esta vez de verdad lo tiene todo planeado para cuando llegue a Nueva York.

Hablaba como si ya estuviera cansada de decir cosas que para ella habían perdido todo significado, como si, en realidad, el rumbo que ella y su marido seguían, o no seguían, hubiera pasado a ser simplemente una intención.

—Él se dedicará a componer música en América y yo estudiaré canto en Munich, así que cuando estemos juntos de nuevo no va a haber quien nos tosa.

— ¡Qué estupendo! —dijo Rosemary, a la que ya empezaba a hacer efecto el champán.

—Entre tanto, otro poquito de champán para Rosemary. Así estará en mejores condiciones de comprender el funcionamiento de sus glándulas linfáticas. No empiezan a funcionar hasta los dieciocho años.

Dick se rio, condescendiente, de lo que había dicho Abe, al cual quería y hacía ya mucho tiempo que había dejado por imposible.

—Lo que has dicho es incorrecto desde el punto de vista médico, y vámonos ya.

Abe, que había captado el vago tono paternalista, dijo, como sin darle importancia a la cosa:

—Tengo la corazonada de que voy a tener un nuevo musical en Broadway mucho antes de que tú hayas acabado tu tratado científico.

—Espero que sí —dijo Dick con ecuanimidad—. Espero que sí. Puede incluso que abandone lo que tú llamas mi «tratado científico».

— ¡Oh, Dick!

Lo que había dicho Dick parecía haber sorprendido, escandalizado a Mary. Rosemary nunca había visto el rostro de Dick tan carente de expresión. Tenía la sensación de que el anuncio que había hecho era trascendental y sintió el impulso de exclamar junto con Mary: «¡Oh, Dick!».

Pero de pronto Dick volvió a reír, completó su frase diciendo: «lo abandone para escribir otro», y se levantó de la mesa.

—Pero Dick, siéntate. Quiero saber…

—Te lo diré otro día. Buenas noches, Abe. Buenas noches, Mary.

—Buenas noches, Dick, querido.

Mary sonrió como si fuera a ser completamente feliz sentada allí en aquel barco casi desierto. Era una mujer valerosa y llena de esperanzas que seguía a su marido dondequiera que éste fuera, adaptando cada vez su personalidad a las nuevas circunstancias, pero no había podido conseguir que él se apartara ni un paso del camino que seguía y a veces se desanimaba al darse cuenta de hasta qué punto dependía de él su propio futuro, cuyo secreto Abe guardaba en lo más profundo de su ser. Y, sin embargo, parecía emanar de ella un aire de buena suerte, como si fuera una especie de amuleto.

XV

Las comidas con los pacientes eran una obligación cotidiana que Dick trataba de cumplir con resignación. El conjunto de comensales, entre los que, naturalmente, no se encontraban los residentes de la Eglantina o de las Hayas, parecía perfectamente normal a simple vista, pero siempre se cernía sobre ellos una pesada atmósfera de melancolía. Todos los médicos presentes conversaban entre sí, pero los pacientes, como si hubieran quedado agotados con los esfuerzos de la mañana o les deprimiera la compañía, hablaban poco y comían sin levantar la vista del plato.

Una vez terminado el almuerzo, Dick regresó a su casa. Nicole estaba en el salón y su rostro tenía una expresión extraña.

—Lee esto —le dijo.

Dick abrió la carta. Era de una mujer a la que habían dado de alta recientemente, si bien con cierto escepticismo por parte de los médicos. En ella le acusaba abiertamente de haber seducido a su hija, que había permanecido al lado de su madre durante la fase crucial de la enfermedad. Suponía que la señora Diver se alegraría de disponer de esa información porque así podría saber cómo era su marido «en realidad».

Dick leyó la carta por segunda vez. Aunque estaba escrita en un inglés claro y conciso, se podía saber que era la carta de una maníaca. En una ocasión, la muchacha, que era una morenita muy coqueta, le había pedido que la llevara en su coche a Zurich y él había accedido, y por la tarde Dick había oído aquello tantas veces… Hasta la fórmula era la misma.

De pronto fue hacia él, y en el instante en que el rostro de ella se hundía en su mirada, se olvidó de lo joven que era y la besó hasta perder el aliento, como si no tuviera edad alguna. Después ella apoyó la cabeza en su brazo y suspiró.

—He decidido renunciar a ti —dijo.

Dick se sobresaltó. ¿Acaso había dicho algo que diera a entender que poseía alguna parte de él?

—Pero eso es una vileza —dijo, esforzándose porque el tono fuera liviano —. Ahora que empezaba a estar interesado. —Te he querido taaanto…

Como si hubiera sido cosa de muchos años. De pronto, se puso a lloriquear.

—Te he querido taaanto…

Dick tendría que haberse echado a reír, pero se oyó a sí mismo decir:

—No sólo eres bellísima, sino que además tienes un gran talento. Todo lo que haces, como fingir que estás enamorada o que eres tímida, surte efecto.

En el fondo de aquel taxi, oscuro como una cueva, en el que se respiraba la fragancia del perfume que había comprado con Nicole, Rosemary se volvió a acercar y se apretó contra él. Dick la besó sin sentir ningún placer. Sabía que había pasión allí, pero no veía sombra de ella en sus ojos o en su boca; el aliento le olía ligeramente a champán. Se le apretó más, con desesperación, y la volvió a besar, pero le desanimó la inocencia de su beso, la mirada que en el instante preciso del contacto se fue de él para perderse en las tinieblas de la noche, las tinieblas del mundo. Ella no sabía aún que es el corazón el que lo ilumina todo; en el momento en que se diera cuenta de ello y se fundiera con la pasión del universo, la podría poseer sin la menor duda o remordimiento.

La habitación de Rosemary en el hotel estaba en el mismo piso que la de ellos, pero al otro lado del pasillo y más cerca del ascensor. Cuando llegaron a la puerta, ella dijo de pronto:

—Sé que no me quieres, y tampoco lo espero. Pero dijiste que tenía que haberte dicho que era mi cumpleaños. Pues bien, te lo dije, y ahora quiero como regalo de cumpleaños que entres un minuto a mi habitación para que te diga una cosa. Un minuto sólo.

Entraron, y Dick cerró la puerta. Rosemary estaba muy cerca de él, sin rozarlo. La noche había hecho que desapareciera todo el color de su cara y estaba sumamente pálida: era como un clavel blanco abandonado al final de un baile.

—Cuando sonríes…

Dick había vuelto a adoptar la actitud paternal de antes, quizá debido a la presencia silenciosa pero próxima de Nicole.

—… siempre espero encontrar el hueco de algún diente de leche que se te ha caído.

Pero lo dijo demasiado tarde. Rosemary se acercó y se enfrentó a él con un susurro desesperado.

—Vamos a hacerlo.

— ¿Hacer qué?

El asombro le había dejado paralizado.

—Venga —susurró ella—. Venga, por favor. Vamos a hacer lo que se hace. Da igual si no me gusta. Nunca esperé que me gustara. Siempre detesté la idea, pero ahora no. Quiero que lo hagamos.

Estaba sorprendida de sí misma. Nunca se había imaginado que podría hablar de aquel modo. Estaba hablando de cosas que había leído, visto, soñado durante los diez años que había estado en el colegio de monjas. De pronto

comprendió también que era uno de los papeles más importantes que le había tocado hacer y se entregó a él con más pasión.

—No es así como tendría que ser —reflexionó Dick—. ¿No será culpa del champán? Tratemos más bien de olvidarlo.

—Oh, no. Vamos a hacerlo ahora. Quiero que lo hagamos ahora, que me poseas, que me enseñes a hacerlo. Soy totalmente tuya y quiero serlo.

—En primer lugar, ¿te has parado a pensar el daño que podría hacerle a Nicole?

—No tiene por qué enterarse. Esto no tiene nada que ver con ella.

Dick siguió hablando en tono amable.

—En segundo lugar, da la casualidad de que quiero a Nicole.

—Pero se puede querer a más de una persona, ¿no? Por ejemplo, yo quiero a mi madre y te quiero a ti… más. Ahora te quiero más a ti.

—Y en tercer lugar, no estás enamorada de mí, pero podrías enamorarte después, y menudo lío entonces para alguien que está sólo empezando a vivir.

—No. Te prometo que no volveré a verte. Recogeré a mi madre y nos marcharemos inmediatamente a América.

Dick rechazó esa posibilidad. Tenía un recuerdo demasiado vívido de la inocencia y frescura de sus labios. Pasó a adoptar otro tono.

—Es un capricho pasajero.

—Oh, por favor. No me importa ni siquiera tener un hijo. Podría irme a México como una chica de los estudios. Esto es tan diferente de todo lo que había pensado… Antes detestaba que me besaran en serio.

Dick comprendió que seguía teniendo la impresión de que aquello tenía que ocurrir forzosamente.

—Algunos tenían unos dientes enormes, pero tú eres completamente diferente. ¡Y tan guapo! Quiero que lo hagamos.

—Me da la impresión de que crees que la gente se besa de alguna forma especial y quieres que yo te bese así.

—Por favor, no te burles de mí. No soy una niña. Ya sé que no estás enamorado de mí.

Parecía haberse calmado ya, hablaba en un tono de humildad.

—No esperaba tanto. Supongo que te debo parecer una persona insignificante.

—No digas tonterías. Lo que sí me pareces es demasiado joven.

Y añadió para sus adentros: «¡Y tendría tanto que enseñarte!».

Rosemary estaba esperando y respiraba ansiosamente, hasta que Dick dijo:

—Y por último, las circunstancias no permiten que las cosas puedan salir como tú quieres.

El rostro de Rosemary reflejó el desencanto y la consternación que sentía, y Dick dijo maquinalmente:

—No vamos a tener más remedio que…

Se interrumpió y la siguió hasta la cama, sentándose a su lado mientras lloraba. De pronto se sentía confundido, no por una cuestión de ética, puesto que estaba claro que aquello era imposible desde todos los puntos de vista, sino simplemente confundido, y por un momento le fallaron sus habituales recursos, la dúctil fuerza de su equilibrio.

—Sabía que no querrías —dijo ella entre sollozos—. Era una esperanza estúpida por mi parte.

Dick se puso en pie.

—Buenas noches, muchachita. Es todo una pena. Será mejor que lo olvidemos.

Para que se pudiera tranquilizar le dijo unas palabras de jerga de hospital.

—Se van a enamorar muchos hombres de ti y estaría muy bien que recibieras a tu primer amor intacta, incluso emocionalmente. Qué idea tan anticuada, ¿verdad?

Rosemary alzó la mirada y vio que se dirigía a la puerta; le miró sin tener la más leve idea de lo que pasaba por su cabeza, vio que avanzaba otro paso lentamente y se volvía para mirarla de nuevo, y por un momento sintió deseos de tenerlo en sus brazos y devorarlo: deseaba su boca, sus orejas, el cuello de su chaqueta, deseaba cercarlo, apoderarse de él. Vio que su mano agarraba el pomo de la puerta. Entonces se dio por vencida y volvió a dejarse caer sobre la cama. En cuanto se cerró la puerta, se levantó y fue hasta el espejo y empezó a cepillarse el pelo, lloriqueando un poco. Se dio ciento cincuenta pasadas, como siempre, y luego otras ciento cincuenta. Se cepilló el pelo hasta dolerle el brazo, y luego cambió de brazo y siguió cepillándolo.

XVI

Cuando se despertó, tenía la mente clara y se sentía avergonzada. Ver en el espejo lo hermosa que era, en lugar de infundirle confianza sólo sirvió para reavivar el dolor del día anterior, y tampoco contribuyó a levantarle los ánimos una carta que le había remitido su madre y era del muchacho que la había llevado a la fiesta de Yale el otoño anterior anunciándole que se encontraba en París. ¡Todo aquello parecía ya tan lejano! Al salir de su habitación para enfrentarse a la penosa prueba de reunirse con los Diver se sentía abrumada con otro problema más. Pero logró ocultarlo todo bajo una coraza tan impenetrable como la de Nicole cuando se reunió con ésta para ir a probarse una serie de vestidos. En todo caso, le sirvió de consuelo que Nicole comentara, acerca de una dependienta aturdida:

—La mayoría de la gente se imagina que inspira a todo el mundo sentimientos mucho más violentos de lo que en realidad son. Se creen que la opinión que los demás tienen de ellos fluctúa constantemente de un extremo a otro.

El día anterior, que tan expansiva se sentía, a Rosemary le habría molestado ese comentario, pero en aquel momento, que lo único que deseaba era quitar importancia a lo que había ocurrido, lo agradeció vivamente. Admiraba a Nicole por su belleza y por lo atinado de sus juicios y también, por primera vez en su vida, sentía celos. Justo antes de que se marchara del hotel de Gausse, su madre había dicho, en aquel tono de indiferencia tras el cual Rosemary sabía que se escondían sus opiniones más significativas, que Nicole era una gran belleza, con lo cual parecía querer decir indirectamente que Rosemary no lo era. Aquello no preocupó a Rosemary, que hasta hacía muy poco no había tenido ocasión de enterarse ni siquiera de que era atractiva, y su atractivo, por tanto, no le parecía que fuese exactamente algo con lo que había nacido, sino más bien algo que había adquirido, como el francés que sabía. No obstante, en el taxi miró a Nicole comparándose con ella. Aquel cuerpo encantador y aquella boca delicada, a veces apretada, a veces entreabierta al mundo en actitud expectante, parecían estar hechos para el amor. Nicole había sido una belleza de niña y seguiría siendo una belleza cuando fuera mayor porque la piel se mantendría estirada en torno a los pómulos salientes: lo fundamental era la estructura ósea de su rostro. Su pelo había sido de un rubio casi blanco, como el de los nórdicos, pero ahora que se le había oscurecido resaltaba más su belleza que cuando era como una nube y más hermoso que ella misma.

—Ahí vivíamos —dijo de pronto Rosemary señalando un edificio de Rue des Saints-Péres.

—Qué extraño. Porque cuando yo tenía doce años, mamá, Baby y yo pasamos un invierno ahí.

Y Nicole señaló un hotel que estaba justo en la otra acera. Tenían ante sí las dos fachadas deslucidas, como ecos grises de su niñez.

—Acabábamos de construir la casa de Lake Forrest y estábamos haciendo economías —continuó Nicole—. Al menos Baby y yo y la institutriz hacíamos economías y mamá viajaba.

—Nosotras también estábamos haciendo economías —dijo Rosemary, consciente de que esa expresión tenía un sentido diferente para cada una.

—Mamá siempre ponía mucho cuidado en decir que era un pequeño hotel.

Nicole soltó una de sus risitas cortas, tan atractivas.

—O sea, en lugar de decir que era un hotel «barato». Si algunos de nuestros amigos más ostentosos nos pedían las señas, nunca decíamos: «Vivimos en un cochambroso agujero del barrio apache donde debemos dar gracias de que haya agua corriente», sino: «Estamos en un pequeño hotel». Como si los grandes hoteles fueran demasiado ruidosos y vulgares para nosotras. Por supuesto, los amigos siempre nos veían el plumero y se lo iban contando a todo el mundo, pero mamá solía decir que lo único que aquello demostraba era que nos conocíamos Europa al dedillo. Ella se la conocía, por supuesto: era alemana de nacimiento. Pero su madre era americana y ella se había educado en Chicago y era más americana que europea.

Faltaban dos minutos para la hora en que se tenían que reunir con los demás, y Rosemary trató de hacerse fuerte de nuevo mientras salían del taxi en Rue Guynemer, frente a los jardines de Luxemburgo. Iban a comer al piso ya levantado de los North, desde el que se dominaba toda la verde masa de hojas. El día le parecía a Rosemary diferente del día anterior. Cuando vio a Dick frente a frente, sus ojos se cruzaron y parpadearon como aleteos de pájaros. Después de aquello todo fue bien, todo fue maravilloso: Rosemary sabía que estaba empezando a enamorarse de ella. Se sentía locamente feliz, notaba la savia caliente de la emoción corriendo por todo su cuerpo. Sentía una seguridad que le hacía ver todo con claridad, con serenidad, como si cantara dentro de ella. Apenas miraba a Dick, pero sabía que todo iba bien.

Después de la comida, los Diver, los North y Rosemary se fueron a Franco-American Films, donde se reunió con ellos Collis Clay, el joven acompañante de Rosemary en New Haven, al que ella había telefoneado. Era de Georgia, y tenía las ideas uniformes, estereotipadas incluso, de los sureños educados en el norte. El invierno anterior le había parecido atractivo a Rosemary; una vez se habían cogido de la mano yendo en un coche de New Haven a Nueva York, pero ahora, había dejado ya de existir para ella.

Rosemary se sentó en la sala de proyección entre Collis Clay y Dick mientras el operador montaba los rollos de La niña de papá y un ejecutivo

francés revoloteaba en torno a ella creyéndose que hablaba en argot americano. «Sí, chico —decía cuando había algún problema con el proyector —, no tengo bananas». Al fin se apagaron las luces, se oyó un ligero chasquido y luego empezó un sonido zumbante: estaba a solas con Dick. Se miraron en la penumbra de la sala.

—Querida Rosemary —murmuró él.

Se rozaron los hombros. Nicole se movió nerviosa en su asiento a un extremo de la fila y Abe tosió convulsivamente y se sonó. Luego, todos se pusieron cómodos y la película empezó.

Allí estaba ella: la colegiala de un año atrás, con la melena ondulada cayéndole sobre la espalda como la sólida cabellera de una tanagra; allí estaba, tan joven e inocente, el producto de los desvelos amorosos de su madre; allí estaba, dando cuerpo a toda la inmadurez de la raza humana, que recortaba una nueva muñequita de cartón para examinarla con su mente vacía de prostituta. Rosemary recordaba cómo se había sentido con aquel vestido, especialmente fresca y como nueva bajo la seda fresca y nueva.

La niña de papá. Qué valerosa era la nena y cómo sufría. Qué ricura de nena. Es que no se podía ser más rica. Ante su minúsculo puñito retrocedían las fuerzas de la lujuria y la corrupción. Más aún: el propio destino detenía su marcha; lo inevitable se hacía evitable; el silogismo, la dialéctica, la lógica toda desaparecían. Las mujeres olvidarían los platos sucios que habían dejado en casa y llorarían. Hasta en la película había una mujer que se pasaba tanto tiempo llorando que estaba a punto de eclipsar a Rosemary. Derramaba lágrimas sobre unos decorados que habían costado una fortuna, en un comedor de Duncan Phyfe, en un aeropuerto, durante una regata de yates que sólo se había utilizado en dos planos cortos, en un vagón de metro y, por último, en un cuarto de baño. Pero Rosemary salía triunfante. Su entereza, su valor y su constancia acababan imponiéndose sobre la vulgaridad del mundo, y Rosemary demostraba cómo lo conseguía con un rostro que todavía no se había convertido en una máscara y que resultaba realmente tan conmovedor que en determinados momentos de la película le llegaban las reacciones emocionadas de todos los que estaban en la fila. Hubo un descanso, y se encendieron las luces, y, cuando se apagó la salva de aplausos, Dick le dijo sinceramente:

—Estoy simplemente anonadado. Te vas a convertir en una de nuestras mejores actrices.

Vuelta a La niña de papá. Habían llegado tiempos más felices y aparecía un plano encantador de Rosemary y su padre, unidos al fin, que revelaba un complejo de Electra tan evidente que Dick dio un respingo en nombre de todos los psicólogos ante aquel sentimentalismo tan perverso. La proyección

terminó, las luces se encendieron: había llegado el momento que Rosemary esperaba.

—Falta aún otra cosa —anunció Rosemary a todos los presentes—. Le van a hacer una prueba a Dick.

— ¿Una qué?

—Una prueba cinematográfica. La van a hacer ahora.

Se hizo un tremendo silencio, en medio del cual los North no pudieron reprimir una risita nerviosa. Rosemary observó cómo Dick trataba de entender lo que había dicho, moviendo la cabeza primero a la manera de un irlandés. Entonces se dio cuenta de que se había equivocado en algo al jugar su triunfo, aunque seguía sin sospechar que el fallo estaba en la carta misma.

—No quiero que me hagan ninguna prueba —dijo Dick con firmeza.

Pero, tras considerar la situación globalmente, añadió, en tono más ligero:

—Rosemary, me has decepcionado. El cine es una profesión excelente para una mujer, pero ¡cómo me van a sacar a mí en una película! Soy un viejo científico muy bien arropado en su vida privada.

Nicole y Mary insistían irónicamente en que aprovechara aquella oportunidad. Le estaban tomando el pelo, pero en el fondo a las dos les había molestado que no les hubieran ofrecido la prueba a ellas. Finalmente, Dick zanjó el asunto con un comentario más bien cáustico sobre los actores:

—Siempre se coloca la guardia más poderosa ante puertas que no conducen a ninguna parte —dijo—. Tal vez porque la vacuidad es demasiado vergonzosa para que se divulgue.

Una vez dentro del taxi con Dick y Collis Clay —iban a dejar a Collis y Dick iba a llevar a Rosemary a un té al que Nicole y los North habían renunciado para poder hacer las cosas que Abe había dejado sin hacer hasta el último momento—, Rosemary reprochó a Dick su actitud.

—Pensaba que si la prueba salía bien yo misma la podía llevar a California, y si les gustaba, tú te dabas a conocer y podrías ser el galán de mi película.

Dick se sintió abrumado.

—Tuviste una idea muy simpática, pero prefiero verte a ti en la pantalla. Nunca había visto una cosa tan deliciosa como tú en esa película.

—Es una película buenísima —dijo Collis—. La he visto cuatro veces. Conozco un chico de New Haven que la ha visto una docena de veces, y una vez fue hasta Hartford sólo para verla. Y cuando llevé a Rosemary a New

Haven se sentía tan cohibido que no quería ni que se la presentara. ¿Qué le parece? Esta muchachita se los lleva de calle.

Dick y Rosemary, que querían quedarse solos, cambiaron una mirada, pero Collis no se daba cuenta de nada.

—Les dejo donde vayan —sugirió—. Yo estoy en el Lutetia.

—No. Le dejamos nosotros —dijo Dick.

—Es más fácil que yo les deje. No me cuesta nada.

—Creo que será mejor que le dejemos nosotros.

—Pero… —empezó a decir Collis. Al fin se dio cuenta de cuál era la situación y se puso a negociar con Rosemary la posibilidad de verla de nuevo.

Y finalmente se fue, llevándose consigo la oscura insignificancia pero el bulto molesto del tercero que sobra. De pronto, antes de lo que esperaban y deseaban, el coche se detuvo en la dirección que había dado Dick, el cual dejó escapar una larga bocanada de aire y dijo:

— ¿Qué hacemos? ¿Entramos?

—Me da igual —dijo Rosemary—. Yo hago lo que tú quieras.

Dick se puso a considerar.

—Creo que no me queda otro remedio. Esa señora quiere comprarle algunos cuadros a un amigo mío que necesita el dinero.

Rosemary se atusó el pelo, que llevaba graciosamente revuelto.

—Estaremos sólo cinco minutos —decidió Dick—. No creo que te caiga bien esta gente.

Ella dedujo que se trataba de gente aburrida y estereotipada, o de gente vulgar y dada a la bebida, o pesada e insistente, o de cualquier otro de los tipos de gente que los Diver evitaban. Pero no estaba en absoluto preparada para la impresión que le causó lo que vio.

XVII

Era una casa construida conservando la estructura y la fachada del palacio del Cardenal de Retz en Rue Monsieur, pero una vez dentro no se veía nada del pasado, ni de ningún presente que Rosemary conociera. Las paredes, la obra de albañilería, parecían englobar más bien el futuro, de modo que cruzar aquel umbral, si es que así podía llamarse, para pasar al alargado vestíbulo de

acero pavonado y plata dorada, con las innumerables facetas de sus muchos espejos extrañamente biselados, era una especie de sacudida eléctrica, un verdadero ataque de nervios, una experiencia tan antinatural como tomar un desayuno de harina de avena y hachís. Pero el efecto que producía no era comparable al de ninguna de las secciones de la Exposición de Artes Decorativas, puesto que había gente dentro, no delante. A Rosemary le parecía todo tan distante, tan falsamente estimulante como los decorados de un plató, y se imaginó que todos los demás que estaban allí tendrían la misma sensación.

Había unas treinta personas, la mayor parte de ellas mujeres, y todas parecían arrancadas de las páginas de Louise M. Alcott o Madame de Ségur. Se movían por aquel plató con la misma cautela y precisión de una mano humana recogiendo vidrios rotos. No podía decirse que, individualmente o en grupo, dominaran aquel ambiente de la manera que alguien puede llegar a dominar una obra de arte de su propiedad, por muy esotérica que ésta sea. Nadie sabía cuál era el significado de aquella sala porque representaba una evolución hacia algo que podía llamarse cualquier cosa menos una sala. Existir en ella era tan difícil como andar por una escalera en movimiento demasiado bien encerada, y no había posibilidad alguna de lograrlo sin las cualidades mencionadas de una mano moviéndose entre vidrios rotos, cualidades que limitaban y definían a la mayoría de los allí presentes.

Los había de dos clases. Por una parte estaban los americanos e ingleses que se habían entregado a una vida disipada durante toda la primavera y el verano, de modo que todo lo que hacían ya era un puro reflejo nervioso. Estaban muy tranquilos y aletargados a determinadas horas y luego se enzarzaban de pronto en peleas o tenían crisis nerviosas o intentaban seducir a alguien. La otra clase, que se podría llamar la de los explotadores, estaba formada por los parásitos, gente sobria y seria en comparación con la anterior, que tenían un objetivo en la vida y no perdían el tiempo. Donde mejor mantenían el equilibrio era en esa clase de ambiente, y si había allí algún tono, aparte de la forma tan original en que se había organizado una serie de valores superficiales en el piso, lo daban ellos.

Aquel monstruo de Frankenstein se zampó de un solo bocado a Dick y Rosemary; los separó inmediatamente y Rosemary descubrió de pronto con respecto a sí misma que era un pequeño ser insincero que sólo utilizaba los registros más altos de su garganta y necesitaba urgentemente un director que le dijera lo que tenía que hacer. Sin embargo, era tal el salvaje aleteo de la sala que no tenía la sensación de que su situación fuera más incongruente que la de cualquiera de los otros. Además, de algo debía servirle su experiencia de actriz. Así que, tras una serie de vueltas, giros y marchas semimilitares, se encontró, según todas las apariencias, hablando con una muchacha de aspecto

pulcro y acicalado que tenía una graciosa cara de chico, pero, en realidad, absorta en una conversación que tenía lugar junto a una especie de escalera de bronce situada en diagonal a donde estaba ella y a un metro y medio de distancia.

Había un trío de mujeres jóvenes sentadas en un diván. Eran todas altas y esbeltas y de cabeza pequeña, que llevaban arreglada como las cabezas de los maniquíes, y mientras hablaban movían graciosamente la cabeza de un lado a otro por encima de sus trajes sastre oscuros, haciendo el efecto de flores de tallo largo o capuchones de cobra.

—Desde luego, saben cómo dar un buen espectáculo —decía una de ellas con una voz profunda y modulada—. Prácticamente, el mejor espectáculo en París. Eso no se les puede negar. Pero —añadió con un suspiro— las frases esas que te dice él una y otra vez… «El habitante más antiguo mordido por los roedores». La primera vez te hace gracia.

—Yo prefiero personas cuyas vidas tengan superficies más arrugadas —dijo la segunda—. Y ella no me gusta nada.

—Nunca han logrado interesarme mucho. Ni ellos ni los que los rodean. ¿Qué me decís, por ejemplo, del señor North, que es puro líquido?

—Ése está desfasado —dijo la primera chica—. Pero no me negaréis que el sujeto en cuestión puede ser uno de los seres más encantadores que hayáis conocido en vuestra vida.

Era el primer indicio que tenía Rosemary de que estaban hablando de los Diver y se puso tensa de indignación. Pero la chica que le estaba hablando, que parecía un cartel con su camisa azul almidonada, sus expresivos ojos azules, sus mejillas coloradas y su traje sastre muy gris, había empezado ya a atacar a fondo. Trataba desesperadamente de eliminar todo lo que pudiera interponerse entre ellas, pues temía que Rosemary no la pudiera ver bien, y a tal extremo llevó su labor de eliminación que no le quedó para cubrirse ni siquiera una leve capa de humor y Rosemary, con desagrado, vio claramente lo que pretendía.

— ¿No podríamos quedar para comer, o tal vez mejor para cenar, o para comer al otro día? —imploró la muchacha.

Rosemary buscó con la mirada a Dick y lo encontró con la anfitriona, con la cual había estado hablando desde que entraron. Se cruzaron sus miradas y él le hizo una ligera inclinación de cabeza, y en ese instante las tres mujeres cobra se dieron cuenta de la presencia de Rosemary. Estiraron sus largos cuellos para verla mejor y clavaron sutiles miradas de crítica sobre ella. Rosemary les devolvió la mirada, desafiante, dándoles a entender que había oído lo que habían dicho. Luego, se deshizo de su exigente interlocutora con

un gesto de despedida cortés pero preciso que acababa de aprender de Dick y se dirigió hacia donde él estaba. La dueña de la casa —otra chica americana alta y rica que exhibía con aire despreocupado la prosperidad nacional— le estaba haciendo a Dick innumerables preguntas sobre el hotel de Gausse, adonde era evidente que quería ir, y trataba insistentemente de vencer su resistencia. La presencia de Rosemary le recordó que no estaba cumpliendo con sus deberes de anfitriona, y echando una ojeada rápida a su alrededor, dijo:

— ¿Ha conocido a alguien divertido? ¿Ha conocido… señor…?

Paseó la mirada tratando de encontrar a algún invitado del sexo masculino que pudiera interesarle a Rosemary, pero Dick dijo que tenían que marcharse. Se fueron inmediatamente y pasaron del breve umbral del futuro al asado repentino de la fachada de piedra.

— ¿Espantoso, no? —dijo Dick.

—Espantoso —repitió ella como un eco obediente.

—Rosemary…

— ¿Qué? —musitó, con voz asustada.

—Lo que está pasando me hace sentirme muy mal. Rosemary comenzó a sollozar de dolor, convulsivamente. ¿Tienes un pañuelo?, balbuceó. Pero había poco tiempo para llorar, y los amantes se lanzaron a aprovechar con avidez los segundos que pasaban demasiado deprisa, mientras el crepúsculo verde y crema se desvanecía tras las ventanas del taxi y los signos rojo fuego, azul gas y verde fantasma comenzaron a brillar nebulosamente bajo la lluvia plácida. Eran casi las seis. Las calles estaban llenas de gente y los bistrots centelleaban. La plaza de la Concorde quedó atrás en todo su esplendor rosado al dar la vuelta el taxi en dirección norte.

Al fin se miraron y pronunciaron sus nombres en un susurro, como si fueran palabras mágicas. Los dos nombres quedaron flotando suavemente en el aire, se desvanecieron más lentamente que otras palabras, otros nombres, más lentamente que la música en la mente.

—No sé qué me pasó anoche —dijo Rosemary—. Tal vez fuera esa copa de champán. Nunca en la vida me había comportado de esa manera.

—Lo único que hiciste fue decirme que me querías.

—Y te quiero. Contra eso no puedo hacer nada. Le había llegado el momento de llorar, así que lloró un poco tapándose con el pañuelo.

—Me temo que me he enamorado de ti —dijo Dick—, y no es lo mejor que podía haber ocurrido.

Los nombres otra vez, y luego se abrazaron como si un movimiento del taxi les hubiera hecho perder el equilibrio. Ella apretó los pechos contra el pecho de él; su boca tenía un sabor nuevo y cálido y era propiedad de los dos. Dejaron de pensar, con una sensación de alivio que casi dolía, y ya no vieron nada más: únicamente respiraban y se buscaban. Se encontraban en ese mundo plácido y gris en que quedan restos de fatiga y los nervios se distienden en manojos como cuerdas de piano y crujen de repente como sillones de mimbre. Cuando los nervios están tan en vivo, tan tiernos, deben unirse a otros nervios, los labios a otros labios, el pecho a otro pecho…

Se encontraban aún en la etapa más feliz del amor. Las ilusiones que se hacía el uno con el otro eran tan enormes, tan ilimitadas, que la fusión de ambos seres parecía tener lugar en una dimensión en la que ninguna otra relación humana importaba. Parecían haber llegado a ella con una extraordinaria inocencia, como si les hubiera unido una serie de puros accidentes, tantos que no podían ya sino llegar a la conclusión de que estaban hechos el uno para el otro. Habían llegado con las manos limpias, o así parecía, sin haber caído en la simple curiosidad ni en lo clandestino.

Pero para Dick ese tramo del camino era corto; el giro se produjo antes de que llegaran al hotel.

—No hay nada que hacer —dijo, con una sensación de pánico—. Estoy enamorado de ti, pero eso no hace que cambie lo que te dije anoche.

— ¡Qué importa eso ahora! Lo único que quería conseguir era que me quisieras. Si tú me quieres lo demás no importa.

—Por desgracia te quiero. Pero Nicole no debe enterarse. No quiero que tenga ni la más leve sospecha. Nicole y yo tenemos que seguir juntos. En cierto modo, eso es más importante que querer seguir simplemente.

—Bésame otra vez.

La besó, pero se había alejado de ella momentáneamente.

—Nicole no debe sufrir. Ella me quiere y yo la quiero. Lo entiendes, ¿no?

Claro que lo entendía. Era el tipo de cosa que mejor entendía: no herir a los demás. Sabía que los Diver se querían porque era lo primero que había pensado de ellos. Pero también había pensado que era una relación más bien atemperada, en realidad bastante parecida al cariño que existía entre su madre y ella. El que una persona tenga tanto que dar a los demás, ¿no indica acaso una falta de intensidad en sus relaciones más íntimas?

—Y estoy hablando de amor —dijo él, adivinando sus pensamientos—. Amor activo. Es demasiado complicado para explicarlo. Fue la causa de ese duelo absurdo.

— ¿Cómo sabes lo del duelo? Se suponía que no debíais enteraron.

— ¿Crees acaso que Abe puede guardar un secreto? —dijo en un tono muy mordaz—. Anuncia un secreto por la radio. Publícalo en la prensa sensacionalista. Pero jamás se lo confíes a un hombre que beba más de tres o cuatro copas al día.

Ella asintió riendo, apretada contra él.

—O sea que, como ves, mis relaciones con Nicole son complicadas. Ella no es muy fuerte. Lo parece pero no lo es. Y esto nuestro viene a complicar las cosas todavía más.

— ¡Oh, deja todo eso para más tarde! Ahora bésame. Quiéreme ahora. Te querré sin que Nicole pueda darse cuenta.

— ¡Cariño!

Llegaron al hotel. Rosemary andaba ligeramente rezagada para contemplarlo con admiración, con adoración. Él caminaba a un paso muy vivo, como si acabara de hacer cosas importantes y se apresurara a hacer otras. Organizador de diversiones privadas, guardián de una felicidad incrustada de riquezas. Su sombrero era la perfección misma y llevaba un pesado bastón y guantes amarillos. Rosemary pensó que al estar con él todos lo iban a pasar muy bien esa noche.

Comenzaron a subir a pie los cinco tramos de escalera. En el primer rellano se detuvieron para besarse. Rosemary se mostró prudente en el segundo rellano y más todavía en el tercero. Ya sólo quedaban dos. Antes de llegar al cuarto se detuvo y le dio un beso fugaz de despedida. Ante su insistencia, bajó con él un instante al rellano anterior. Otra vez a subir. Por fin había que despedirse. Alargaron las manos por encima de la baranda hasta tocarse y desenlazaron los dedos lentamente. Dick volvió a bajar al vestíbulo para hacer algunos arreglos para la noche. Rosemary se precipitó a su cuarto y le escribió una carta a su madre. Tenía mala conciencia porque no la echaba de menos en absoluto.

XVIII

Aunque a los Diver todo lo que oficialmente se consideraba moda les era en verdad indiferente, eran demasiado perspicaces para renunciar totalmente al ritmo que marcaba la época. Cuando Dick organizaba algo la diversión era casi sin respiro, y tanto más se apreciaba respirar de vez en cuando el aire fresco de la noche haciendo una pausa en la diversión.

En aquella salida nocturna todo ocurría a la velocidad de una comedia de enredo. Unas veces eran doce, otras dieciséis, otros grupos de a cuatro en distintos automóviles en aquella especie de odisea acelerada por París. Todo había sido organizado de antemano. La gente se les unía como por arte de magia, les acompañaba como especialistas, casi como guías, durante una etapa de la noche y luego desaparecía y le sucedía otra gente, de modo que parecía que cada una de aquellas personas se hubiera estado reservando sólo para ellos todo el día. Qué diferente le parecía aquello a Rosemary de las fiestas de Hollywood, por muy suntuosas que éstas fueran. Entre otras muchas atracciones tenían a su disposición el coche del shah de Persia. Cómo se había incautado Dick de aquel vehículo o qué tipo de soborno se había empleado eran cosas que carecían de importancia. Rosemary lo aceptaba simplemente como un aspecto más de aquel mundo de fábula en el que vivía desde hacía dos años. El coche se había fabricado con un chasis especial en los Estados Unidos. Las ruedas y el radiador eran de plata. El interior estaba incrustado de innumerables brillantes que el joyero imperial se encargaría de sustituir por piedras preciosas auténticas en cuanto el coche llegara a Teherán la semana siguiente. En la parte de atrás sólo había un asiento propiamente dicho, porque el shah debía ir solo, de modo que por turnos se sentaban en él y en la alfombra de piel de marta que cubría el suelo.

Pero lo más importante era la presencia de Dick. Rosemary le aseguró a la imagen de su madre, que la acompañaba a todas partes, que jamás, jamás, había conocido a nadie tan encantador, tan absolutamente encantador como Dick lo estaba siendo esa noche. Lo comparó con los dos ingleses a los que Abe llamaba con gran seriedad «Comandante Hengest y señor Horsa», y con el heredero de un trono escandinavo, con el novelista que acababa de regresar de Rusia, con Abe, tan desesperado y tan ingenioso, y con Collis Clay, que se les había unido en algún sitio y seguía con ellos, y pensó que no había comparación. El entusiasmo y la generosidad que había detrás de toda la actuación de Dick le tenían fascinada. El manejo de todos aquellos tipos tan variados, que parecían depender tanto de sus suministros de atención para cada uno de sus movimientos como un batallón de infantería depende de las raciones, no parecía costarle el menor esfuerzo, de forma que aún le quedaban reservas de su personalidad más íntima para ofrecer a todo el mundo.

Después recordaría los momentos en que se había sentido más dichosa. El primero era aquél en que ella y Dick estaban bailando y sintió cómo resplandecía su propia belleza junto a la figura alta y fuerte de él mientras flotaban, parecían estar suspendidos en el aire como en un sueño divertido. La hacía girar a uno y otro lado con tal delicadeza que se sentía como un brillante ramo de flores, como una tela exquisita desplegada para ser admirada por cincuenta ojos. Hubo un momento en que no estaban bailando, sino simplemente abrazados. Ya de madrugada hubo una ocasión en que se

encontraron solos y ella apretó su cuerpo joven, húmedo y fragante contra el suyo, en un encuentro de telas fatigadas, y permanecieron allí, aplastados contra todos aquellos sombreros y abrigos que pertenecían a otros.

El momento en que más se rio vino más tarde, cuando seis de ellos, los mejores de todos, los más nobles supervivientes de la noche, estaban en el oscuro vestíbulo principal del Ritz diciéndole al portero de noche que el General Pershing estaba afuera y quería caviar y champán. «No tolera la menor demora. Cada hombre y cada cañón están a su servicio». Surgieron como de la nada camareros aturullados, se instaló una mesa en el vestíbulo e hizo su entrada Abe representando el papel de General Pershing, mientras ellos, en posición de firmes, canturreaban en su honor los fragmentos de canciones de guerra que recordaban. Como se sintieron desatendidos por los camareros, que reaccionaron con indignación ante semejante tomadura de pelo, montaron una trampa para camareros, un artefacto enorme y fantástico construido con todos los muebles del vestíbulo que funcionaba como las estrafalarias máquinas de las historietas de Goldberg. Abe movía la cabeza con aire dubitativo.

—Yo creo que sería mejor que robáramos una sierra musical y…

—No sigáis —interrumpió Mary—. Cuando Abe saca ese tema quiere decir que ya es hora de volverse a casa. Le confió a Rosemary sus preocupaciones.

—Tengo que llevarme a Abe a casa. El tren sale a las once y es muy importante que lo tome. Tengo la impresión de que todo nuestro futuro depende de ello. Pero cada vez que deseo que haga algo, hace justamente lo contrario.

—Intentaré persuadirle —se ofreció Rosemary.

¿De veras? —dijo Mary, no muy convencida—. Tal vez a ti te haga caso.

Un momento después, Dick se acercó a Rosemary.

—Nicole y yo nos vamos ya y hemos pensado que a lo mejor querrías venir con nosotros.

Se la veía pálida por el cansancio a la tenue luz que anunciaba el alba. En sus mejillas, tan llenas de color durante el día, había dos manchas grisáceas.

—No puedo —dijo—. Le he prometido a Mary North que me voy a quedar con ellos, porque si no no va a haber manera de que Abe se vaya a la cama. Tal vez tú puedas hacer algo.

—Deberías saber que no se puede hacer nada por nadie —repuso—. Si Abe y yo fuéramos dos universitarios compañeros de cuarto y se hubiera emborrachado por primera vez, sería diferente. Ahora ya no se puede hacer

nada.

—Bueno, en todo caso tengo que quedarme. Dice que no se irá a la cama si no vamos antes con él a Les Halles —dijo, en tono casi de desafío.

Dick le dio un beso rápido en el hueco del codo.

—No dejes que Rosemary se vaya sola al hotel —le dijo Nicole a Mary al marcharse—. Nos sentimos responsables ante su madre.

Algo más tarde, junto con los North, un fabricante de voces de muñeca de Newark, el omnipresente Collis y un indio corpulento y untuoso, espléndidamente vestido, que se llamaba George T. Horseprotection, Rosemary iba subida en una furgoneta encima de montones de zanahorias. La tierra que había en los tallos de las zanahorias despedía un dulce aroma en la oscuridad, y Rosemary estaba sentada tan en lo alto que apenas podía ver a los demás en la penumbra apenas interrumpida por la luz de las escasas farolas. Las voces de los otros parecían llegar de muy lejos, como si estuvieran experimentando cosas ajenas a ella, ajenas y remotas, pues en su corazón seguía con Dick, se había arrepentido de haberse ido con los North y su único deseo era estar en el hotel con él dormido al otro lado del corredor o que él estuviera allí junto a ella en aquella penumbra cálida en la que estaba sumergida.

— ¡No subas! —le gritó a Collis—. Se van a desmoronar las zanahorias.

Le arrojó una a Abe, que iba sentado al lado del conductor con la rigidez de un anciano.

Y algo más tarde, iba por fin camino del hotel en plena luz del día, cuando las palomas ya alborotaban en torno a Saint-Sulpice. A todos les entró la risa porque sabían que seguía siendo la noche anterior, mientras que toda la gente que había por las calles se imaginaba que era una mañana soleada.

«Por fin he ido de juerga —pensó Rosemary—. Aunque sin Dick no tiene ninguna gracia».

Se sentía triste y ligeramente traicionada, pero de pronto apareció ante sus ojos un objeto en movimiento. Era un gran castaño de Indias en flor que transportaban a los Campos Elíseos atado en un largo camión y que estaba simplemente desternillándose de risa, como se podría reír en una situación humillante una persona encantadora que se siente pese a todo segura de sus encantos. Rosemary lo miró fascinada y se identificó con él, rio alegremente con él y todo de pronto le pareció maravilloso.

XIX

Abe debía salir de la estación de Saint-Lazare a las once. Estaba solo bajo la cúpula de cristal deslustrado que era un vestigio de los años setenta, la época del Palacio de Cristal. Sus manos habían adquirido ese color grisáceo que sólo pueden producir veinticuatro horas de vigilia y las llevaba metidas en los bolsillos del abrigo para que no se viera cómo le temblaban los dedos. Sin el sombrero puesto se veía claramente que sólo se había peinado la parte de arriba del pelo; el resto lo llevaba decididamente de punta a ambos lados. Resultaba difícil reconocer en él a aquel que dos semanas atrás se bañaba en la playa del hotel de Gausse.

Había llegado con tiempo suficiente y se puso a mirar en tomo suyo sólo con los ojos, ya que mover cualquier otra parte de su cuerpo hubiera exigido un esfuerzo superior a él en ese momento. Ante él pasaron maletas con aspecto de ser nuevas, y luego las pequeñas formas indistintas de futuros pasajeros que se gritaban unos a otros con voces extrañas y chirriantes.

En el preciso instante en que se estaba preguntando si tendría tiempo para ir a tomarse una copa a la cantina y se disponía a asir el fajo pegajoso de billetes de mil francos que llevaba en el bolsillo, su mirada errabunda fue a posarse en Nicole, que aparecía en lo alto de las escaleras. La observó atentamente. Como suele ocurrir cuando observamos a alguien que esperamos y que todavía no nos ha visto, le parecía estar contemplando a la auténtica Nicole en cada uno de sus pequeños gestos. Estaba pensando en sus hijos con expresión concentrada, pero más que recrearse en ellos parecía estar simplemente contándolos como podría hacerlo un animal, como una gata comprobando el número de sus crías con una pata.

Al ver a Abe cambió totalmente de expresión. La luz que se filtraba por la claraboya era mortecina y Abe tenía un aspecto lúgubre con las ojeras que resaltaban sobre su tez bronceada. Se sentaron en un banco.

—He venido porque me lo pediste —dijo Nicole en tono defensivo.

Abe parecía haberse olvidado de por qué se lo había pedido y Nicole se contentó con mirar a la gente que iba y venía por la estación.

—Ésa va a ser la reina de tu travesía. La que está rodeada de admiradores que han venido a despedirla. Por eso se compró ese vestido.

Nicole hablaba cada vez más deprisa.

— ¡Quién se iba a comprar un vestido así salvo la reina de un crucero alrededor del mundo! ¿No crees? ¿Eh? ¡Despierta! Es un vestido con historia. Todo ese material que le sobra tiene una historia y siempre habrá alguien en un crucero alrededor del mundo que se sienta lo bastante solo para querer escucharla.

Casi se aturulló con las últimas palabras. Había hablado demasiado para lo que solía y a Abe, viendo la expresión seria e inmutable de su cara, le resultaba difícil creer que hubiera dicho nada. Se irguió haciendo un esfuerzo hasta quedar en una postura en la que parecía estar de pie aunque estuviera sentado.

—La tarde que me llevasteis a aquel baile tan raro —empezó Abe—, ¿sabes cuál te digo? El de Sainte-Geneviéve.

—Sí, ya me acuerdo. Fue muy divertido, ¿no?

—Yo no me divertí nada. No me ha divertido nada veros esta vez. Estoy harto de vosotros dos, pero no se nota porque vosotros estáis aún más hartos de mí. Ya me entiendes. Si me quedaran energías, intentaría hacerme nuevos amigos.

Nicole estrujaba sus guantes de terciopelo al replicarle:

—No sirve de nada ponerse desagradable, Abe. Sé que no piensas lo que dices, y no entiendo por qué tienes que haber renunciado a todo.

Abe reflexionó, haciendo un esfuerzo por no toser o sonarse la nariz.

—Supongo que llegué a aburrirme de todo. Y había que hacer tal esfuerzo para retroceder a fin de poder llegar a alguna parte.

Un hombre podrá hacerse muchas veces el niño indefenso delante de una mujer, pero casi nunca lo consigue cuando más se siente como un niño indefenso.

—No tienes excusa —dijo Nicole, tajante.

Abe se sentía peor por momentos. No se le ocurría hacer ningún comentario que no fuera desagradable y crispado. Nicole llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era permanecer sentada mirando al infinito con las manos sobre el regazo. Durante un momento no hubo la menor comunicación entre ellos. Cada uno trataba de alejarse del otro a toda prisa, deteniéndose a respirar sólo si veía ante sí un fragmento de cielo azul que el otro no hubiera visto. A diferencia de los amantes, no tenían pasado; a diferencia de los matrimonios, no tenían futuro. Y sin embargo, hasta esa misma mañana, Abe era la persona que más quería Nicole, con excepción de Dick, y Abe, a su vez, había estado totalmente enamorado de ella durante años, con un amor que le oprimía el vientre de terror.

—Estoy harto de este mundo de mujeres —dijo él de pronto.

—Entonces, ¿por qué no te haces un mundo propio?

—Estoy harto de tener amigos. Lo único que vale la pena es estar rodeado de aduladores.

Nicole miraba fijamente el minutero del reloj de la estación, tratando de hacerlo avanzar con el pensamiento, pero Abe dijo:

— ¿No estás de acuerdo?

—Soy una mujer y mi deber es procurar que las cosas se mantengan.

—En cambio, el mío es destruirlas.

—No destruyes nada bebiendo, salvo a ti mismo.

Había hablado con frialdad y se sentía atemorizada e insegura. La estación se estaba llenando de gente, pero no llegaba nadie que ella conociera. Pasado un momento, su mirada se posó, agradecida, en una muchacha alta con el pelo pajizo peinado en forma de casco que estaba echando unas cartas en el buzón.

—Tengo que ir a hablar con aquella chica, Abe. ¡Abe, despierta! ¡No seas estúpido!

Abe la siguió pacientemente con la mirada. La mujer pareció sobresaltarse al volverse para saludar a Nicole y su cara le resultaba conocida a Abe de haberla visto por París. Aprovechó la ausencia de Nicole para escupir la flema en el pañuelo y sonarse la nariz ruidosamente. Cada vez hacía más calor y tenía la ropa interior empapada de sudor. Le temblaban tanto los dedos que necesitó usar cuatro cerillas para encender un cigarrillo. Le parecía absolutamente necesario ir a la cantina a tomarse una copa, pero en eso llegó Nicole.

—Ha sido un error —dijo con una sonrisa gélida—. Después de haberme suplicado que fuera a visitarla, me acaba de hacer un buen desaire. Me ha mirado como si yo fuera basura.

Estaba excitada y soltó una risita ligeramente histérica.

—Es mejor dejar que sean los otros los que den el primer paso.

En cuanto se recuperó de un ataque de tos provocado por el cigarrillo, Abe observó:

—El problema es que cuando no has bebido no tienes ganas de ver a nadie, y cuando has bebido nadie tiene ganas de verte.

¿Quién, yo?

Nicole volvió a reír; por algún motivo, el encuentro que acababa de tener la había animado.

No. Yo.

—Lo dirás por ti. A mí me gusta la gente, mucha gente. Me gusta…

En ese momento aparecieron Rosemary y Mary North, que caminaban

despacio buscando a Abe, y Nicole se puso a llamarlas con un entusiasmo excesivo:

—«¡Eh, eh, eh!», —riendo y agitando el paquete de pañuelos que le había comprado a Abe.

Formaron un grupito nada airoso, desequilibrado por la gigantesca figura de Abe, que se proyectaba oblicuamente sobre las tres mujeres como un galeón naufragado y hacía olvidar, con su sola presencia, su falta de decisión y sus excesos, su estrechez de miras y su profundo resentimiento. Las tres eran conscientes de la dignidad solemne que emanaba de su persona, y de sus logros, fragmentarios, sugerentes y ya superados. Pero les aterraba la voluntad que aún sobrevivía en él, las antiguas ganas de vivir que se habían convertido en un deseo de morir.

Llegó Dick Diver y trajo con su persona una superficie radiante sobre la que las tres mujeres saltaron como monos entre grititos de alivio, encaramándose en sus hombros, en la hermosa copa de su sombrero o en la empuñadura dorada de su bastón. Por un momento podían apartar su atención del espectáculo grandiosamente obsceno que era Abe. Dick se dio cuenta enseguida de cuál era la situación y la asumió con calma. Las hizo salir de sí mismas haciéndoles ver las maravillas de la estación. Cerca de ellos, unos americanos se decían adiós con voces que parecían remedar el sonido del agua cayendo en una gran bañera vieja. Al estar en la estación, con París a sus espaldas, parecía como si indirectamente se estuvieran acercando un poco al mar, como si ya empezaran a notar los cambios que obraba sobre ellos la proximidad del mar y se estuviera produciendo una mutación de átomos por la que se formaría la molécula esencial de una nueva raza.

Así que la estación se fue llenando de americanos de buena posición que se dirigían a los andenes y todas las caras parecían nuevas, de personas francas, inteligentes, amables, irreflexivas, acostumbradas a que pensaran por ellas. De vez en cuando asomaba entre ellos el rostro de algún inglés que ofrecía un contraste repentino. Cuando ya había bastantes americanos en el andén, la primera impresión producida por su aire inmaculado y su dinero comenzó a desvanecerse para dejar paso a una vaga impresión de crepúsculo racial que estorbaba y cegaba tanto a ellos como a los que les observaban.

Nicole agarró a Dick del brazo y gritó: «¡Mira!». Dick se volvió a tiempo para presenciar lo que ocurrió en el espacio de medio minuto. Ante una de las puertas del coche-cama, dos vagones más allá, una de las muchas despedidas que estaban teniendo lugar destacó vívidamente entre todas. La joven del pelo en forma de casco a la que había ido a saludar Nicole se separó de pronto del hombre con el que estaba hablando, haciendo un extraño gesto como si lo esquivara, y hundió la mano frenéticamente en el bolso. Al instante, el sonido

de dos disparos de revólver partía el aire enrarecido del andén. Al mismo tiempo, la locomotora soltó un silbido estridente y se puso en marcha el tren, empequeñeciendo momentáneamente el efecto causado por los disparos. Abe volvió a agitar las manos desde la ventanilla, ignorante de lo que había ocurrido. Pero antes de que la gente se agolpara en torno al lugar del suceso, los otros habían visto cómo se producían los disparos y a la víctima desplomarse en el andén.

El tren tardó un siglo en detenerse. Nicole, Mary y Rosemary esperaban a un lado mientras Dick trataba de abrirse paso entre el gentío. Tardó cinco minutos en volver a encontrarlas, y para entonces el gentío se había dividido: unos seguían al hombre, al que llevaban en una camilla, y los otros a la chica, que caminaba pálida y firme entre dos gendarmes con aire aturdido.

—Era María Wallis —dijo Dick, hablando precipitadamente—. El hombre contra el que ha disparado es un inglés. Tardaron una enormidad en identificarlo porque las balas atravesaron su pasaporte.

Se alejaban del tren a paso apresurado balanceándose entre el gentío.

—He averiguado a qué comisaría la llevan, así que voy a ir.

— ¡Pero si tiene una hermana que vive en París! —objetó Nicole—. ¿Por qué no la telefoneamos? Me parece muy raro que a nadie se le haya ocurrido. Está casada con un francés y su marido podrá hacer más que nosotros.

Dick pareció dudar un momento y luego hizo un gesto negativo con la cabeza y se puso en marcha otra vez.

— ¡Espera! —exclamó Nicole—. Es una tontería. ¿Qué puedes hacer tú, con el poco francés que hablas?

—Por lo menos me aseguraré de que no le hagan ninguna atrocidad.

—Lo que sí es seguro es que no la van a soltar —dijo Nicole secamente—. Al fin y al cabo, ha disparado contra ese hombre. Lo mejor que podemos hacer es telefonear inmediatamente a Laura. Más podrá hacer ella que nosotros.

Dick no acababa de convencerse. Además, estaba tratando de impresionar a Rosemary.

—Espérate —dijo Nicole con firmeza, y se dirigió con paso rápido a una cabina telefónica.

—Cuando Nicole se hace cargo de algo —dijo Dick con ironía afectuosa—, no hay nada más que hacer.

Veía a Rosemary por primera vez esa mañana. Se miraron tratando de reconocer las emociones del día anterior.

Por un momento se sintió cada uno como si el otro no fuera real, hasta que lentamente volvió a ellos el cálido susurro del amor.

—Te gusta ayudar a todo el mundo, ¿verdad? —dijo Rosemary.

—Sólo lo aparento.

—A mamá le gusta ayudar a todo el mundo. Claro que no puede ayudar a tanta gente como tú —suspiró—. A veces pienso que soy la persona más egoísta del mundo.

Por primera vez, el hecho de que mencionara a su madre enojó a Dick en lugar de divertirle. Quería apartar a su madre de una vez, suprimir el tono infantil que Rosemary insistía en dar a su relación con él. Pero se daba cuenta de que aquel impulso revelaba que estaba perdiendo el control. ¿Qué pasaría de la fuerte atracción que sentía Rosemary hacia él si aflojaba las riendas, aunque sólo fuera por un instante? Comprendió con cierta angustia que sus relaciones estaban llegando casi imperceptiblemente a un punto muerto, y no podían estabilizarse. O avanzaban o tendrían que retroceder. Por primera vez se le ocurrió pensar que Rosemary agarraba las riendas con más firmeza que él mismo.

Antes de que hubiera podido pensar qué medidas debía tomar, regresó Nicole.

—Encontré a Laura. Era la primera noticia que tenía, y su voz desaparecía y luego volvía a oírse como si se estuviera desmayando y volviendo en sí todo el rato. Me ha dicho que sabía que iba a pasar algo esta mañana.

—María debería trabajar para Diaghilev —bromeó Dick tratando de calmarlas—. Tiene un gran sentido de la escenografía, por no hablar de sentido del ritmo. ¿Quién de nosotros a partir de ahora va a poder ver arrancar un tren sin oír al mismo tiempo unos disparos?

Bajaban a empellones por la ancha escalera metálica.

—Lo siento por ese pobre hombre —dijo Nicole—. Con razón estuvo tan rara conmigo: ya se estaba preparando para abrir fuego.

Se echó a reír y Rosemary rio con ella, pero las dos estaban horrorizadas y deseaban fervientemente que Dick hiciera algún comentario de tipo moral sobre el asunto para no tener que hacerlo ellas. No era un deseo totalmente consciente, sobre todo por parte de Rosemary, que estaba acostumbrada a que pasaran ruidosamente por su cabeza fragmentos de acontecimientos parecidos sin que llegaran a detenerse. Pero tal había sido la acumulación de impresiones en ella que también se sentía traumatizada. Dick, por su parte, se sentía de momento demasiado impresionado por la fuerza de sus sentimientos recién descubiertos para tratar de resolver la situación con arreglo a la pauta que

habían seguido durante esas vacaciones, y ellas, notando que les faltaba algo, se sumieron en una vaga sensación de infelicidad.

Y, como si nada hubiera ocurrido, las vidas de los Diver y sus amigas desembocaron en la calle.

Sin embargo, habían ocurrido demasiadas cosas. La partida de Abe y la inminente partida de Mary para Salzburgo esa misma tarde ponían fin a aquellos días que habían pasado en París. O tal vez fueran los disparos, la brutal sacudida con que había terminado Dios sabe qué sombría historia, los que los habían puesto fin. Los disparos habían pasado a formar parte de sus vidas. Los ecos de aquella violencia les siguieron hasta la acera, donde, mientras esperaban un taxi, dos mozos de estación comentaban el incidente junto a ellos.

—Tu as vu le revolver? Il était trés pétit. Un vrai bijou. Un jouet.

—Mais assez puissant! —dijo el otro mozo juiciosamente—. Tu as vu sa chemise. Assez de sang pour se croire á la guerre.

XX

En la plaza, cuando salieron, una masa flotante de gases de escape se cocía lentamente al sol de julio. Era realmente terrible. Al contrario que el calor puro, no evocaba la posibilidad de una huida al campo, sino que sólo sugería carreteras asfixiadas con la misma asma nociva. Mientras comían al aire libre enfrente de los jardines de Luxemburgo, Rosemary tenía retortijones de tripas y la misma fatiga la hacía sentirse impaciente, inquieta. Ese estado de ánimo ya se venía fraguando en la estación y era lo que la había hecho acusarse de egoísta.

Dick no tenía la menor sospecha de que se hubiera producido un cambio tan abrupto. Se sentía profundamente desgraciado, y al estar más absorto en sí mismo como consecuencia de ello, no se estaba dando tanta cuenta de lo que ocurría a su alrededor y se había quedado privado, de momento, de las amplias reservas de imaginación con que contaba para formular sus juicios.

Después de que se hubiera ido Mary North, acompañada de un profesor de canto italiano que había tomado café con ellos y que la iba a llevar a la estación, Rosemary se levantó también porque tenía una cita en los estudios, «tenía que entrevistarse con unos altos ejecutivos».

— ¡Ah! —dijo—. Si Collis Clay, ese chico del sur… si aparece mientras estáis aquí, decidle que no he podido esperarle. Que me llame mañana.

Como reacción a toda la violencia anterior, actuaba con una despreocupación excesiva, como una niña que se creía con derecho a todo, con lo cual sólo consiguió hacer recordar a los Diver su amor exclusivo por sus propios hijos, y en un breve lance entre las dos mujeres, Nicole supo poner a Rosemary en su sitio, diciéndole secamente:

—Más vale que le des el recado a algún camarero. Nosotros nos vamos ya.

Rosemary lo entendió y aceptó la lección sin rencor.

—Muy bien. Adiós pues, queridos.

Dick pidió la cuenta. Al quedarse solos los dos, se relajaron; ambos se pusieron a morder palillos.

—Bueno —dijeron a la vez.

Dick vio que una breve sombra de tristeza fruncía los labios de Nicole, tan breve que sólo él podía haberla percibido, y podía fingir que no la había visto. ¿En qué pensaba Nicole? Rosemary era una de las doce personas de las que Dick se había «hecho cargo» en los últimos años. Entre las otras se contaban un payaso de circo francés, Abe y Mary North, una pareja de bailarines, un escritor, un pintor, una actriz cómica del «Grand-Guignol», un pederasta medio loco de los Ballets Rusos y un tenor prometedor al que le habían financiado la estancia en Milán durante un año entero. Nicole sabía perfectamente que todas esas personas se tomaban muy en serio su interés y su entusiasmo, pero también sabía que, salvo cuando nacieron sus hijos, Dick no había pasado una sola noche separado de ella desde que se casaron. Por otra parte, Dick poseía un encanto especial que no tenía más remedio que utilizar. Los que poseían esa clase de encanto tenían que seguir ejerciéndolo y seguir atrayendo a una serie de gente con la que luego no sabían qué hacer.

Dick se endureció y dejó que pasara el tiempo sin hacer el menor gesto de complicidad, sin darle la menor prueba de aquella maravilla constantemente renovada que era la unión de los dos en uno solo.

El sureño Collis Clay consiguió abrirse paso entre las apretadas mesas y saludó a los Diver con un exceso de desenvoltura. A Dick esa clase de saludos le dejaban siempre atónito (gente que apenas conocían y que les decía: «¿Qué hay?», o le hablaba sólo a uno de ellos como si el otro no estuviera presente). Tan importantes eran para él sus relaciones con la gente que en momentos de apatía prefería permanecer oculto; que alguien se comportara en su presencia con desenfado era como un desafío a las pautas por las que se regía su vida.

Collis, que no se daba cuenta de que su llegada en aquel momento era inoportuna, la pregonó diciendo:

—Parece que llego tarde. El pájaro ha volado.

Dick tuvo que hacer un gran esfuerzo para perdonarle que no hubiera saludado primero a Nicole. Ésta los dejó casi inmediatamente después y Dick se quedó allí con Collis terminándose lo que quedaba del vino. A pesar de todo, Collis le resultaba simpático: era muy «posguerra»; más tratable que la mayoría de los sureños que había conocido en New Haven diez años antes. Dick escuchó divertido lo que le contaba a la vez que cargaba lenta y minuciosamente su pipa. Eran las primeras horas de la tarde y los niños empezaban a acudir con sus niñeras a los jardines de Luxemburgo. Era la primera vez en meses que Dick había dejado que esa parte del día se le fuera de las manos.

De pronto se le heló la sangre al percatarse del contenido del monólogo confidencial de Collis.

—… y no es tan fría como a lo mejor se piensa usted. Confieso que durante mucho tiempo yo también pensé que era fría. Pero yendo de Nueva York a Chicago en Pascua se vio metida en un lío con un amigo mío, un chico que se llama Hillis y que a ella en New Haven le parecía que estaba bastante chalado. Tenía un compartimiento con una prima mía, pero ella y Hillis querían estar solos, así que por la tarde mi prima se vino a nuestro compartimiento a jugar a las cartas. Bueno, pues después de que pasaran unas dos horas, fui a acompañar a mi prima a su compartimiento y nos encontramos a Rosemary y a Bill Hillis en el pasillo discutiendo con el revisor, Rosemary blanca como la pared. Parece ser que habían pasado el picaporte y bajado las cortinillas y allí debía estar pasando de todo cuando llegó el revisor a pedirles los billetes y golpeó la puerta. Ellos, al principio, se pensaron que éramos nosotros que les estábamos gastando alguna broma y se negaron a abrirle la puerta. Para cuando lo hicieron, el tipo estaba ya bastante furioso. Le preguntó a Hillis si era aquél su compartimiento y si él y Rosemary estaban casados, puesto que habían cerrado la puerta, y Hillis perdió la paciencia tratando de explicarle que no había pasado nada. Decía que el revisor había insultado a Rosemary y quería una pelea con él. Pero aquel revisor podía haberlos metido en un verdadero lío, y créame que me costó lo mío arreglar las cosas.

A medida que se iba imaginando todos los detalles, y sintiendo envidia incluso por el percance compartido por la pareja en el pasillo, Dick notaba que se estaba operando un cambio en él. Bastaba que se interpusiera la imagen de una tercera persona en su relación con Rosemary, incluso la de alguien que ya hubiera desaparecido de su vida, para desequilibrarle y hacerle sumirse en el dolor, la desgracia, el deseo, la desesperación. Se imaginaba vívidamente la mano sobre la mejilla de Rosemary, el pulso que se aceleraba, la pura excitación de todo visto desde fuera, el inviolable secreto de aquel calor íntimo.

¿Te importa que baje las cortinas?

No, al contrario. Entra demasiada luz.

Collis Clay se había puesto a hablar de la política de las hermandades de estudiantes en New Haven en el mismo tono y poniendo el mismo énfasis. Dick había llegado a la conclusión de que aquél estaba enamorado de Rosemary de alguna extraña manera que él no podía comprender. La aventura con Hillis no parecía haber afectado emocionalmente a Collis. Simplemente le había permitido descubrir con gran placer que, a pesar de todo, Rosemary también era «humana».

—En Bones había una gente estupenda —decía—. Bueno, en realidad en todas. Hay tanta gente ya en New Haven que la pena es la gente que no podemos dejar entrar.

¿Te importa que baje las cortinas?

No, al contrario. Entra demasiada luz.

Dick atravesó París para ir a su banco. Mientras rellenaba un cheque se puso a observar a los empleados en las diferentes ventanillas tratando de decidir a cuál de ellos se lo iba a presentar. Se concentró en el acto material de rellenar el cheque, examinando la pluma minuciosamente y escribiendo con sumo cuidado sobre la mesa cubierta de cristal. Hubo un momento en que levantó la mirada vidriosa y la dirigió hacia donde estaba la sección de correos, pero inmediatamente volvió a concentrar la atención en su tarea.

Todavía no había decidido a quién le iba a presentar el cheque. De todos aquellos empleados, ¿cuál sería el que menos se podría dar cuenta de la penosa situación en que se encontraba?, y también, ¿cuál podría ser el menos locuaz? Allí estaba Perrin, aquel neoyorquino tan atento que le había invitado varias veces a comer al Club Americano; y Casasús, el español, con quien solía hablar de un amigo común del que por otra parte hacía más de doce años que no sabía nada; y también Muchhause, que siempre le preguntaba si quería sacar fondos de la cuenta de su mujer o de la suya propia.

Mientras escribía la cantidad en el talón y trazaba dos líneas por debajo, se decidió por Pierce, que era joven y no tendría que hacer demasiada comedia con él. Muchas veces era más fácil hacer algo de comedia que tener que presenciar la que hacía otro.

Fue primero al mostrador de correos. Al ver cómo la empleada que le estaba atendiendo recuperaba con el pecho un papel que estaba a punto de caer, se le ocurrió pensar que las mujeres utilizaban su cuerpo de manera muy diferente a los hombres. Puso las cartas a un lado para abrirlas. Había una factura de una empresa alemana a la que había comprado diecisiete libros de psiquiatría, otra de Brentano’s, una carta de Buffalo, de su padre, que de un año a otro escribía con una letra cada vez más ilegible, y una postal de Tommy

Barban con el matasellos de Fez, de contenido jocoso. Había cartas de unos médicos de Zurich, las dos en alemán, una factura que era objeto de litigio, de un estucador de Cannes, otra factura de una tienda de muebles, una carta del editor de una revista médica de Baltimore, anuncios diversos y una invitación a una exposición de pinturas de un artista incipiente. También había tres cartas para Nicole y una para Rosemary a nombre de él.

¿Te importa que baje las cortinas?

Se dirigió a la ventanilla de Pierce, pero éste estaba atendiendo a una cliente, y Dick vio que no le quedaba otro remedio que presentarle el cheque a Casasús, en la ventanilla de al lado, que estaba libre en ese momento.

—Hola, qué tal, Diver —le saludó Casasús cordialmente. Se puso en pie, desplegando el bigote con su sonrisa—. El otro día estábamos hablando de Featherstone y me acordé de usted. Ahora vive en California.

Dick abrió más los ojos y se inclinó un poco.

— ¿En California?

—Eso es lo que me dijeron.

Dick le tendió el cheque con aplomo y, a fin de que Casasús concentrara su atención en él, miró hacia la ventanilla de Pierce, con quien intercambió un instante una mirada de divertida complicidad cuyo objeto era recordar una broma de tres años atrás, de cuando Pierce estaba liado con una condesa lituana. Pierce le siguió el juego manteniendo una sonrisa forzada hasta que Casasús autorizó el cheque y no le quedó otro recurso para retener a Dick, que le era muy simpático, que levantarse ajustándose las gafas y repetir:

—Pues sí, ahora vive en California.

Entre tanto Dick se había dado cuenta de que Perrin, que estaba en la primera de las ventanillas, estaba charlando con el campeón del mundo de los pesos pesados. Por la manera en que le devolvió la mirada comprendió que había estado pensando en llamarle para presentárselo, pero que al final había decidido que no.

Tras esquivar los intentos de Casasús de ser sociable con toda la intensidad que había acumulado mientras estaba rellenando el cheque —es decir, que se puso a mirar el cheque fijamente, como estudiándolo, y luego concentró la mirada en los graves problemas que parecía haber más allá de la primera columna de mármol, a la derecha del busto del propietario del banco, y se dedicó a cambiar de manos el bastón, el sombrero y las cartas que llevaba—, se despidió y salió. Hacía ya mucho que tenía comprados los servicios del ordenanza: un taxi se paró junto al bordillo.

—Lléveme a los estudios de Films Par Excellence. Están en un callejón, en

Passy. Vaya a la Muette y yo le indicaré el camino desde allí.

Le había creado tal inseguridad todo lo que había ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas que ni siquiera sabía exactamente lo que quería hacer. Pagó el taxi en la Muette y caminó desde allí hasta los estudios, cruzando al otro lado de la calle antes de llegar al edificio. Pese a la prestancia que le daba lo elegante de su ropa hasta en sus menores detalles, se sentía dominado e impulsado por instintos puramente animales. Sólo podría recuperar la dignidad si renegaba de su pasado, si echaba abajo todo el esfuerzo de los últimos seis años. Comenzó a dar la vuelta a la manzana con paso enérgico, con el mismo aire fatuo de los adolescentes de las novelas de Tarkington, apresurando el paso por los trozos en que no había puertas por miedo a perderse la salida de Rosemary de los estudios. Aquel barrio tenía un aire melancólico. En una puerta vio un rótulo que decía: 100 000 chemises. El escaparate estaba lleno de camisas amontonadas, unas con corbatas, otras con relleno, otras plegadas ostentosamente sobre el suelo del escaparate. 100.000 chemises. ¡Cuéntelas! A ambos lados, leyó: Papeterie, Pátisserie, Soldes, Réclames, y Constante Talmadge en Déjeuner de Soleil, y más allá había otros anuncios más sombríos: Vétements eclésiastiques, Déclaration de décés y Pompes Funébres. La vida y la muerte.

Dick sabía que lo que estaba haciendo representaba un cambio de rumbo en su vida. No guardaba relación con nada de lo que lo había precedido; ni siquiera guardaba relación con el efecto que podría esperar que le causara a Rosemary. Ésta le veía siempre como un modelo de corrección, y el hecho de que estuviera merodeando por aquel lugar suponía una intrusión. Sin embargo, sentía la necesidad de comportarse así. Era como si al fin saliera a flote una realidad sumergida. Se sentía compelido a andar por aquel lugar, a estar allí, con las mangas de la camisa del largo preciso ajustadas perfectamente a las de la chaqueta, el cuello de la camisa como moldeado en torno a su cuello, su pelo rojo con el corte exacto y la mano agarrando la pequeña cartera con elegante descuido. Era la misma necesidad que había llevado a otro hombre, en otra época, a permanecer ante una iglesia de Ferrara en túnica de penitente y cubierto de cenizas. Dick estaba rindiendo una especie de homenaje a cosas no olvidadas, no confesadas, todavía íntegras.

XXI

Hacía tres cuartos de hora que Dick estaba allí cuando se vio de pronto entrando en contacto con una persona. Siempre solían pasarle cosas parecidas cuando menos ganas tenía de ver a nadie. Tanto se replegaba en sí mismo a

veces, cuando se sentía vulnerable y quería pasar desapercibido, que su propia actitud frustraba a menudo sus propósitos, como le ocurre al actor que, al interpretar un papel sin ningún énfasis, hace que el público estire el cuello para verle mejor y concentre la atención en él y parece crear en los demás la capacidad de llenar los vacíos que él deja. Del mismo modo, casi nunca compadecemos a los que más necesitan y desean nuestra compasión, la cual reservamos para aquellos que, por otros medios, nos hacen ejercer la función de la compasión en abstracto.

Ese mismo análisis podría haber hecho el propio Dick del incidente que se produjo. Mientras andaba por Rue des Saints-Anges, le dirigió la palabra un americano de unos treinta años, enjuto de cara, que tenía aspecto de haber tenido una vida dura y sonreía ligeramente pero de manera siniestra. Mientras le daba el fuego que había pedido, Dick pensó que tenía todas las características de un determinado tipo de individuos de cuya existencia se había percatado desde la adolescencia: un tipo de esos que parecen pasarse la vida en las tabaquerías con un codo apoyado en el mostrador y sin más ocupación que observar, a través de Dios sabe qué pequeña hendidura de sus mentes, a la gente que entra y sale. Personaje habitual en los garajes, donde parece estar siempre ultimando oscuros negocios en voz baja, en las barberías y en los vestíbulos de los teatros. O, por lo menos, en esos ambientes lo situaba Dick. A veces también aparecía su cara en algunas de las historietas más feroces de Tad. De adolescente, Dick había lanzado muchas veces una mirada insegura hacia esa incierta frontera con el mundo del crimen en la que se encuentra ese tipo de gente.

— ¿Qué, te gusta París, amigo?

Sin esperar respuesta, se puso a caminar al lado de Dick, tratando de seguir el ritmo de sus pasos.

— ¿De dónde eres? —insistió.

—De Buffalo.

—Yo de San Antone. Pero llevo aquí desde la guerra.

— ¿Estaba en el ejército?

— ¡Que si estaba! En la División 84. ¿Oíste hablar de ella? El tipo adelantó a Dick unos pasos y le clavó una mirada claramente amenazadora.

— ¿Pasando una temporada en París, amigo, o estás de paso?

—De paso.

— ¿En qué hotel estás?

Dick se empezó a reír para sus adentros. O sea, que aquel tipo tenía la

intención de desvalijarle el cuarto esa misma noche. El otro pareció leerle los pensamientos sin que ello le inhibiera lo más mínimo.

No tienes por qué tenerme miedo, con el corpachón que tú tienes. Hay un montón de maleantes al acecho de turistas americanos, pero tú no tienes nada que temer conmigo.

A Dick empezaba a aburrirle aquello e interrumpió su caminata.

—Parece que no tenga usted nada que hacer salvo matar el tiempo.

—Tengo un negocio aquí en París.

— ¿Ah sí? ¿Qué tipo de negocio?

—Vendo periódicos.

El contraste entre el aspecto amenazador de aquel hombre y lo inofensivo de su profesión tenía algo de ridículo, pero él lo arregló diciendo:

—Pero no te preocupes. El año pasado hice mucho dinero. Diez o doce francos por un Sunny Times que cuesta seis.

Sacó un recorte de periódico de una billetera gastada y se lo pasó al que se había convertido en compañero de paseo. Era una caricatura en la que aparecía un numeroso grupo de americanos bajando por la pasarela de un trasatlántico que llevaba un cargamento de oro.

—Doscientos mil, que se gastan diez millones en un verano.

— ¿Qué está haciendo aquí en Passy?

Su acompañante miró en torno suyo con aire cauteloso.

—Películas —dijo en tono misterioso—. Hay unos estudios americanos ahí y siempre necesitan gente que sepa hablar inglés. Estoy esperando una oportunidad.

Dick se lo quitó de encima enseguida con firmeza. Era evidente que Rosemary se le debía haber escapado en una de Lis primeras vueltas que había dado a la manzana, o bien se habría marchado antes de que él llegara. Entró en el bar de la esquina, compró una ficha de teléfono y, apretado en un hueco que había entre la cocina y el sucio retrete, llamó a Roi George. Se reconoció en la respiración los síntomas descritos por el doctor Cheyne y el doctor Stokes, pero, como todo lo demás, los síntomas sólo le sirvieron para concentrarse en la emoción que sentía. Dio el número de habitación y, a la vez que sostenía el teléfono, echó una ojeada en el bar. Pasado bastante tiempo, oyó una extraña vocecita que decía hola.

—Soy Dick. Tenía que llamarte.

Hubo una pausa, tras la cual, armada de valor y en un tono que denotaba la misma emoción que sentía él, respondió Rosemary:

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Vine a buscarte a los estudios. Estoy en Passy, justo en la acera de enfrente. Se me ocurrió que podíamos ir a dar una vuelta por el Bois.

— ¡Oh! Sólo estuve ahí un minuto. ¡Cuánto lo siento! Luego, un silencio.

—Rosemary.

—Sí, Dick.

—Me encuentro en un estado muy especial por causa tuya. Cuando una niña consigue perturbar a un señor de mediana edad, todo se vuelve muy complicado.

—Tú no eres un señor de mediana edad, Dick. Eres la persona más joven del mundo.

— ¿Rosemary?

Silencio. Dick se puso a mirar un estante que contenía los venenos más humildes de Francia: botellas de Otard, ron Saint-James, Marie Brizard, Punch á l'orange, Fernet Branca, Cherry Rocher y Armagnac.

— ¿Estás sola?

¿Te importa que baje las cortinas?

— ¿Y con quién iba a estar?

— ¿Lo ves? ¡Me encuentro en tal estado! Me gustaría estar ahí contigo.

Hubo una pausa, luego un suspiro y una respuesta:

— ¡Ojalá estuvieras aquí conmigo!

Esa habitación de hotel en donde ella estaba echada, al otro lado de un número de teléfono, rodeada del débil gemido de una música…

Y dos para el té

Y yo para ti

Y tú para mí.

Sooolo.

Las huellas de polvos sobre su piel bronceada… Cuando le besó la cara, la tenía húmeda en el nacimiento del pelo. Y la imagen instantánea de una cara blanca bajo la suya, la curva de un hombro.

Pensó: «Es imposible». Pero un minuto después estaba en la calle

caminando en dirección a la Muette, o en sentido contrario, con la pequeña cartera todavía en la mano y el bastón con la empuñadura de oro a guisa de espada.

Rosemary regresó al escritorio y terminó la carta que había empezado a escribir a su madre.

… Sólo le vi un momento pero me pareció guapísimo. Me enamoré de él. (Por supuesto al que más quiero es a Dick, pero ya me entiendes). De verdad va a dirigir la película y sale inmediatamente para Hollywood y creo que nosotras también deberíamos irnos. Está aquí Collis Clay. Me gusta bastante, pero 110 le he visto mucho a causa de los Diver, que de verdad son divinos, prácticamente la gente más encantadora que he conocido en mi vida. Hoy no me siento demasiado bien y estoy tomando la medicina, aunque no veo la necesidad. No voy ni siquiera a tratar de contarte todo lo que ha pasado hasta que me encuentre contigo. Así que, en cuanto recibas esta carta, ¡ponme un telegrama!

A las seis Dick llamó a Nicole.

— ¿Tienes algún plan en especial? —preguntó—. ¿Te apetecería una velada tranquila, cenar en el hotel y luego ir al teatro?

— ¿Te apetece a ti? Muy bien. Hace un rato llamé a Rosemary y dice que va a cenar en su habitación. Lo que ha pasado nos ha trastornado a todos, ¿no crees?

—A mí no me ha trastornado —repuso él—. Cariño, a menos que te sientas cansada físicamente, hagamos algo. Si no, cuando volvamos al sur nos vamos a pasar una semana lamentándonos de no haber ido a ver a Boucher. Es mejor que seguir dándole vueltas a…

Nada más decir eso se dio cuenta de que no debía haberlo dicho, pero Nicole no lo dejó pasar.

— ¿Dándole vueltas a qué?

—No, a lo de María Wallis.

Nicole accedió a ir al teatro. Era una especie de regla entre ellos que nunca debían estar demasiado cansados para dejar de hacer algo; les parecía que de esa manera el día transcurría mejor en general y podían organizar mejor las tardes. Cuando, como era inevitable, llegaba un momento en que sus espíritus flaqueaban, lo achacaban al cansancio y la fatiga de los demás. Antes de salir (formaban una de las parejas más atractivas que podían verse en París), llamaron suavemente a la puerta de Rosemary. Como no hubo respuesta, pensaron que se habría dormido y fueron a sumergirse en la noche cálida y estridente de París, tomándose primero un vermut rápido en la penumbra del

bar del Fouquet’s.

XXII

Nicole se despertó tarde, murmurando algo que formaba parte aún de lo que había estado soñando antes de desenredarse las largas pestañas enmarañadas por el sueño. La cama de Dick estaba vacía. Pasó un minuto antes de que se diera cuenta de que la habían despertado unos golpes en la puerta del salón.

«Entrez», gritó, pero no hubo respuesta, y pasado un momento se puso una bata y fue a abrir la puerta. Un sergent de ville la saludó cortésmente y entró en el salón.

— ¿Está aquí el señor Afghan North?

— ¿Qué? No. Se ha ido a América.

— ¿Cuándo se fue, madame?

—Ayer mañana.

El policía hizo un gesto negativo con la cabeza y agitó el dedo índice hacia ella a un ritmo más rápido.

—Anoche estaba en París. Se ha registrado en este hotel, pero su cuarto no está ocupado. Me dijeron que preguntara en esta habitación.

Me parece todo muy raro. Ayer por la mañana fuimos a despedirle y se marchó en el tren que lleva hasta el barco.

—Sea como fuere, el caso es que le han visto aquí esta mañana. Hasta han visto su documento de identidad. Así que…

—Nosotros no sabemos nada —afirmó, sorprendida. El policía se puso a reflexionar. Era un hombre apuesto, pero olía mal.

— ¿Seguro que no estuvieron anoche con él?

—Pues claro que no estuvimos.

—Hemos detenido a un negro. Estamos convencidos de que por fin hemos detenido al negro que teníamos que detener.

—Le aseguro que no tengo la menor idea de lo que me está hablando. Si se trata del Abraham North que nosotros conocemos, pues bien: si anoche estaba en París, no teníamos noticia de ello.

El policía asintió con la cabeza y se mordió el labio superior, convencido

de que estaba diciendo la verdad pero decepcionado.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nicole.

Le mostró las palmas de las manos e hizo un mohín con la boca. Había empezado a encontrarla atractiva y le brillaban los ojos.

—Pues ya ve, madame. Un incidente de verano. Al señor Afghan North le robaron y presentó una denuncia. Ya liemos detenido al malhechor y el señor Afghan debería identificarlo y formular los cargos en que se basa su denuncia.

Nicole se ciñó más la bata y despidió rápidamente al policía. Se bañó y se vistió en un estado de perplejidad. Para entonces eran más de las diez y llamó a Rosemary, pero no contestaba. Entonces telefoneó a la recepción y le dijeron que, efectivamente, Abe se había registrado esa misma mañana a las seis y media. Sin embargo, seguía sin ocupar su habitación. Decidió esperar en el salón de la suite a que Dick diera señales de vida. Justo cuando ya se había cansado de esperar y se disponía a salir, llamaron de recepción anunciando:

—El señor Crawshow, un négre.

— ¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Dice que le conoce a usted y al docteur. Dice que hay un señor Freeman en la cárcel que es amigo de todo el mundo. Dice que es una injusticia y que quiere ver al señor North antes de que lo detengan a él.

—No sabemos nada de esa historia.

Nicole se desentendió de todo aquel asunto colgando el teléfono con un golpe brusco. La grotesca reaparición de Abe le hizo ver claramente que estaba más que harta de la vida desordenada que llevaba aquél. Para tratar de apartarlo de su mente salió a la calle, se encontró con Rosemary en el modisto y se fue con ella a comprar flores artificiales y collares de cuentas multicolores en Rue de Rivoli. Ayudó a Rosemary a escoger un diamante para su madre y unos echarpes y estuches para cigarrillos muy originales para regalar a colegas suyos en California. A su hijo le compró soldados de plomo romanos y griegos, todo un ejército de ellos que le costó más de mil francos. Una vez más, gastó cada una su dinero de manera diferente y Rosemary volvió a admirar la manera de gastar que tenía Nicole. Nicole tenía la seguridad de que el dinero que gastaba era suyo, mientras que Rosemary aún seguía pensando que el dinero le había llegado en forma milagrosa y, por tanto, tenía que ser muy cuidadosa con él.

Qué divertido era gastar dinero en aquella ciudad extranjera en un día de sol, las dos con unos cuerpos tan saludables que inundaban sus rostros de color; con brazos y manos, piernas y tobillos que tan airosamente sabían mover, que extendían y alargaban con la seguridad de las mujeres que saben

que gustan a los hombres.

Cuando al regresar al hotel se encontraron a Dick, tan radiante en la mañana, tan lleno de energía, las dos tuvieron un momento de perfecta alegría infantil.

Acababa de recibir una llamada telefónica de Abe y, pese a lo embrollado de la conversación, le había parecido entender que se había pasado gran parte de la mañana escondido.

—Ha sido una de las conversaciones telefónicas más extrañas que he tenido en mi vida.

Dick había hablado no sólo con Abe sino con otras doce personas más. Cada uno de estos figurantes había sido presentado con frases como la siguiente: «Quiere hablar contigo un tipo implicado en lo del Teapot Dome, o por lo menos eso dice él… ¿Qué pasa ahí? Eh, que se calle quien sea. Bueno, el caso es que estuvo metido en algún sándalo… escándalo y no puede volver. Mi opinión perso… mi personal es que ha tenido…».

A partir de ahí empezaron a oírse como unos hipos y ya no hubo manera de saber lo que el tipo en cuestión había tenido.

Pero del teléfono salió una oferta suplementaria:

—Pensé que le podía interesar. Al fin y al cabo es usted un psicólogo, ¿no?

La vaga personalidad a la que se podía atribuir semejante afirmación había seguido al teléfono. Pero, en definitiva, no había logrado convencer a Dick ni como psicólogo ni como ninguna otra cosa. La conversación con Abe siguió desarrollándose de la siguiente manera:

— ¡Hola!

— ¿Sí?

—Sí. Hola.

— ¿Con quién hablo?

—Sí.

Se interpuso el ruido de unas risotadas.

—Sí. Te voy a poner con otra persona.

A veces Dick podía oír la voz de Abe acompañada de ruidos de forcejeos, caídas del auricular y fragmentos de conversaciones lejanas como «No, yo no, señor North». Luego, una voz irónica y decidida había dicho: «Si es usted amigo del señor North, más vale que venga enseguida y se lo lleve de aquí».

Abe se metió por medio, con voz solemne y tediosa en la que podía

discernirse un cierto tono de determinación práctica, como si hubiera logrado sobreponerse.

Dick, he provocado un disturbio racial en Montmartre. Voy a ir a sacar a Freeman de la cárcel. Si aparece un negro de Copenhague fabricante de betún… ¡eh!, ¿me oyes? Bueno, mira, si aparece por ahí…

Una vez más el auricular se convirtió en un coro de innumerables melodías.

— ¿Por qué has regresado a París? —preguntó Dick.

—Llegué hasta Evreux y decidí tomar un avión de vuelta a fin de poderlo comparar con Saint-Sulpice. No, no es que quiera volver a traer Saint-Sulpice a París. ¡No estoy hablando ni siquiera del barroco! Lo que quiero decir es Saint-Germain. Por el amor de Dios, espera un minuto, que llame al portero.

—Por el amor de Dios, no lo hagas.

—Dime una cosa. ¿Se fue Mary sin novedad?

—Sí.

—Dick. Quiero que hables con un hombre que he conocido esta mañana. El hijo de un oficial de la Marina al que han visto ya todos los médicos de Europa. Deja que te cuente.

Dick había colgado en ese momento. Tal vez había sido un acto de ingratitud por su parte, puesto que no le venía mal tener algo en que ocupar su mente.

—Abe era encantador antes —le dijo Nicole a Rosemary—. ¡Encantador! Hablo de hace tiempo, de cuando Dick y yo acabábamos de casarnos. Si lo hubieras conocido entonces. Venía a pasar larguísimas temporadas con nosotros y apenas nos dábamos cuenta de que estaba en la casa. A veces se ponía a tocar el piano, o se pasaba horas y horas en la biblioteca con un piano silencioso, como si fueran dos enamorados. Dick, ¿te acuerdas de aquella criada? Se creía que era un fantasma y a veces Abe se le aparecía en el vestíbulo y le daba un buen susto. Una vez nos costó la broma un servicio completo de té, pero no nos importó.

Tantos recuerdos divertidos, de hacía tanto tiempo. Rosemary les envidiaba lo bien que parecían haberlo pasado; se imaginaba una vida de ocio muy diferente a la suya. Poco sabía del ocio pero lo respetaba, precisamente porque nunca había disfrutado de él. Lo confundía con el reposo, sin darse cuenta de que este último concepto les resultaba tan ajeno a los Diver como a ella misma.

— ¿Por qué es así ahora? —preguntó—. ¿Por qué bebe? Nicole movió la

cabeza de derecha a izquierda, declinando toda responsabilidad en el asunto.

—Hoy día se ven tantos hombres brillantes que se están destruyendo a sí mismos.

— ¿Y cuándo no se han visto? —preguntó Dick—. Los hombres inteligentes son precisamente los que están siempre rozando el abismo porque no tienen más remedio. Algunos no lo pueden soportar y abandonan.

—Debe ser algo más profundo que todo eso. Nicole se aferró a su argumento. Le había molestado que Dick la contradijera delante de Rosemary.

—Hay artistas como, como Fernand, por ejemplo, que no parece que tengan que darse a la bebida. ¿Por qué son siempre los americanos los más autodestructivos?

Había tantas respuestas a esa pregunta que Dick decidió dejarla en el aire y ronronear, triunfante, al oído de Nicole. Había llegado a juzgar muy severamente todo lo que ella decía. Aunque pensaba que era la criatura más atractiva que había conocido en su vida, y aunque ella le daba todo lo que necesitaba, presentía la lucha mucho antes de que llegara y en su subconsciente se había estado endureciendo y armando para la batalla hora tras hora. No era dado a perder el control de sí mismo y en aquel momento se sentía relativamente torpe por haberse dejado llevar y confiaba ciegamente en que Nicole no hubiera pasado de imaginarse que Rosemary despertaba en él sólo cierta emoción. Pero no estaba seguro. La noche anterior en el teatro Nicole se había referido con toda intención a Rosemary diciendo que no era más que una niña.

El trío comió abajo en un ambiente de alfombras y camareros sigilosos que no andaban al paso rápido y firme de todos los que les habían traído la comida en los restaurantes en los que habían estado últimamente. En ese comedor había familias americanas que observaban con curiosidad a otras familias americanas y trataban de entablar conversación entre sí.

En la mesa más próxima había un grupo que les parecía inclasificable. Estaba formado por un joven efusivo concierto aspecto de empleado de oficina, de esos que te piden cortésmente que les repitas lo que has dicho, y unas cuantas mujeres. Las mujeres no eran ni jóvenes ni viejas ni pertenecían a una clase social determinada. Y, sin embargo, el grupo daba la impresión de formar una unidad, parecía más unido, por ejemplo, que un grupo de mujeres que acompañaran a sus maridos en algún congreso. Sin duda parecía más unido que cualquier grupo de turistas imaginable.

Dick estaba a punto de hacer algún comentario burlón a propósito del grupo, pero se contuvo instintivamente y le preguntó al camarero si sabía quiénes eran.

—Son madres de soldados caídos en el campo de batalla —explicó el camarero.

Los tres soltaron o ahogaron una exclamación. Los ojos de Rosemary se llenaron de lágrimas.

—Probablemente las más jóvenes son las esposas —dijo Nicole.

Parapetado tras su vaso de vino, Dick las volvió a mirar. En su expresión de felicidad, en la dignidad que emanaba de sus personas, percibió toda la madurez de una América más vieja. Por un momento, aquellas mujeres de aspecto sereno que habían ido allí a llorar a sus seres queridos, su pérdida irreparable, hicieron que el comedor pareciera hermoso. Y durante ese momento, Dick se vio sentado de nuevo en la rodilla de su padre, cabalgando con Moseby, mientras las viejas lealtades y afectos se debatían en torno suyo. Haciendo casi un esfuerzo, se volvió a las dos mujeres de su mesa e hizo frente a todo el mundo nuevo en el que creía.

¿Te importa que baje las cortinas?

XXIII

Abe North seguía en el bar del Ritz. Llevaba allí desde las nueve de la mañana. Cuando llegó, en busca de asilo, las ventanas estaban abiertas y unos grandes haces de luz levantaban afanosamente el polvo de las alfombras y cojines impregnados de humo. Los botones, liberados e incorpóreos, recorrían a toda velocidad los corredores, pues por el momento se movían por el puro espacio. El salón bar reservado para las mujeres, que estaba enfrente del bar propiamente dicho, parecía minúsculo; resultaba difícil imaginar todo el gentío al que podía dar cabida por la tarde.

El famoso Paul, el concesionario, no había llegado aún, pero Claude, que estaba haciendo inventario, interrumpió su trabajo sin parecer sorprenderse más de lo debido para prepararle un cóctel a Abe. Abe se sentó en una banqueta adosada a la pared. Después de un par de copas empezó a sentirse mejor, hasta tal punto que subió a la barbería para que le afeitaran. Cuando regresó al bar ya había llegado Paul en su automóvil de diseño especial, del que se había bajado en Boulevard des Capucines, como debía ser. A Paul le caía bien Abe y se acercó a conversar con él.

—Tenía que haberme embarcado esta mañana para América —dijo Abe—. Quiero decir, ayer por la mañana, o cuando fuera.

— ¿Y qué pasó? —preguntó Paul.

Abe se puso a reflexionar hasta que se le ocurrió una explicación.

—Estaba leyendo una novela por capítulos en Liberty y el siguiente capítulo iba a salir aquí en París, así que si me hubiera embarcado me lo habría perdido, nunca lo habría podido leer.

Debe ser una novela muy interesante.

— ¡Tremenda!

Paul se levantó, riéndose entre dientes, y luego se detuvo, apoyándose en el respaldo de una silla.

—Si se quiere marchar realmente, señor North, unos amigos suyos se van mañana en el France. El señor… ¿cómo se llama?, y Slim Pearson. El señor… ya me acordaré cómo se llama, uno alto, que se acaba de dejar barba.

—Yardly —apuntó Abe.

—El señor Yardly. Los dos se van en el France.

Se disponía ya a acudir a su trabajo, pero Abe trató de detenerlo.

—Lo malo es que tengo que pasar por Cherburgo. Allí mandaron mi equipaje.

—Lo puede recoger en Nueva York —dijo Paul, alejándose.

La lógica de esa sugerencia fue penetrando gradualmente en la mente de Abe. Cada vez le entusiasmaba más la idea de que cuidaran de él, o, más bien, de prolongar su estado de irresponsabilidad.

Entre tanto habían llegado otros clientes al bar. El primero había sido un danés gigantesco con quien Abe se había encontrado en alguna parte. El danés había tomado asiento en el otro extremo del salón y Abe suponía que se iba a pasar todo el día allí, bebiendo, comiendo, charlando o leyendo periódicos. Sintió el deseo de quedarse más tiempo que él. A eso de las once empezaron a llegar los universitarios, que andaban con mucho cuidado para no darse unos a otros con las maletas. Fue aproximadamente entonces cuando Abe hizo que uno de los botones llamara a los Diver. Para cuando consiguió comunicarse con ellos había logrado comunicarse también con otros amigos, y entonces tuvo la ocurrencia genial de que todos se pusieran a la vez en teléfonos diferentes, con la consiguiente confusión general. De vez en cuando se acordaba de que debía ir a sacar a Freeman de la cárcel, pero éste era un hecho concreto, y de los hechos concretos trataba de zafarse porque los consideraba parte de la pesadilla.

Hacia la una, el bar se llenó hasta los topes. Los camareros realizaban su trabajo entre la barahúnda de voces resultante, tratando de que quedara bien claro lo que pedía y lo que debía pagar cada cliente.

—Con éste son dos stingers… y otro más… dos martinis y otro… ¿usted no quiere nada, señor Quarterly?… con ésta son tres rondas. Son setenta y cinco francos, señor Quarterly. El señor Schaeffer dijo que pagaba ésta; usted pagó la anterior… Aquí estamos para complacerle… Muuuchas gracias.

En la confusión, a Abe le habían quitado el asiento. De pie ahora, se balanceaba ligeramente mientras hablaba con algunas de las personas de las que se había hecho amigo. Un fox terrier le enredó su correa entre las piernas, pero Abe consiguió zafarse sin perder el equilibrio y fue objeto de profusas disculpas. Le invitaron a comer, pero rehusó. Como explicación, dijo que ya era casi de día y tenía una cosa que hacer en cuanto amaneciera. Poco después, con los modales exquisitos del alcohólico, que son como los modales de un preso o un criado, se despidió de un conocido y, al volverse, descubrió que el mejor momento del bar había pasado tan precipitadamente como había llegado.

Al otro lado del salón, el danés y sus acompañantes se disponían a comer. Abe los imitó, pero apenas probó bocado. Después, permaneció sentado, feliz de vivir en el pasado. La bebida hacía que los momentos felices del pasado coincidieran con el presente, como si los estuviera viviendo todavía, o incluso con el futuro, como si estuvieran a punto de producirse de nuevo.

A las cuatro se le acercó un botones.

— ¿Desea usted ver a un negro que se llama Jules Peterson?

— ¡Dios Santo! ¿Cómo ha dado conmigo?

—Yo no le he dicho que estuviera usted aquí.

— ¿Quién se lo ha dicho entonces?

Abe estuvo a punto de caerse encima de todas las copas que tenía en la mesa, pero se repuso a tiempo.

—Dice que se ha recorrido ya todos los bares y hoteles americanos.

—Dile que no estoy aquí.

Cuando se dio la vuelta el botones, Abe le preguntó:

— ¿Puede entrar aquí?

—Voy a averiguarlo.

Paul, que había oído la pregunta, levantó la vista e hizo un gesto negativo con la cabeza; al ver a Abe, se acercó.

—Lo siento, pero no lo puedo permitir.

Abe se puso en pie haciendo un esfuerzo y salió a Rue Cambon.

XXIV

Con su diminuta cartera de cuero en la mano, Richard Diver se alejó del distrito séptimo, en donde había dejado una nota para María Wallis firmada «Dicole», la palabra con la que Nicole y él habían firmado su correspondencia durante la primera época de su idilio, y fue a sus camiseros, cuyos empleados le trataron con una atención desproporcionada al dinero que gastó. Se sintió avergonzado de despertar tantas esperanzas en aquellos pobres ingleses sólo porque sus modales eran finos y tenía aspecto de poseer la clave de la seguridad, y se sintió avergonzado de pedir simplemente que le hicieran un mínimo arreglo en una camisa de seda. Después fue al bar del Crillon y se tomó un café y dos dedos de ginebra.

Al entrar en el hotel le había parecido anormal ver el vestíbulo tan iluminado, pero al salir comprendió que era porque ya había oscurecido afuera. Eran sólo las cuatro y parecía que fuera de noche. Hacía viento, y en los Campos Elíseos las hojas cantaban al caer, ligeras y salvajes. Dick torció hacia Rue de Rivoli y caminó dos manzanas bajo los soportales hasta su banco, en donde había correo para él. Luego tomó un taxi y subió por los Campos Elíseos cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia, solo con su amor.

Rosemary le abrió la puerta llena de emociones de las que nadie más tenía idea. Era como una especie de «animalito salvaje». Habían pasado veinticuatro horas y seguía dispersa y absorta jugando con el caos; como si su destino fuera un rompecabezas, contaba los beneficios obtenidos y las esperanzas que tenía y separaba a Dick, a Nicole, a su madre y al director que había conocido el día anterior como las cuentas de un collar.

Cuando Dick llamó a la puerta, acababa de vestirse y estaba contemplando la lluvia y pensando en algún poema y en las cunetas inundadas en Beverly Hills. Al abrir la puerta, Dick se le apareció como un ser inmutable, una especie de dios como siempre había sido, rígido e imposible de moldear, como los jóvenes pueden ver a los mayores. Dick, por su parte, sintió un desencanto inevitable al verla. Tardó algo en responder a la incauta dulzura de su sonrisa, a su cuerpo calculado al milímetro para sugerir un capullo y garantizar una flor. Notó, a través de la puerta del cuarto de baño, las huellas que habían dejado sus pies mojados sobre una alfombrilla.

—Miss Televisión —dijo, con una alegría forzada. Puso los guantes y la cartera sobre el tocador y apoyó el bastón contra la pared. Su mentón se imponía sobre el rictus de dolor de su boca y lo trasladaba a la frente y a los

rabillos de los ojos, como tratando de ocultar un miedo que no debía mostrarse en público.

—Ven y siéntate en mis rodillas —le dijo con dulzura—, para que pueda ver de cerca esa boca tan deliciosa.

Ella se acercó y se sentó en sus rodillas y, mientras afuera caían las últimas gotas de lluvia, le ofreció los labios a la imagen fría y hermosa que había creado.

La besó en la boca varias veces y su rostro se agrandaba cada vez que se le acercaba. Nunca había visto nada tan deslumbrante como la calidad de su piel, y como a veces la belleza nos devuelve imágenes de nuestros pensamientos más nobles, se puso a pensar en la responsabilidad que tenía para con Nicole y en la responsabilidad de que estuviera en ese momento a sólo dos puertas de distancia, al otro lado del corredor.

—Ha parado la lluvia —dijo Dick—. ¿No ves cómo se refleja el sol sobre las tejas de pizarra?

Rosemary se levantó e, inclinándose, le dijo la cosa más sincera que hasta entonces le había dicho:

—Qué buenos actores somos, tanto tú como yo.

Fue hacia el tocador, y en el momento preciso en que hundía el peine en el pelo, comenzaron a llamar a la puerta pausadamente pero con insistencia.

Se quedaron petrificados. Las llamadas se hicieron más insistentes y Rosemary, acordándose de pronto de que la puerta no estaba cerrada con llave, se peinó de cualquier manera, le hizo una seña a Dick, que alisó con un movimiento rápido las arrugas que habían hecho en la cama en el lugar donde habían estado sentados, y fue a abrir la puerta. Dick dijo con naturalidad y sin levantar demasiado la voz:

—… y si no te apetece salir, se lo diré a Nicole y podemos pasar la última tarde tranquilos.

Las precauciones fueron innecesarias, porque los individuos que había al otro lado de la puerta se encontraban en un estado de desolación tal que sólo se hubieran podido formar un juicio muy efímero sobre un asunto que no les afectaba. Uno de ellos era Abe, que parecía haber envejecido varios meses en las últimas veinticuatro horas, y el otro, un negro muy asustado y preocupado al que Abe presentó como el señor Peterson de Estocolmo.

—Se encuentra en una situación espantosa por mi culpa —dijo Abe—. Tenemos necesidad de que nos den un buen consejo.

—Venid a nuestra habitación —dijo Dick.

Abe insistió en que fuera también Rosemary y atravesaron el vestíbulo camino de la suite de los Diver. Jules Peterson, un hombre menudo y de aspecto respetable —parecía uno de esos negros pulidos que suministran fondos al partido republicano en los Estados fronterizos—, les siguió.

Al parecer, Peterson había sido testigo del altercado que había tenido lugar en Montparnasse a primeras horas de la mañana. Había acompañado a Abe a la comisaría de policía y respaldado su alegación de que un negro cuya identificación era uno de los elementos del caso le había arrebatado de las manos un billete de mil francos. Abe y Jules Peterson, acompañados de un policía, habían regresado al bistrot e identificado demasiado apresuradamente como autor del delito a un negro que, según se determinó al cabo de una hora, había entrado en el lugar después de que Abe se hubiera marchado. La policía había complicado aún más la situación al detener a Freeman, un negro muy prominente propietario de un restaurante, que había aparecido flotando entre los vapores del alcohol muy al principio y luego había desaparecido. El verdadero culpable, cuyo único delito, según habían declarado sus amigos, había consistido simplemente en apoderarse de un billete de cincuenta francos para pagar unas copas que Abe había pedido, no había reaparecido en la escena hasta poco tiempo antes y haciendo un papel más bien siniestro.

De modo que en el espacio de una hora Abe había logrado mezclarse en las vidas privadas, las conciencias y los sentimientos de un afroeuropeo y tres afroamericanos que habitaban en el barrio latino. No parecía de momento que se fuera a aclarar el enredo y la jornada había transcurrido entre rostros de negros desconocidos que surgían súbitamente en los lugares y rincones más inesperados y entre voces insistentes de negros al teléfono.

Personalmente, Abe había conseguido zafarse de todos ellos, salvo de Jules Peterson. Peterson se encontraba más bien en la situación del piel roja de buena voluntad que había prestado ayuda a un blanco. Los negros, que se sentían traicionados, más que a Abe al que perseguían era a Peterson, y éste buscaba ansiosamente toda la protección que Abe pudiera ofrecerle.

Allá en Estocolmo Peterson había fracasado como pequeño fabricante de betún y ya no poseía más que su fórmula y unas herramientas que cabían en una caja pequeña. Sin embargo, su nuevo protector le había prometido a primeras horas de la mañana que le iba a montar un negocio en Versalles. Un exchófer de Abe trabajaba allí de zapatero y Abe le había entregado a Peterson doscientos francos a cuenta.

Rosemary escuchaba con desagrado aquella sarta de disparates. Para poder apreciar lo grotesco que era todo hacía falta un sentido del humor más desarrollado del que ella tenía. El hombrecillo con su fábrica portátil y sus ojos insinceros que de vez en cuando giraban en sus órbitas en semicírculos de

pánico, y el aspecto de Abe, la cara que sólo sus facciones finas impedían que apareciera totalmente desdibujada, le parecían tan remotos como una enfermedad. Lo único que pido es una oportunidad —decía Peterson, que hablaba con el acento preciso pero deformado propio de los países coloniales—. Mis métodos son sencillos y mi fórmula es tan buena que tuve que salir de Estocolmo arruinado porque me negué a dársela a nadie.

Dick hacía como que le escuchaba por cortesía, pero el interés se le había ido tan pronto como se le había despertado. Se volvió a Abe:

—Lo que tienes que hacer es irte a un hotel y dormir. En cuanto te hayas repuesto, irá a verte el señor Peterson.

—Pero ¿es que no te das cuenta del lío en que está metido Peterson? —protestó Abe.

—Esperaré en el vestíbulo —dijo el señor Peterson con delicadeza—. Supongo que resulta difícil hablar de mis problemas conmigo delante.

Tras una breve parodia de reverencia a la francesa, salió de la habitación. Abe se puso en pie con la pesadez de una locomotora.

—No parezco tener mucho éxito hoy.

—No sé si tendrás éxito o no, pero todo es muy inverosímil —le hizo saber Dick—. Mi consejo es que te vayas de este hotel, pasando antes por el bar, si quieres. Vete al Chambord o, si necesitas que te atiendan muy bien, al Majestic.

— ¿No me podrías ofrecer una copa antes?

—No tenemos ni gota —mintió Dick.

Con aire resignado, Abe le dio la mano a Rosemary y tardó un largo rato en soltársela, mientras trataba de dominarse y comenzaba a decir frases que no llegaban a formarse.

Eres la más… una de las más…

A Rosemary le daba pena, pero también sentía cierta repugnancia, pues tenía muy sucias las manos. No obstante, se rio como una chica bien educada, como si para ella fuera lo más normal del mundo ver a un hombre que se movía como en un sueño muy lento. Muchas veces, los borrachos le inspiran a la gente un curioso respeto, algo parecido al respeto que les tienen a los locos los pueblos primitivos. Respeto más que temor. Hay algo que impresiona en una persona que ha perdido toda inhibición, que es capaz de hacer cualquier cosa. Naturalmente, luego le hacemos pagar ese momento de superioridad, esa impresión momentánea que nos causa. Abe se volvió a Dick para pedirle un último favor.

Si me voy ahora a un hotel y me baño y me froto bien frotado y duermo un rato y consigo librarme de estos senegaleses, ¿puedo venir luego aquí y pasarme la tarde junto a la chimenea?

Dick inclinó la cabeza, no tanto en señal de asentimiento como en son de burla, y le dijo:

—Veo que tienes una alta opinión de tu capacidad de recuperación.

—Si Nicole estuviera aquí, estoy seguro de que me dejaría volver.

—Está bien.

Dick abrió un cajón de una cómoda y sacó una caja que puso en la mesa central. Dentro había innumerables letras de cartón.

—Puedes venir si quieres jugar a los anagramas.

Abe miró el contenido de la caja con repugnancia, igual que si le hubieran dicho que tenía que comerse las letras como si fueran granos de avena.

— ¿Qué es eso de los anagramas? ¿Es que no me han pasado ya bastantes…?

—Es un juego muy tranquilo. Se trata de formar palabras. Cualquier palabra menos alcohol.

—Seguro que alcohol también se puede —dijo Abe metiendo la mano en la caja—. ¿Puedo volver si sé cómo se escribe alcohol?

—Puedes volver si quieres jugar a los anagramas. Abe movió la cabeza con resignación.

—Si te pones en ese plan, ¡para qué voy a volver! No haría más que estorbar.

Apuntó con el dedo hacia Dick en son de reproche.

—Pero recuerda lo que dijo Jorge III. Que si Grant estaba borracho, esperaba que mordiera a los otros generales.

Tras lanzar una última mirada de impotencia a Rosemary con los rabillos dorados de sus ojos, Abe salió de la habitación. Observó con alivio que Peterson ya no estaba en el pasillo. Sintiéndose perdido y desamparado, fue a preguntarle a Paul el nombre de aquel barco.

XXV

En cuanto salió Abe con su paso vacilante, Dick y Rosemary se abrazaron

precipitadamente. Les cubría a ambos una especie de polvillo de París a través del cual percibían sus respectivos olores: la capucha de caucho de la estilográfica de Dick, el olor casi imperceptible del calor que emanaba del cuello y los hombros de Rosemary. Durante medio minuto más, Dick se aferró a aquel estado. Rosemary fue la primera en volver a la realidad.

—Me tengo que ir, jovencito —dijo.

Se miraron con los ojos entornados a través de un espacio que se agrandaba por momentos y Rosemary hizo una salida de escena que había aprendido de muy joven y que ningún director había tratado nunca de mejorar.

Abrió la puerta de su cuarto y fue directamente a su escritorio, donde recordó de repente que se había dejado el reloj. Allí estaba efectivamente. Mientras se lo ponía, miró la carta que ese día le había escrito a su madre y terminó la última frase mentalmente. Sin necesidad de volverse, fue adquiriendo gradualmente conciencia de que no estaba sola en la habitación.

En toda pieza habitada hay superficies de refracción que sólo notamos a medias: la madera barnizada, el metal más menos pulido, la plata y el marfil, y aparte de éstos, otros mil transmisores de luz y sombra tan tenues que apenas consideramos como tales: la parte superior de los marcos de los cuadros, los bordes de lápices o ceniceros, de objetos de cristal o porcelana. Tal vez la acumulación de todos estos reflejos (que invocan a su vez otros reflejos ópticos igualmente sutiles, así como las asociaciones de ideas que parecemos conservar fragmentariamente en nuestro subconsciente, del mismo modo que un vidriero conserva las piezas de forma irregular por si le pueden servir algún día) podría explicar por qué Rosemary describió después como si se tratara casi de una experiencia sobrenatural el hecho de «darse cuenta» de que había alguien en la habitación antes incluso de volverse. Pero en cuanto se dio cuenta, se volvió rápidamente con una especie de movimiento de ballet y vio que estaba tendido sobre su cama un negro que parecía estar muerto.

Al gritar «¡aauuu!», e ir a parar el reloj, que todavía no estaba bien sujeto, contra el escritorio, le entró la descabellada idea de que se trataba de Abe North. Se lanzó a la puerta y atravesó corriendo el pasillo.

Dick estaba ordenando sus cosas. Tras examinar los guantes que había llevado aquel día, los había arrojado a un rincón de un baúl donde había un montón de guantes sucios. Había colgado la chaqueta y el chaleco en una percha y la camisa en otra; era una de sus manías. «Se puede llevar una camisa que esté un poco sucia, pero una camisa arrugada, jamás». Nicole había vuelto y estaba vaciando en la papelera uno de los increíbles ceniceros de Abe cuando Rosemary irrumpió en la habitación.

— ¡Dick! ¡Dick! ¡Ven a ver una cosa!

Dick fue corriendo a su habitación. Se inclinó para ver si le latía el corazón a Peterson. El cuerpo estaba aún caliente, y el rostro, atormentado y huidizo en vida, se veía abultado y lleno de rencor con la muerte. Seguía teniendo la caja de herramientas bajo un brazo, pero en el zapato que colgaba de la cama no había el menor rastro de betún y la suela estaba totalmente gastada. Según las leyes francesas, Dick no tenía derecho a tocar el cadáver, pero movió un poco un brazo para poder ver algo: había una mancha en la colcha verde, lo que hacía pensar que la manta de debajo estaría manchada de sangre.

Dick cerró la puerta y se puso un momento a pensar. Enseguida oyó unos pasos sigilosos en el corredor y luego la voz de Nicole que lo llamaba. Abrió la puerta y le dijo en voz baja:

—Tráete la cubierta y la manta de arriba de una de nuestras camas, y procura que nadie te vea.

Al ver la tensión que había en su rostro, añadió rápidamente:

—Mira. No tienes por qué preocuparte. No es más que una trifulca de negros.

—Quiero que termine de una vez.

El cuerpo que Dick levantó era el de un hombre flaco y desnutrido. Lo tenía agarrado de forma que si seguía manando sangre de la herida cayera sobre su propia ropa. Lo tendió a un lado de la cama mientras sacaba la colcha y la manta superior y luego abrió la puerta unos centímetros y se puso a escuchar. Oyó ruido de platos en el corredor seguido de un sonoro y condescendiente «Merci, madame», pero el camarero siguió en la otra dirección, hacia la escalera de servicio. Dick y Nicole intercambiaron rápidamente los fardos de ropa en el pasillo. Tras extender sobre la cama de Rosemary las cubiertas que le había dado Nicole, Dick, sudoroso, se paró a reflexionar. Dos cosas se le habían hecho evidentes después de que examinara el cadáver. La primera, que el primer piel roja hostil a Abe le había seguido la pista al piel roja amigo y lo había descubierto en el corredor, y al refugiarse este último a la desesperada en la habitación de Rosemary, lo había acorralado y lo había matado. La segunda, que si se dejaba que las cosas siguieran su curso natural, no había poder en el mundo que pudiera impedir que Rosemary se viera envuelta en un escándalo. Y todavía coleaba el caso Arhuckle. Su contrato le exigía, rigurosamente y sin excepciones, que siguiera siendo «la niña de papá».

Maquinalmente, Dick hizo ademán de subirse las mangas de la camisa, aunque llevaba una camiseta sin mangas, y se agachó sobre el cadáver. Utilizando los hombros de la chaqueta como punto de apoyo, abrió la puerta de un taconazo; luego, arrastró rápidamente el cuerpo y lo dejó en una postura

plausible en el corredor. Volvió a la habitación de Rosemary y alisó el pelo de la alfombra. Luego fue a su suite y pidió comunicarse con el propietario-gerente del hotel.

— ¿McBeth? Soy el doctor Diver. Se trata de algo muy importante. ¿Es ésta una línea más o menos privada?

Qué bien que hubiera hecho un pequeño esfuerzo por asegurarse el favor del señor McBeth. Al menos en ese caso le servía de algo todo el encanto derrochado incluso en lugares a los que no pensaba volver nunca.

—Al salir de la suite nos hemos encontrado el cadáver de un negro… en el pasillo…, no, no, es un civil. Escuche. Le he llamado porque pensé que no le gustaría que alguno de sus clientes se tropezara con él. Por supuesto, no querría que mi nombre se viera mezclado en esto. No quiero verme metido en trámites con la burocracia francesa sólo porque he descubierto el cadáver.

¡Qué exquisita consideración para con el hotel! Y como el señor McBeth había podido ver con sus propios ojos, dos noches antes, esa cualidad que distinguía al doctor Diver, aceptó aquella historia sin ninguna reserva.

Un momento después llegaba el señor McBeth y enseguida se le sumó un gendarme. En el intervalo, tuvo tiempo para susurrarle a Dick:

—Puede estar seguro de que no se verá implicado en esto el nombre de ninguno de nuestros huéspedes. No sabe cómo le agradezco las molestias que se ha tomado.

El señor McBeth tomó de inmediato medidas que sólo cabe imaginar, pero que en todo caso tuvieron el efecto sobre el gendarme de hacerle atusarse el bigote en un frenesí de desasosiego y codicia. Escribió algunas notas de rutina y llamó por teléfono a su puesto. Entre tanto, con una celeridad que Jules Peterson, como hombre de negocios, habría entendido perfectamente, fueron trasladados los restos mortales a otra habitación de uno de los hoteles más elegantes del mundo.

Dick regresó a su salón.

— ¿Qué ha pasado? —exclamó Rosemary—. ¿Es que todos los americanos que hay en París se pasan la vida pegándose tiros unos a otros?

—Sí, parecería que es ahora la temporada de caza —respondió Dick—. ¿Dónde está Nicole?

—Creo que está en el baño.

Le adoraba por haberla salvado. Le habían pasado por la mente, como una profecía, todos los desastres que podrían haber ocurrido como consecuencia de aquel suceso y había escuchado, casi con arrebato místico, cómo lo había

arreglado todo en aquel tono tan firme, convincente y cortés. Se sentía atraída hacia él con todo el impulso de su alma y su cuerpo, pero Dick parecía estar pendiente de otra cosa y entró en el dormitorio para ir al cuarto de baño. Y entonces Rosemary también oyó, cada vez más fuerte, un sonido infrahumano que atravesaba los ojos de las cerraduras y los intersticios de las puertas, penetraba en la suite, invadiéndola, y volvía a tomar la forma del horror.

Pensando que tal vez Nicole había sufrido una caída en el cuarto de baño y se había lastimado, Rosemary siguió a Dick. Pero lo que pudo ver antes de que Dick le tapara la vista con un movimiento brusco presentaba un aspecto totalmente diferente.

Nicole estaba arrodillada junto a la bañera y se balanceaba a uno y otro costado.

— ¡Ah, eres tú! —gritó—. Te tienes que meter en el único lugar del mundo en el que puedo tener alguna intimidad, con tu colcha manchada de sangre roja. Si quieres, me la pondré. No me da ninguna vergüenza, aunque fue una pena. El Día de los Inocentes tuvimos una fiesta en el lago de Zurich y fueron todos los locos, y yo quería ir vestida con una colcha, pero no me dejaron…

— ¡Cálmate!

—… así que me senté en el cuarto de baño y me trajeron un dominó y me dijeron póntelo. Y me lo puse. ¿Qué otra cosa podía hacer?

— ¡Cálmate, Nicole!

—No esperaba que me fueras a querer. Era demasiado tarde. Pero lo único que te pido es que no entres en el cuarto de baño, el único sitio al que puedo ir cuando quiero estar sola, arrastrando colchas manchadas de sangre roja y pidiéndome que las arregle.

—Cálmate. Venga, levántate.

Rosemary, que había regresado al salón, oyó que se cerraba la puerta del baño con un portazo y se puso a temblar. Ahora sabía lo que había visto Violet McKisco en el cuarto de baño de Villa Diana. Contestó el teléfono que sonaba y casi dio un grito de alivio al ver que era Collis Clay, que la llamaba al apartamento de los Diver tratando de localizarla. Le pidió que subiera mientras se ponía el sombrero, porque tenía miedo de ir sola a su habitación.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es